

LA CITANIA DE SANTA TECLA

La Guardia (Pontevedra)

I.—LA CITANIA

SITUACION

Un alto monte (360 metros), aislado, dominando el mar (Láminas I y II) y emplazado al final de dos valles maravillosos: el del Miño, cuyas aguas le limitan por Oriente, y el del Rosal, que muere a sus pies.

Sobre el monte, que por su lado N. E. se eleva en suave pendiente, y hacia la mitad de su altura, una vieja ciudad abandonada.

Los trabajos de explanación de una carretera, los llevados a cabo por el Sr. Calvo (1), y los nuestros, descubrieron tan interesante estación.

Ocupa lo estudiado, una zona extensa limitada en parte por murallas, midiendo de eje N. S. más de setecientos metros y de eje E. O., en lo que hasta hoy es dado colegir, cerca de trescientos (Fig. 1.^a). Tiende a ampliarse hacia el lado Este del monte, buscando mejor orientación, y por quedar a cubierto de los fuertes vientos del Norte.

Con fácil acceso al mar, bien por el Miño, bien por la pequeña ensenada del N. O., donde hoy se abre el puerto pesquero de La Guardia, y al final de tres valles de fácil comunicación, el amplio del Miño y los del Tamuje y Coira; defendida de posibles acometidas por las rápidas pendientes de peñascales que aparecen al Oeste y al Sur y por encintado de murallas en el lado accesible, presenta situación privilegiada.

(1) Ignacio Calvo. La Guardia (Pontevedra). «Exploraciones arqueológicas verificadas en los años 1914-1920». Rev. de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1920.

LAS EXPLORACIONES

Sistemáticamente se han realizado dos exploraciones; la que iniciara D. Ignacio Calvo, continuada en posterior campaña, y las llevadas a cabo por nosotros.

La Sociedad *Pro-Monte*, benemérita entidad encargada de la guarda y sostenimiento de lo descubierto y del embellecimiento del incomparable lugar, con anterioridad a nuestros trabajos, realizó también exploraciones.

Resultado de todos ellos ha sido el que pudiéramos levantar un plano de una parte importante de la citania y el que se pudieran estudiar particularidades de su organización.

DESCRIPCION

La parte descubierta parece constituir un sector medio de la ciudad (Fig. 2.^a, plano general), pues a juzgar por los restos de muros defensivos, por los mismos de habitaciones, y por el hecho observado en otras citanias análogas (Briteiros, por ejemplo, y las estudiadas por nosotros en Domayo, Eirá dos Mouros, en San Jorge de Sacos y en Taboexa), el tipo general aparece formado por agrupaciones de viviendas, unidas y al mismo tiempo separadas o limitadas por murallas, de modo que constituyen diversos sectores.

El superior puede determinar una acrópoli; los inferiores, en el caso de haber más de uno, como parece ocurre en nuestra citania, recogerían distintos núcleos de población.

Hoy por hoy, de estas observaciones nada concreto puede deducirse, y es prematura toda hipótesis, pues lo mismo puede tratarse de sucesivas ampliaciones de la ciudad como de una distinción establecida entre sus habitantes o de un procedimiento de defensa. El hecho estúdiase bien en Briteiros, y posiblemente se da en nuestra citania. La distinción de acrópoli se marca en Domayo, Eirá dos Mouros y Taboexa.

Estos grandes sectores quedan aislados por sus correspondientes murallas, en las que se abren puertas, algunas de tanta importancia como la puerta Norte (Fig. 3.^a).

Su organización es interesante. Se abre en la muralla con ancho de dos metros y medio, conservando su umbral, formado por una gran piedra, en la que se nota por entalladuras laterales el arranque de las jambas. Aparece caído su dintel, constituido por otra gran piedra sin más labra que la necesaria para un desbaste sumario. Con las jambas, el hueco quedaría reducido a proporciones menores, que no excederían de metro y medio.

O C E A N O A T L Á N T I C O



Fig. 1.—Plano general del monte de Santa Tecla y emplazamiento de la Citania.

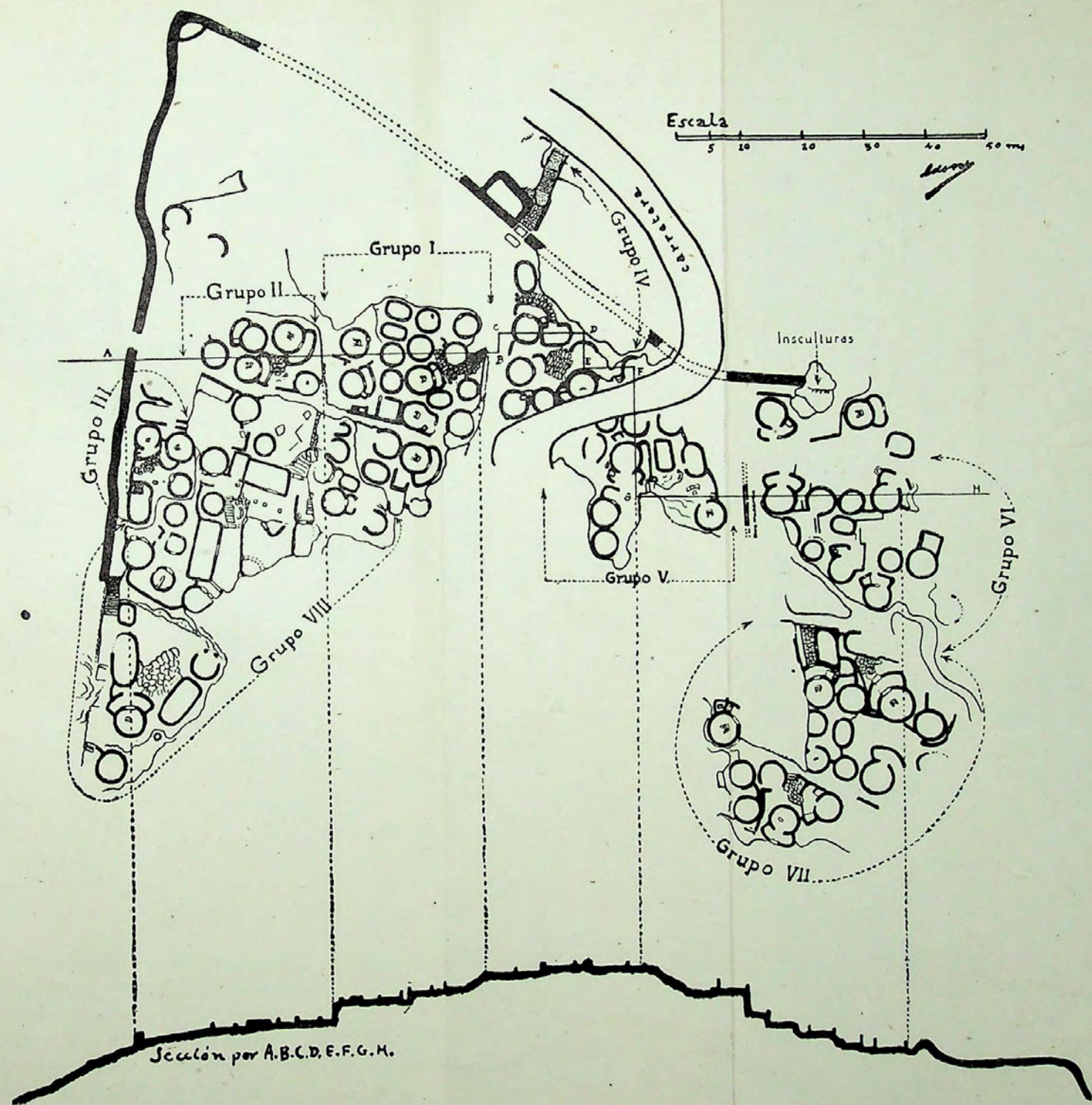


Fig. 2^a—Plano general del sector medio de la Citania

Hacia el interior del encintado, enfrenta con una calle; hacia el exterior, con el arranque de un camino, que en su tercio superior aparece enlosado, y después, por el mayor declive del terreno, escalonado (Lám. III). El camino, en la porción descubierta, se franquea entre muros, quedando encajado y defendido por ellos. Estos muros, por lo que se puede notar en el lado izquierdo, se doblaban, conte-

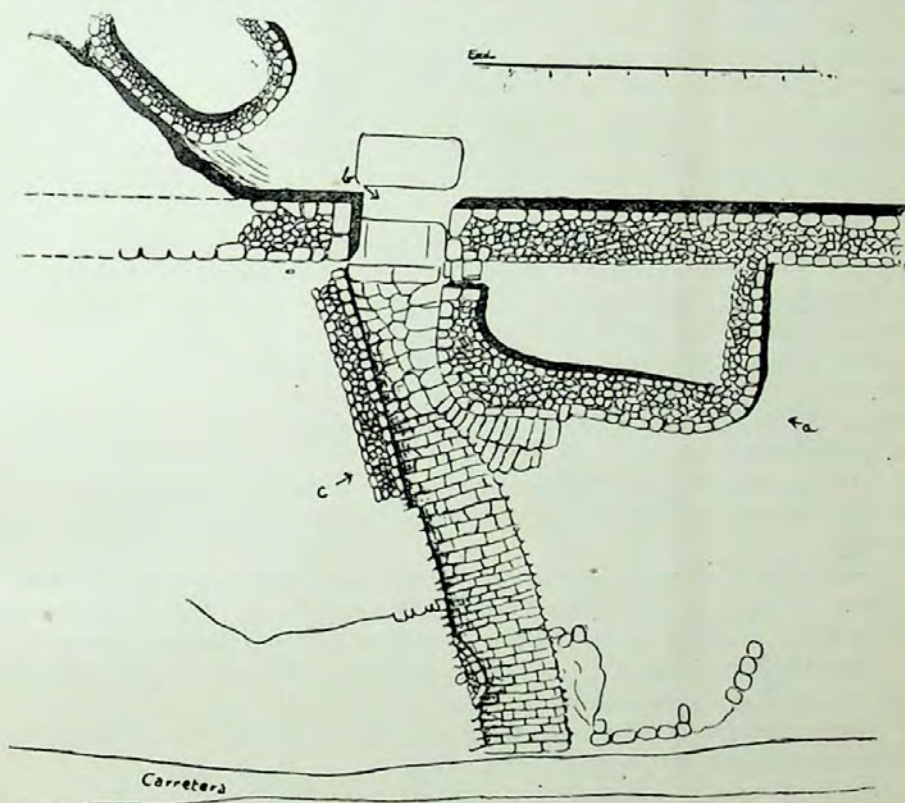


Fig. 3.^a—Planta de la puerta Norte.

niendo las tierras que arrancan desde las murallas, formando un espolón defensivo, ocupado por un recinto de gruesos muros dispuestos en ligero talud (Lám. IV) con acceso inmediato a la puerta, y un rellano, sin restos de construcciones, al que se sube desde el camino por unos escalones. En el lado derecho debió existir una organización parecida, pero sin el recinto indicado. Las murallas y los muros que forman estas construcciones aparecen constituidos por un aparejo de mampuesto malo y descuidado, con grandes piedras en el paramento externo y más pequeñas por su cara interior.

Otra puerta con disposición distinta aparece en el lado Sur de la citania (Fig. 4.^a-Láms. V y VI). Se llega a ella por una calzada (Lámina VII-I) empedrada de losas, con morrillos laterales formados por piedras hincadas. La muralla se corta sobre el camino, continuando luego frente a él, retraída en unos metros. Por este medio se establece un ingreso que obliga a quien entra a variar de dirección trazando un ángulo recto y a quedar sometido a una doble acción ofensiva por parte de la ciudad. La puerta queda oculta, disponiéndose al final del trozo de muralla que enfrenta sobre la calzada. A esta línea de muralla podía fácilmente subirse por una serie de escalones dispuestos a lo largo de ella por el lado interior (Lám. VII-II), doblándose sobre el muro hasta llegar a la puerta, acceso que permitía salvar un desnivel acusado y poner en comunicación fácil y rápida con ella un grupo de casas

La puerta se abre interiormente sobre un ancho espacio enlosado (Fig. 4.^a) que presenta a la derecha un pequeño recinto, cuya utilización debió ser análoga al señalado en la puerta Norte, dispuesto posiblemente para albergar una guardia o vigilancia.

De este a modo de patio inmediato a la entrada, en el lado N. E., se señalan los arranques de tres accesos estrechos sobre niveles distintos que determinan a modo de calles o comunicaciones con otros tantos sectores de casas.

Es interesante esta disposición, que nos revela el modo peculiar de organizarse la citania aprovechando la propia irregularidad del terreno.

Parte de la muralla, en el tramo más avanzado, se cimenta sobre la roca, y como detalle curioso podemos apuntar la existencia de un grupo de *cazoletas* que estuvieron cubiertas por las construcciones.

Del mismo modo, el tramo de muralla retraído, en su extremo opuesto al ingreso, se cimenta sobre un viejo *conchero*.

Con referencia a la construcción, se presentan las mismas características que en la puerta Norte.

La citania se divide en grupos de viviendas limitadas por calles (1). Estas calles se disponen con cierta regularidad, correspondiéndose perpendicularmente. Así, en el grupo I, a una calle A, que arranca desde la puerta Norte, corresponde otra calle B, dispuesta en sentido perpendicular a ella (Fig. 5.^a). Se orientan conforme al emplazamiento general de la ciudad sobre el monte, y así la calle A, corresponde a una dirección N. S., y la B, a la E. O.

(1) Para facilitar la descripción, hemos dividido nuestro estudio en grupos que corresponden a planos parciales, y hemos procurado incluir en estos conjuntos aquellos grupos de construcciones que aparecen limitados con claridad.

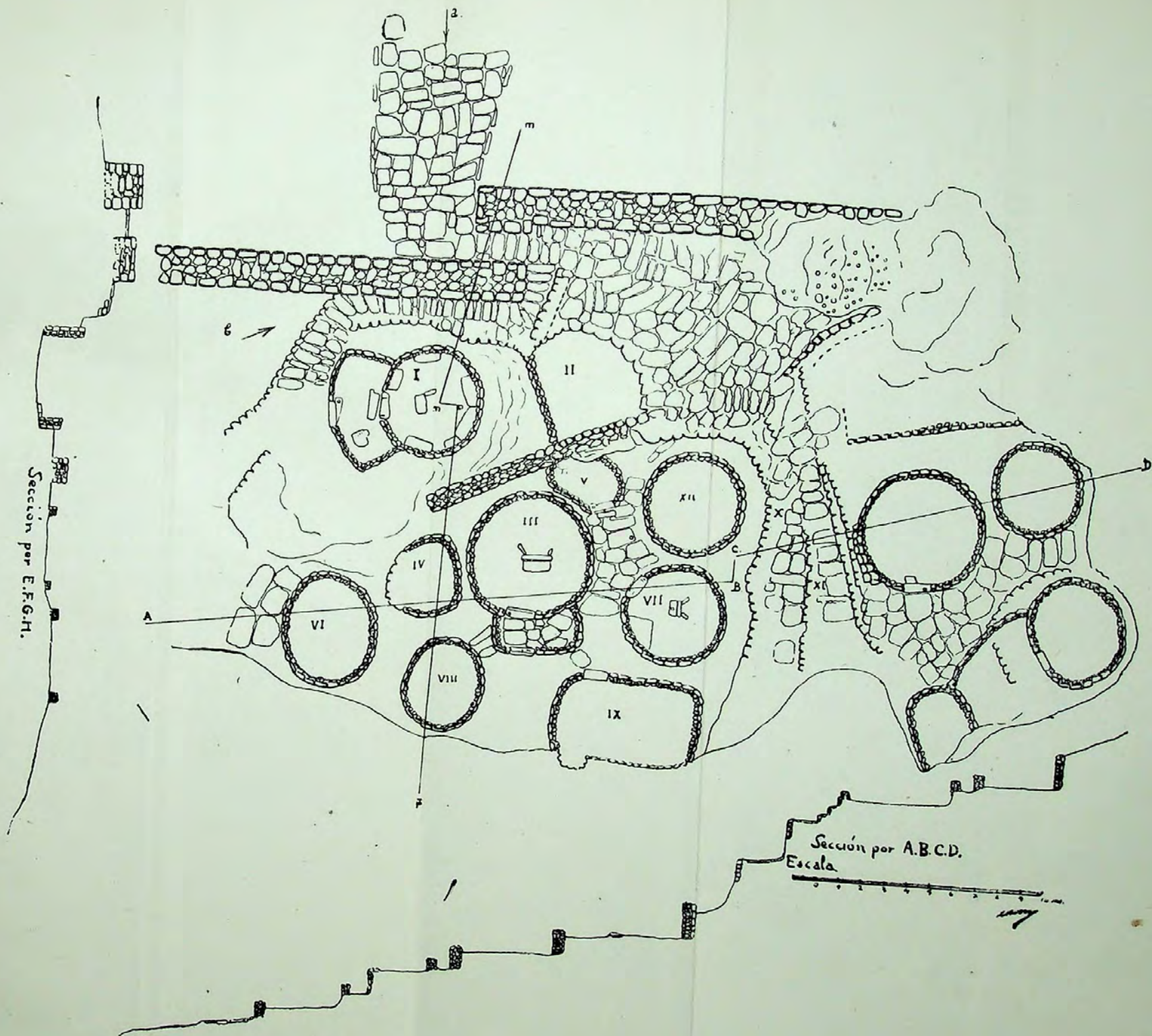


Fig. 4.^a—Planta de la puerta Sur.

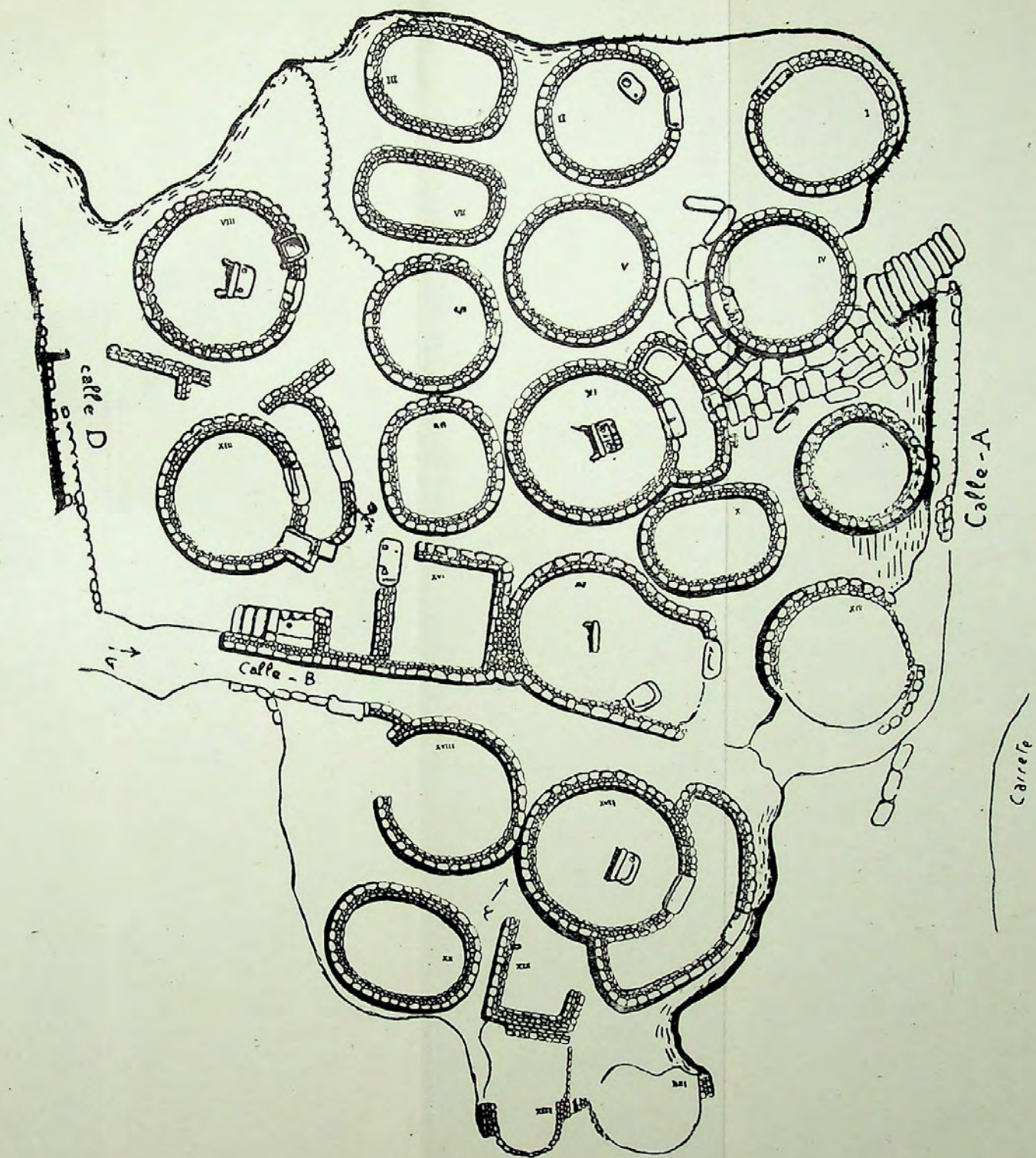


Fig. 5^a—Conjunto de construcciones del grupo I (Véase plano gral. Fig. 2.^a).

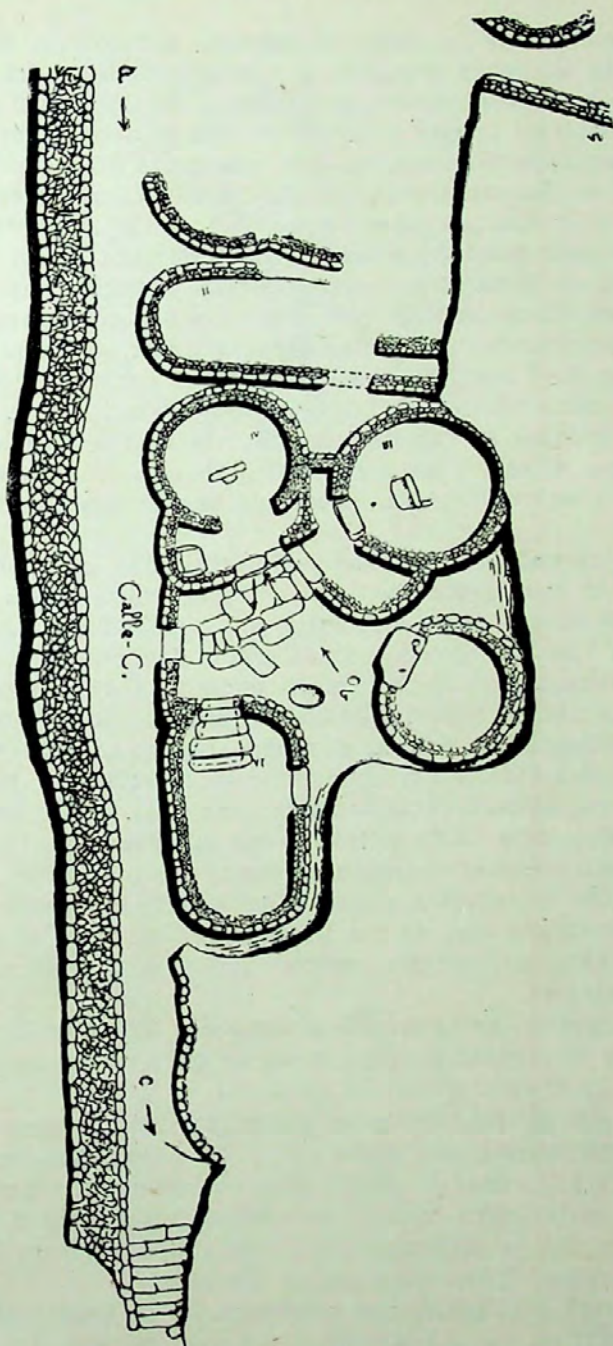


Fig. 6.^a—Conjunto de construcciones del grupo III (Véase plano gral. Fig. 2.^a).

La disposición de las calles no obedece al capricho. Se establecen generalmente conforme demanda la configuración del terreno. Siendo éste irregular, y necesitando salvar en lo posible las diferencias de nivel, de trecho en trecho se levantan muros de contención que determinan pequeñas terrazas, las que, allanadas, hacen posible el emplazamiento de las construcciones. Así, la calle A corre en gran parte sobre un muro y domina todo el grupo I. La calle D, paralela a la anterior, se dispone también sobre un muro de contención y domina el grupo inmediato. Esta disposición se refiere generalmente a las calles orientadas en dirección N. S. por exigirlo así la configuración del terreno. Los que cruzan en dirección perpendicular, por ejemplo la citada calle B (Fig. 5.^a-Lám. VIII), corresponde a varios sectores, salvándose los distintos niveles por rampas muy pronunciadas o por escalones, bien tallados sumariamente sobre la rosa o formados por piedras grandes. A veces, para comunicarse con más facilidad de un grupo a otro, se establecieron escaleras que evitaban rodear todo un sector.

Dentro de cada grupo pueden determinarse un número variado de núcleos de habitación, los que aparecen constituidos por la casa propiamente dicha (véase XI en fig. 5.^a), rodeada por varios recintos próximos a ella que consideramos como dependencias, con el carácter de almacenes o depósitos. Es decir, que dentro de un sector, encontramos varias individualidades formadas por un número variable de construcciones. Así, en el mismo plano, además de la citada, tendríamos otra (VIII), con sus dependencias (III, VII, VI); otra casa (XIII) a la que afectan otras dependencias (XII y XVI, esta última de tipo cuadrado); otra (XV), asimismo con sus depósitos (X y XIV).

Las construcciones aparecen en cierto modo aisladas, mas cuando se trata de las inmediatas a una calle, se enlazan generalmente por muros, como ocurre con los que limitan la calle B en el grupo I y en el grupo V (Fig. 9.^a) con los recintos XII y XIV, pudiendo multiplicarse los ejemplos.

Otras veces se consigue este aislamiento únicamente por la aproximación de las construcciones, y así se observa en las casas contiguas a la calle C en el grupo III (Fig. 6.^a).

Forma este grupo uno de los conjuntos más interesantes y completos. Le constituyen dos casas (IV y III-Lám. IX) con sus depósitos (V y VI). Las casas se unen, pero los almacenes quedan separados por un patio cuyo ingreso se abre directamente a la calle. La calle C (Lám. X), correspondiente a este grupo, aparece limitada por las construcciones indicadas y por la muralla.

Para salvar una pendiente pronunciada, se transforma en escalera (Lám. XI), la que da acceso al grupo VIII (Fig. 7.^a). Este sector constituye otro de los más curiosos y complicados, tanto por notarse

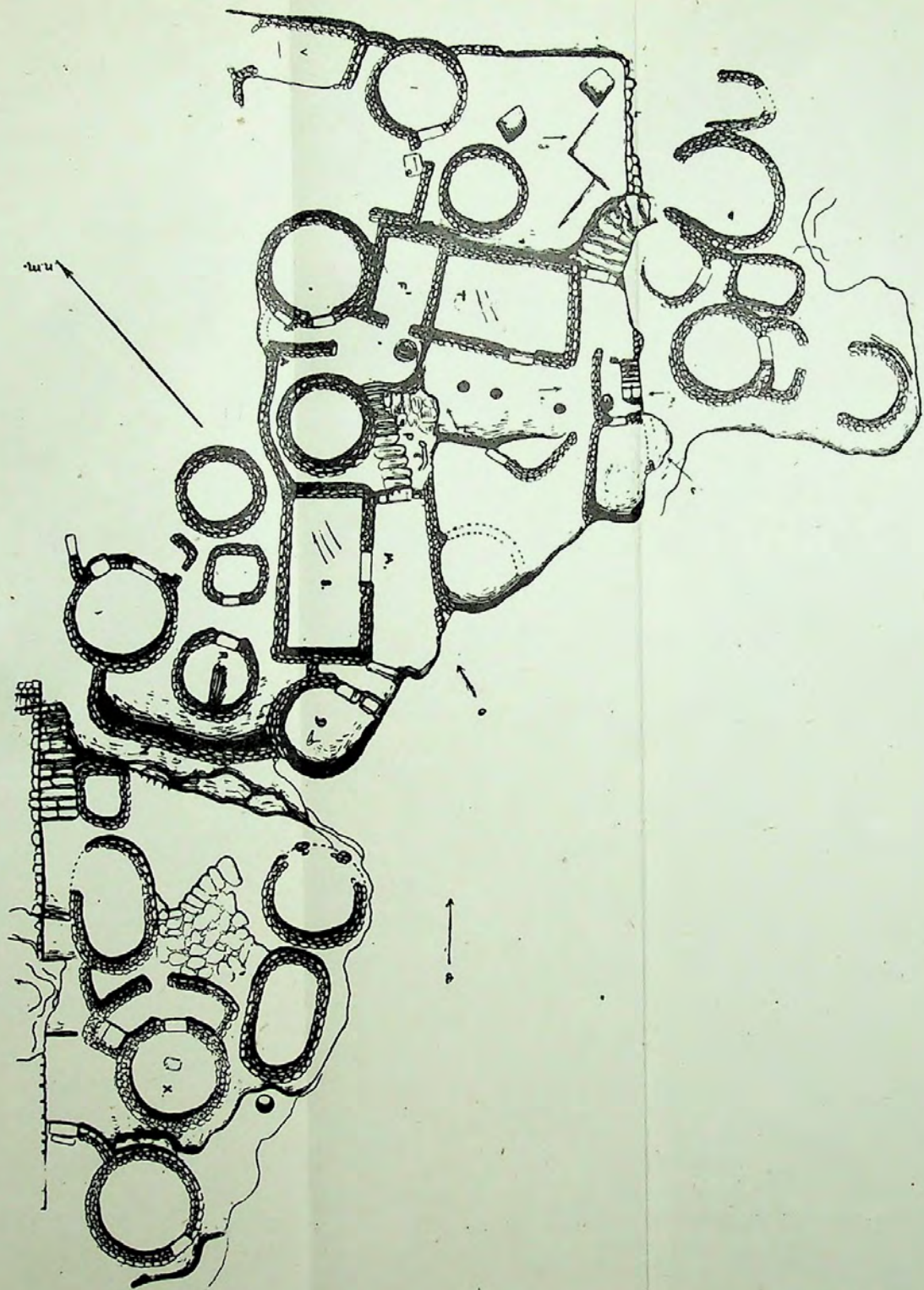


Fig. 7.^a—Conjunto de construcciones correspondientes al grupo VIII (Véase plano general Fig. 2.^a).

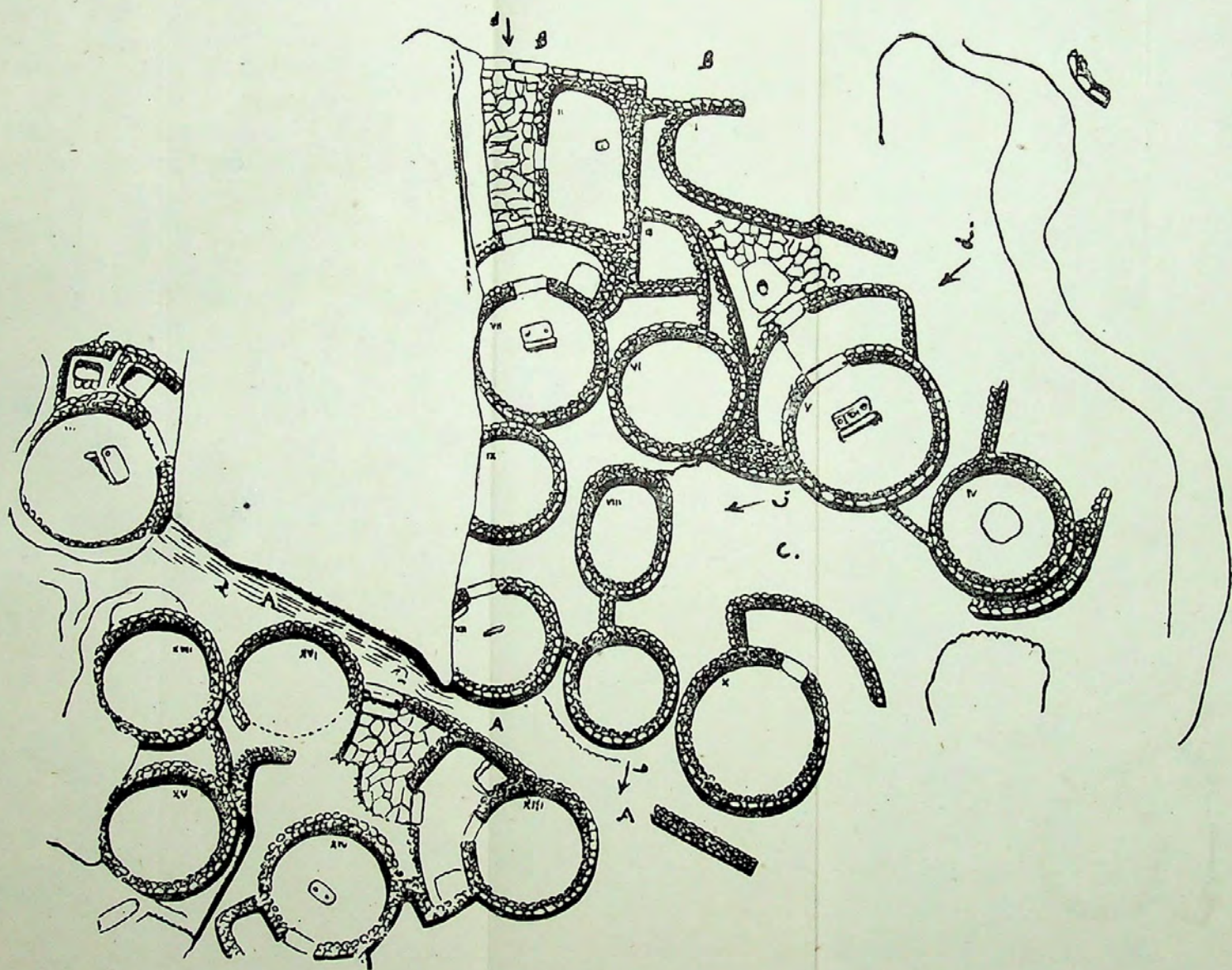


Fig. 8.^a—Conjunto de construcciones correspondientes al grupo VII (Véase plano general Fig. 2.^a).

en él las posibles reconstrucciones que la ciudad sufriera, como por los detalles que pueden estudiarse.

Así vemos, conforme a lo que antes indicamos, cómo se cierran por un muro aquellos grupos que forman una individualidad. Tal por ejemplo el muro (N), que aísla y separa un conjunto de construcciones

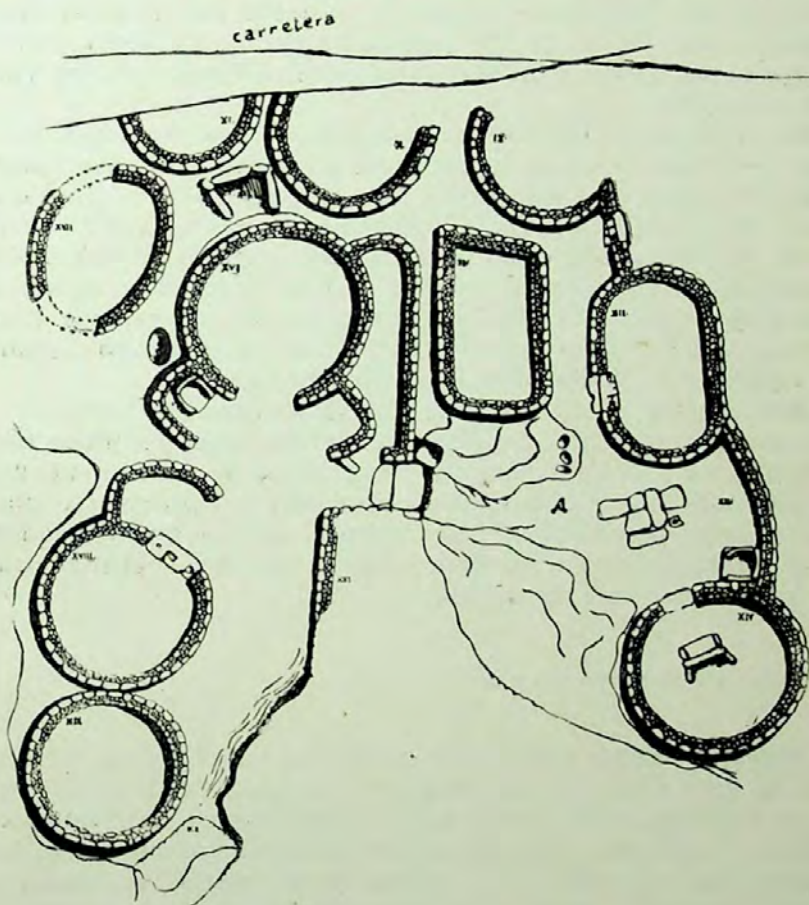


Fig. 9.^a—Conjunto de construcciones correspondientes al grupo V (Véase plano general Fig. 2.^a).

de otro, a pesar de que esta separación se hace clara por lo acentuado del declive, que aquí determina un verdadero corte de terreno.

Por esta misma irregularidad, vemos cómo para unir otros grupos disponen escaleras (P), formadas por grandes piedras, y cómo ésta se bifurca.

Se da también en este grupo un caso interesante de calle de trazado irregular. Comienza ésta en L, sobre un fuerte muro de contención (Lám. XIV-2), y después de descender por unos entalles en forma de escalones, F, abiertos en la peña, pasa por delante de una casa, B, y ensanchándose viene a unirse a la escalera antes citada, P, que variando de dirección da acceso a M. Esta calle es la misma calle C que cerca de L atraviesa la calle B, mas por las irregularidades y obstáculos del terreno pierde aquella primera disposición ordenada, que parece ser debida a un replanteo general, convirtiéndose en tortuosa (Lám. XV-1).

En otros grupos pueden notarse disposiciones análogas, presentando perfecto trazado de calles, acusadas por el cierre y aislamiento de los conjuntos. Tal por ejemplo en el grupo VII, la calle A y la calle B, con curiosos accesos a los núcleos de casas. En este grupo se observa también, como caso raro, la formación de un espacio libre, totalmente cerrado, salvo por uno de sus lados, constituyendo a modo de pequeña plaza (Fig. 8.^a-Lám. XVI), lo que observamos también en los grupos V y VI (Figs. 9.^a y 10.^a) donde encontramos otros espacios amplios (A) limitados por las construcciones.

Resumiendo, tenemos que la ciudad se organiza formando sectores más o menos grandes, según el terreno permite, pudiendo indicar que para el replanteo de los edificios se procuraron formar terrazas limitadas y mantenidas por muros de contención que dan lugar a calles generalmente. Estos muros son fácilmente confundibles con los que pueden ser defensivos, y sólo una exploración metódica puede establecer distinción.

LAS CASAS Y SUS DEPENDENCIAS

Invariablemente aparecen formadas las casas por un recinto circular de unos cuatro metros de diámetro (Láms. XIII, XVII y XVIII) al que se adosa, como construcción independiente, un vestíbulo formado por dos muros que, arrancando perpendicularmente de la casa propiamente, y a distancias iguales de su puerta, se doblan hasta formar una curva concéntrica, interrumpida por otra puerta que se enfrenta y corresponde con la de aquélla.

Así queda constituido el tipo en lo esencial, pero a veces esta disposición general se complica por lo irregular del terreno, y tal ocurre en el conjunto de construcciones del grupo VII, donde tenemos una casa VII (Fig. 8.^a), con sus dependencias II-III, precedida de una especie de vestíbulo (Lám. XVII-1) que comunica con la calle. Asimismo, la casa XIII, con disposición análoga, aunque de mayor complicación. En este sector es curioso observar que en algunas cons-

Plant. Medicea

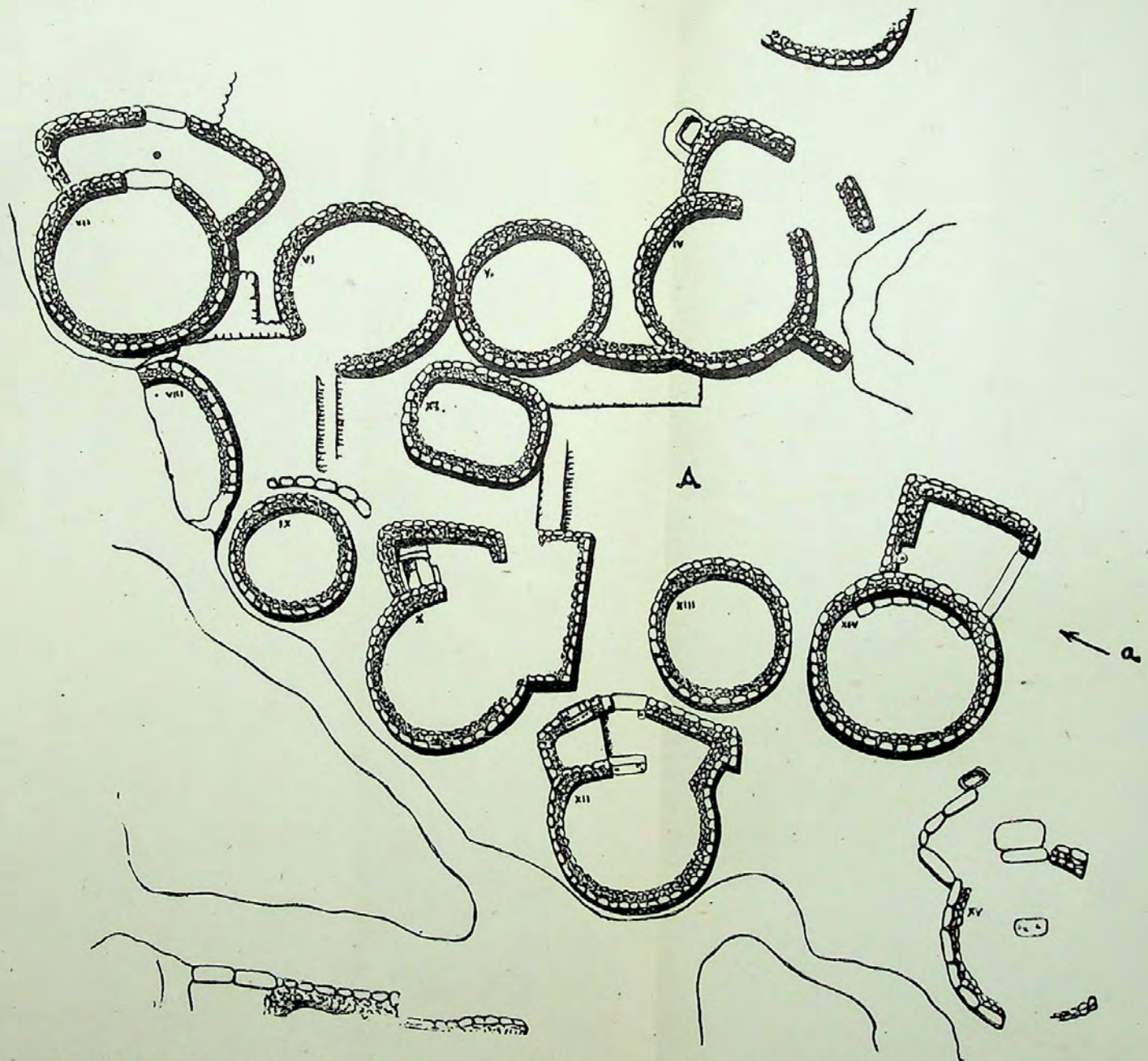


Fig. 10.^a—Conjunto de construcciones correspondientes al grupo VI (Véase plano general Fig. 2.^a).

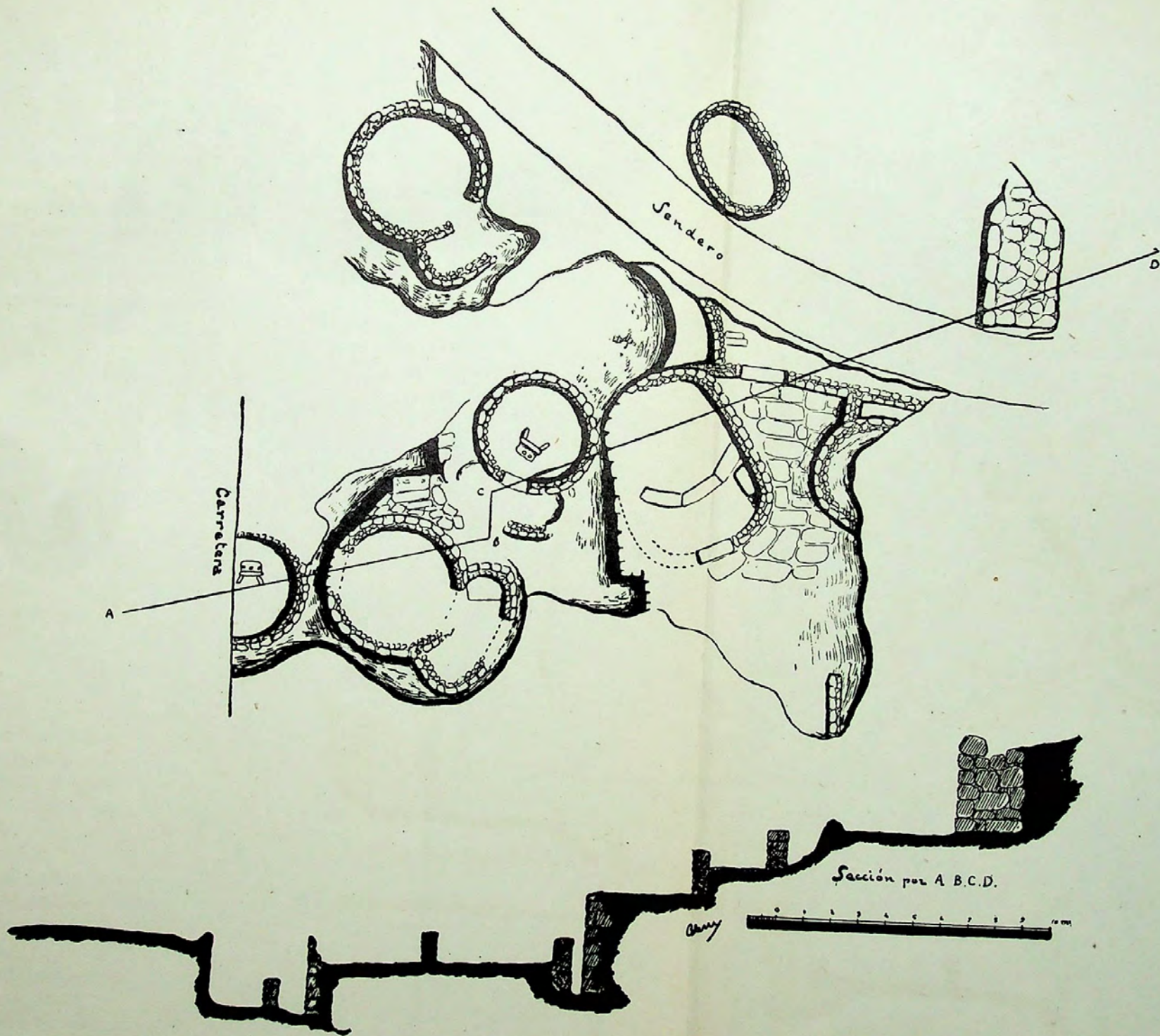


Fig. 11.—Grupo Calvo.

trucciones, como en el recinto IV, para conseguir mayor solidez, se reforzó con un segundo muro, en parte concéntrico, el lado en que el declive del terreno es más pronunciado. Las irregularidades que se observan sobre el tipo general obedecen siempre a la necesidad de acomodarlo al terreno.

Próximos a las casas, a veces tocando con ellas, y otras un poco separados, aparecen otros recintos circulares u ovals, sin huellas, salvo contados casos, del lugar donde se abriera su puerta, lo que se explica porque, disponiéndose ésta a determinada altura, al venir la ruina desaparecieron sus umbrales. Estos recintos, por lo general, no presentan disposiciones especiales en su interior, salvo algún caso, como en el recinto R del grupo VIII (Fig. 7.^a), donde una gran piedra puesta de canto le divide en dos partes, y en otro, donde un muro divide el recinto en sentido de su diámetro, apareciendo en una de las partes unos excavados en forma de silos.

Es particular a estos recintos la disposición de sus umbrales. En los pocos casos que hemos podido observarlos aparecen formados por grandes piedras dispuestas exteriormente en saliente con referencia al muro, en tal forma que estos umbrales vienen a constituir por esta disposición, algo semejante a las grandes piedras interpuestas entre los apoyos y la caja en los modernos hórreos, es decir, lo que se llama *tornaratos*, lo cual comprueba que se utilizaban como almacenes o depósitos.

En algún caso, junto a estos recintos, se abrió una pequeña estancia que pudo servir para criadero de animales. Otras veces, se adosan pequeños recintos con comunicaciones adinteladas que debieron servir para los mismos (Lam. XIX). Disposiciones análogas se encuentran en los vestíbulos.

En uno de estos recintos (en el Grupo III), de tipo ovalado, como particularidad se ha encontrado a modo de una pequeña habitación o covacho, ocupando una porción de su parte inferior. La cubierta está formada por grandes losas y en cuanto a su utilización bien puede tratarse de un pequeño establo (Lam. XX-1). Del mismo modo es interesante encontrar adosado a uno de estos recintos, en el (Grupo VI fig. 10.^a-XIV) una construcción que tiene toda la apariencia de una cuadra (Lam. XX-2) con la particularidad de presentar encajada en el muro, y en el lugar que es de suponer ocupara el pesebre, una piedra horadada, que pudo servir para atar a los animales.

Otros recintos presentan forma rectangular o cuadrada. La utilización de ellos no es cosa clara, pues por desgracia nada podría comprobar el supuesto que se hiciera. A estos tipos corresponden los recintos que aparecen por ejemplo en el Grupo I, (XVI) y en el VIII, (I, II y III), y el más interesante descubierto por el Sr. Calvo.

El Sr. Calvo excavó únicamente una parte. Por lo extraño de su forma triangular (Lam. XXI) y con el deseo de poner en claro su utilización, llevamos a él los trabajos descubriendo una porción apreciable de construcciones a su alrededor, encontrándose con que queda completamente aislado y sin relación con los demás. Estos recintos pudieran ser tal vez lugares de fabricación o talleres, pero como antes indicamos, toda suposición es aventurada, máximo cuando por desgracia la excavación de ellas, no registra hallazgo alguno que pudiera acercarnos a una solución.

PARTICULARIDADES DE LAS CONSTRUCCIONES

Hemos indicado cómo quedan constituidos los tipos de construcciones de un modo general, y hemos anotado determinadas modificaciones. Vamos ahora a estudiar algunas de sus particularidades y características.

LOS MUROS: APAREJOS

Presenta, generalmente, un grueso de cuarenta centímetros, y aparecen formados siempre por dos paramentos distintos; más cuidado y con empleo de material mayor el que corresponde al exterior; menos cuidado y de piedra más pequeña el interior.

Se nota en todos los muros, y muy especialmente en los que forman las casas, una pequeña inclinación hacia el interior, como si apuntara el arranque de una bóveda. A veces, se desvían en su base de la vertical hasta diez centímetros.

Los aparejos son distintos: unas casas lo presentan muy cuidado, formado de piedras grandes bien labradas y dispuestas de un modo peculiar, pues, en vez de guardar hiladas horizontales, tienden a formarlas oblicuas, y como al mismo tiempo la planta es circular y en su alzado se marca la especial inclinación señalada antes, pudiéramos decir que el despiezo se presenta en espiral. En algún caso (Láms. XXII y XXIII), las piedras son de una gran regularidad y la disposición de hiladas en la forma que se indica casi perfecta. Se nota que la piedra fué labrada conforme lo pedían características de planta, y así tenemos que las que forman ángulo exterior en el vestíbulo de una de ellas, se han trabajado de modo que las mismas piedras desarrollan la curva exigida. En estos paramentos se observa un acuñado fino, y contrasta la riqueza y esmero que señalan, con la pobreza del paramento interior, formado por piedras de menor tamaño, sin labras y con toda la apariencia de un mampuesto malo.

Lo que acabamos de indicar no constituye regla general, siendo por desgracia poco numerosos los ejemplos de construcciones cuidadas. Por el contrario, el aparejo de la mayoría de las casas es pobre.

En otros casos, por el empleo de piedras de mayor tamaño, la regularidad se acentúa menos (Lám. XXIV-1); otras veces casi desaparece (Lám. XXIV-2), y en otras se pierde por entero (Lám. XXV-1). Lo general es el empleo de un mampuesto desigual algo cuidado exteriormente, como antes se indica. En algún caso hemos podido notar (Lám. XXV-2) que el paramento se alza sobre un anillo de cimentación, algo más amplio, que quedó al descubierto.

Con miras a una economía, se aprovecharon a veces los excavados o desmontes practicados con el fin de explanar o preparar el terreno para el replanteo de los grupos de construcción. Así, por ejemplo, una casa aparece formada por un estrecho vestíbulo del que se pasa a un recinto rectangular, en el cual uno de sus lados, el que forma el fondo y parte de uno de los laterales, están formados por simple excavado (Lám. XXVI). Detalle interesante de esta casa es el de presentar en el vestíbulo una escalera, que hace suponer la existencia de piso elevado sobre el recinto antes descrito, constituyendo este acceso así dispuesto algo análogo a lo que en la región se denomina actualmente *patin*. Esta misma particularidad se nota en otra, cuya parte más importante aparece excavada, siendo también interesante en ésta el aprovechamiento de las construcciones próximas, para formar un vestíbulo, indicando todo ello una pobreza grande. En otro grupo de construcciones, donde el Sr. Calvo iniciara sus trabajos (por cuya razón y en recuerdo del ilustre arqueólogo se ha convenido lleve su nombre), descubrimos una casa, en la cual parte de su vestíbulo aparece también excavado. A este grupo corresponde una casa interesante, P (Lám. XXVII-Fig. 11.^a), por aparecer construida sobre un alto basamento, que por uno de sus lados sigue la misma disposición de la casa, comprendiendo el recinto interior y el vestíbulo; por otro lado se ensancha, tomando forma distinta y curiosa. Sobre ese basamento, que acusa altura de casi dos metros, se organiza la casa, la que presenta la parte de muro correspondiente al recinto circular, donde se abriera la puerta, formado por tres grandes sillares labrados en curva. La casa R de este grupo, destruida en parte, fué la explorada por el Sr. Calvo y bautizada con el nombre de «Castañuela».

Dato que afirma lo indicado acerca de la pobreza de construcción y que conviene anotar por las consecuencias que de él se deducen, es el del aprovechamiento de piedras labradas, utilizadas con evidente desconocimiento de su valor constructivo. Restos con decorado por sogueados o por entrelazados de bella traza han sido utilizados; así, una piedra con el sogueado característico, aparece como simple

material de construcción empotrada en el muro de una casa (Lámina XXVIII-1); otra constituye elemento de un hogar (Lám. XXVIII-2); otra, con fino entrelazado, forma parte del fondo de un horno (Lámina XXIX-1). Otras piedras, al parecer de traza romana, sufrieron destino análogo, tales las que aparecen limitando la entrada a una

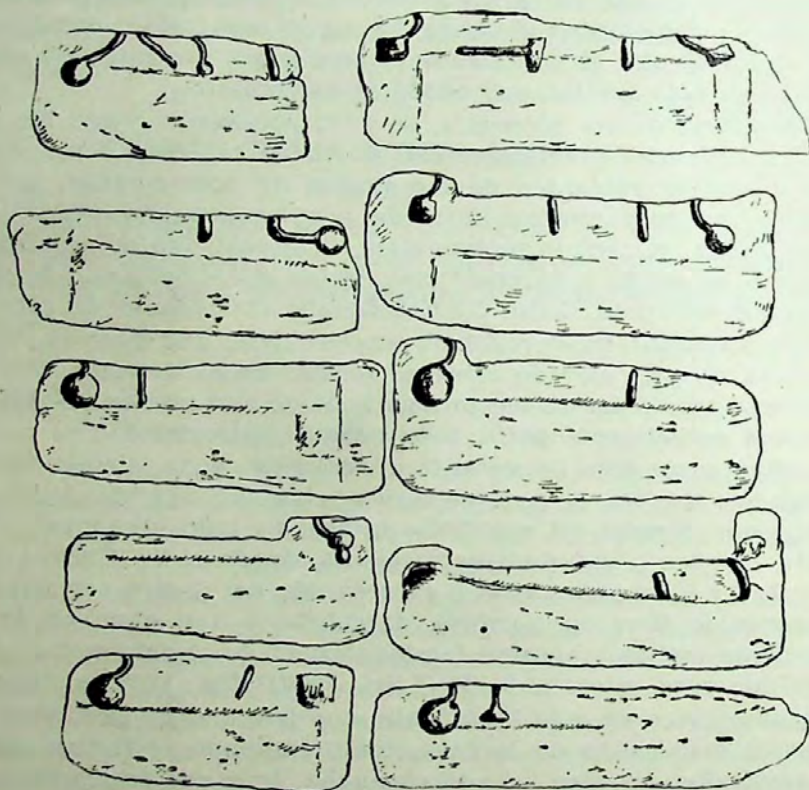


Fig. 12.ª—Tipos de umbrales.

casa (Lám. XXIX-2) y las bases y fustes aprovechados que aparecieron frente al recinto T del grupo VIII (Lám. XXX).

PROCEDIMIENTOS DE CUBIERTAS. TECHUMBRES

La inclinación de muros que anotamos podría llevarnos a suponer se cubrieran las casas por falsas bóvedas, conseguidas por aproximación de hiladas; lejos de esto, la falta de piedra, que al cubrirse

de este modo las casas hubiéramos hallado en su interior, hace suponer que el procedimiento consistió en el empleo de palos o ramas que, descansando por uno de sus extremos sobre los muros, y unidos fuertemente por su parte superior, formarían una techumbre cónica, la que se completaría con haces de paja. Estos haces pudieran suje-

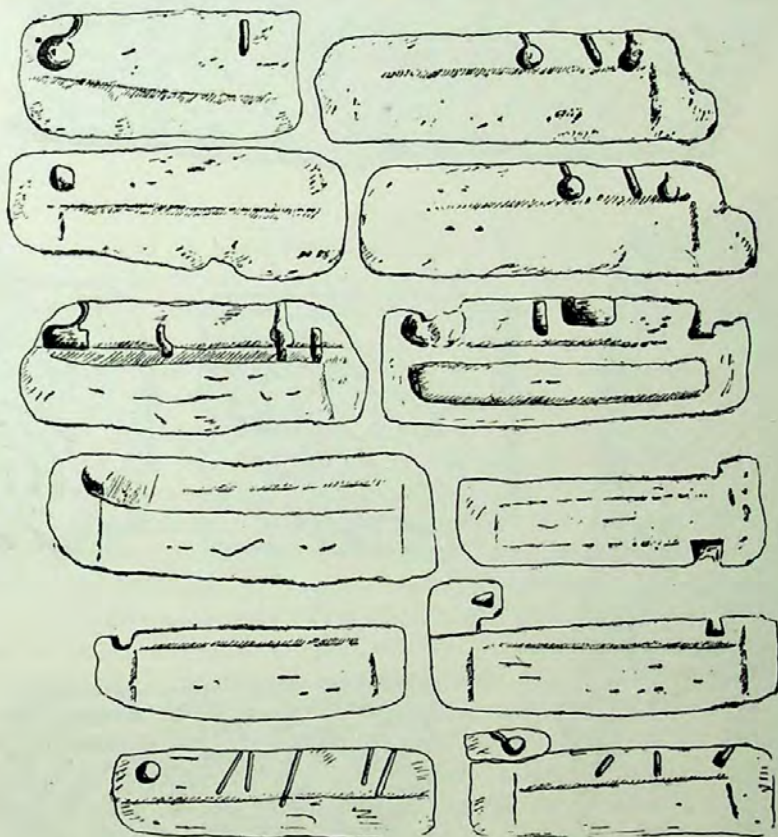


Fig. 13.ª—Tipos de umbrales.

tarse por líneas de cosido, establecidas de trecho en trecho, o por una serie de cuerdas que partiendo unidas del vértice de la techumbre y mantenidas en tensión por piedras atadas en sus extremos, impedirían que los haces se desplazaran por un fuerte viento o por cualquier otra causa. De estas piedras, presentando un agujero por el que pasaría la cuerda para anudarla, son muchas las que pueden recogerse en nuestra citania.

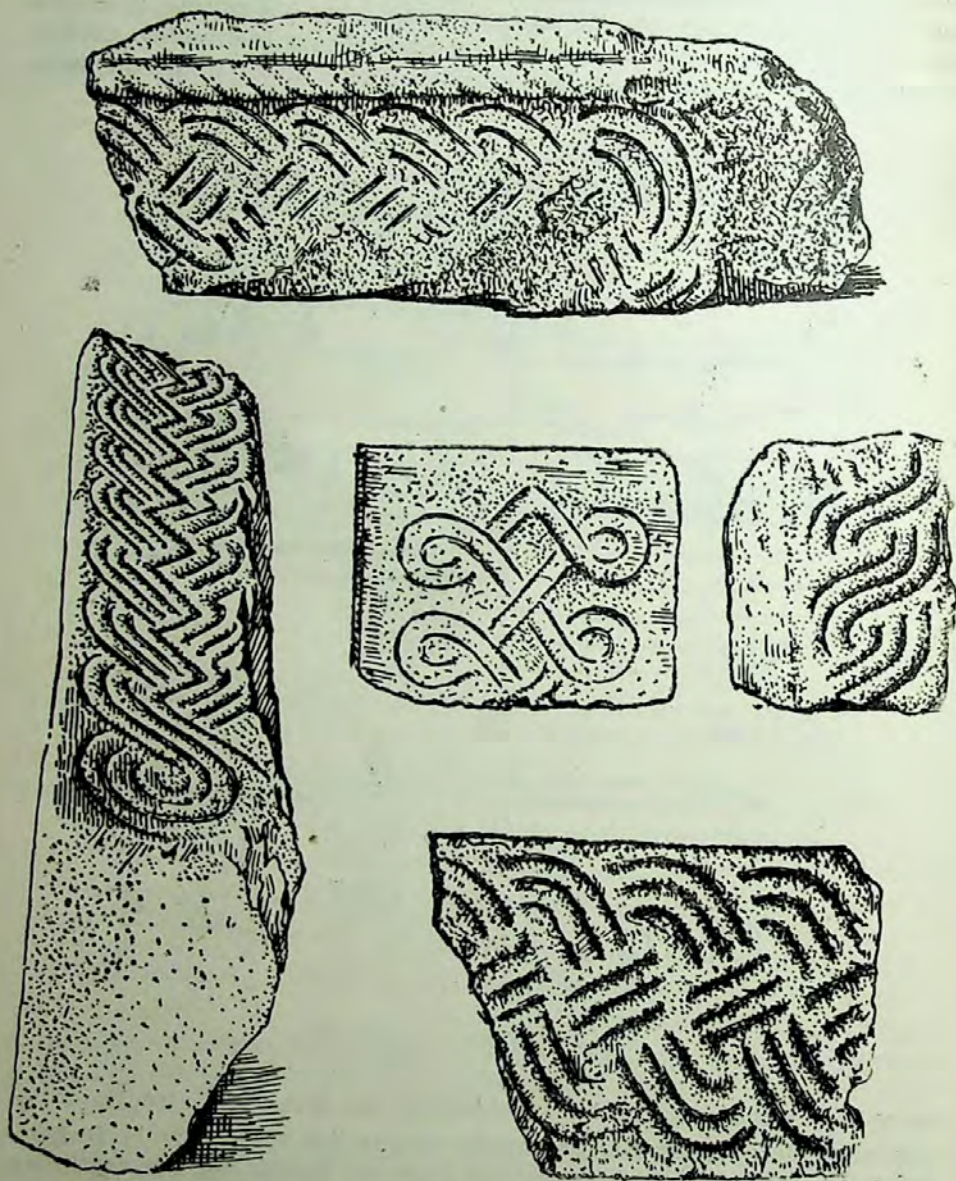


Fig. 14.^a—Piedras labradas de dinteles y jambas de casas.

De esta organización de techumbres que suponemos para nuestras casas, pueden dar una idea las construcciones actuales que pueden estudiarse en el lugar del Cebrero, en la provincia de Lugo (Láminas XXXI y XXXII), donde encontramos los mismos tipos de edificios circulares u ovals, con techos de maderas y paja que suponemos para nuestra citania. Así también, pueden encontrarse ejemplos en otras regiones de la península, como en aldeas muy pobres del Sur de Extremadura, supervivencias de formas y procedimientos de construcción que pueden buscar su ascendencia entre los curiosos edificios del Tecla.

LAS PUERTAS

Generalmente se conserva de ellas, tanto de las de los vestíbulos como de las de los recintos interiores, los umbrales, formados por una gran piedra o por dos, encajadas entre las jambas, determinando en algunas un pequeño escalón.

En ellas se observan muescas o entalladuras que hacen posible el estudio del procedimiento de cierre (Figs. 12.^a y 13.^a).

Debieron ser las puertas de una sola hoja, sujeta por su parte inferior al umbral por una espiga que descansaría en una muesca o entalle en forma de coma, con lo cual, en un momento dado, podría desmontarse fácilmente. Sobre los mismos umbrales se notan otros entalles, de formas muy variadas, donde encajarían fallebas de madera para su sujeción. A veces, el estudio de estas disposiciones se hace difícil, porque las piedras debieron ser utilizadas para la misma función repetidas veces, variándose su posición y necesitando por consiguiente abrir en ellas nuevas muescas. Pero siempre se observa el detalle de que debieron estar formadas por una sola hoja.

Estas puertas tuvieron a veces sus jambas y dinteles decorados con riqueza y gusto, y aunque no hemos hallado ejemplos tan notables como el que nos muestra la encontrada en Cividade d'Ancora y conservada en el Museo de Guimaraes, o como las reconstruidas y guardadas en el mismo Museo procedentes de Briteiros (Lám. XXXIII), tenemos algunos restos que nos aseguran de la existencia de disposiciones análogas y correspondientes al mismo período. Tal por ejemplo el trozo de dintel con trenzado típico hallado como simple material de construcción en nuestras excavaciones; una piedra de jamba con bordón sogueado, motivo característico también, utilizado del mismo modo. A ésta es posible corresponda un trozo de dintel del mismo tipo que se encontró unido a la anterior, datos que nos hacen pensar en que ambas piedras correspondieron a una misma puerta (Lám. XXX-*Fig.* 14.^a). Lo curioso de esto estriba en que parecen de-

terminadas dos modalidades de construcción; una, que nos daría puertas cuyas jambas y dinteles estarían constituidos por grandes piedras de dimensiones iguales al ancho de muros en que se encajaban (ejemplo, los citados de Ancora y Briteiros y la nuestra), y otras puertas en las cuales las piedras labradas, en vez de unir a su valor decorativo la función constructiva, sólo realizaban lo primero, siendo como piezas en cierto modo sobrepuestas a la construcción. El poco grueso de la jamba y dintel últimamente citado nos hace pensar en esta disposición.

A juzgar por las piedras encontradas, las dimensiones de las puertas en cuanto a su altura no debía exceder de dos metros, y aún esto debía de ser algo excepcional. Viviendas con puertas amplias, como la citada de Briteiros, debió quedar solamente para construcciones ricas, como indica en ésta, el mismo lujo de ornamentación.

Los muros de las casas, tanto interior como exteriormente, estuvieron enlucidos con una capa de mortero a base de cal.

HOGARES

Casi en el centro de las casas, ligeramente desplazado hacia su entrada, aparece el hogar, formado por una losa hincada de canto a lo largo. Hacia el interior, otras dos piedras más pequeñas, hincadas también y colocadas a los extremos de la grande, con una ligera desviación hacia afuera, limitan un pequeño espacio, que constituye el fogón. Al otro lado de la piedra colocada verticalmente se dispone, tendida, otra de tamaño análogo (Lám. XXXIV). En ésta aparecen siempre una, dos o más muescas circulares, de profundidad variable, aunque siempre escasa, y nunca dispuestas en igual orden. (Fig. 15).

Se ha supuesto que estas muescas sirvieron para afianzar el palo que a modo de soporte mantenía la techumbre, aislándolo así de la tierra y dándole al mismo tiempo, por su encaje en la muesca, una mayor solidez, evitando su posible desplazamiento.

Teniendo en cuenta que estos recintos, por lo corto de sus dimensiones, no necesitaban de soporte para su techumbre, pues simplemente los maderos o ramas descansando sobre los muros y apoyados y unidos en su parte superior constituyen una cubierta estable y segura, y teniendo en cuenta que esas muescas ni son lo suficiente profundas para dar cabida a la espiga de un soporte de determinado grueso, ni aparecen en el centro del recinto, como sería de esperar si sirvieran para mantener un soporte, ni aparecen en el centro de la misma piedra en que se han abierto, ni se cuenta una sola, sino varias y de dimensiones y hasta la forma distintas, no creemos sirvieran para la indicada función. Creemos, por el contrario, que se dispusieron

Simplemente para mantener un dispositivo de madera que permitiese sostener las vasijas sobre el hogar, a una determinada altura de las llamas. El hecho curioso de encontrar, con cierta abundancia, fragmentos de vasijas con asas dispuestas interiormente, nos da la seguridad que hubo de existir la costumbre de colocar suspendidos sobre el fuego los recipientes, y por ende la necesidad de habilitar un medio que las mantuviera en dicha forma. Por otro lado, confirma este supuesto el hecho de que en el Cebrero (localidad que tan-

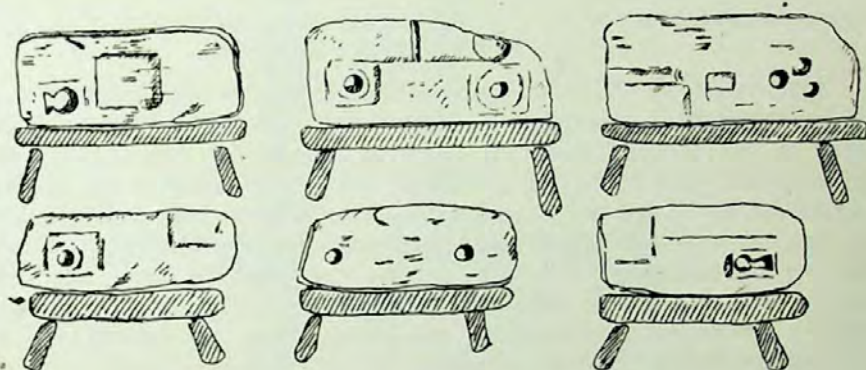


Fig. 15.ª—Tipos de hogares.

ta semejanza guarda con nuestra cítania) se emplea actualmente un procedimiento análogo a tales fines.

A veces falta el hogar en la forma que acabamos de describir, no indicando su existencia más dato que la presencia de la tierra carbonizada. Otras veces se señala por haberse cubierto la casa con un piso de arcilla. Al hacer fuego en el centro de ella repetidas veces, la parte de el suelo que ocupara el hogar presenta la arcilla roja y endurecida, como de haber sufrido una cocción imperfecta.

HORNOS

Aparece generalmente en los vestíbulos, en uno de sus lados; otras veces, las menos, en el interior de la casa adosado o embutido en sus muros. Son de proporciones pequeñas y se levantan sobre un pequeño macizo de obra. Están formados por una gran losa que forma su suelo y por otras tres, talladas interiormente de modo que señalan una curva y colocadas de canto sobre la primera. De este modo for-

man una caja que se cubre con una o dos piedras, y el lado libre, que forma propiamente su puerta, es cerraba con otra piedra mantenida por el exterior con un palo que encajaba y quedaba fijo en dos muescas, talladas en sendas piedras dispuestas en salientes a un lado y otro de ella o fijos en agujeros abiertos en el frente de las piedras, o pos piedras horadadas sujetas en la construcción (Lám. XXXV, 1, 2 y 3). Así como es raro falte el hogar en una casa, es raro también que carezcan de su horno, dispuestos en el vestíbulo.

OTRAS PARTICULARIDADES

Interesante es observar ciertas disposiciones de saneamiento, como las encaminadas a desalojar las aguas, abriendo canalillos, tallados a veces en las piedras, o formándolos con pequeñas lajas. Estos desagües, estudiados conforme lo exigen las irregularidades del terreno, vierten en las calles por lo general, llegando hasta aquellas que limitan con las murallas. En éstas, a trechos, aparecen atarjeas o salidas, que por su tamaño señalan la mucha cantidad de agua que debió pasar por ellas. De este modo vertía fuera de la ciudad. Cuando estos canales no podían establecerse entre las casas, las atraviesan, disponiéndolos por debajo de sus pisos.

No pudimos estudiar lo referente a suministro de aguas a pesar de que existe una fuente antigua en el monte. Es de suponer que, como ocurre en Briteiros, las aguas se canalizaran para abastecer la ciudad. El aprovechamiento actual de este caudal y otros trabajos realizados para embellecimiento del monte, han destruido lo que pudiera existir.

Suele ser usual la aparición de excavados en la tierra, de forma circular como a modo de silos, muy cuidados interiormente, y revocados con una capa de mortero a base de cal. No podemos creer se trate de silos en el concepto de depósitos para granos o semillas diversas, pues las gentes que inventan nuestros típicos almacenes, y que en la actualidad utilizan los hórreos, saben que el país no permite el uso de tales depósitos. Los creemos simplemente como pequeños algibes destinados a almacenar agua para usos imprescindibles. En algún caso forma parte de la misma vivienda, situándose detrás de una de las alas de su vestíbulo. Otras veces se disponen en las proximidades de los depósitos o almacenes.

Es curioso observar junto a las puertas de algunas casas, en el suelo y pegado al muro, dos o tres piedras pequeñas hincadas y dispuestas de modo que dejan un hueco. La utilización de ellas no es muy clara, pero tal vez obedezca a la necesidad de defender una planta.

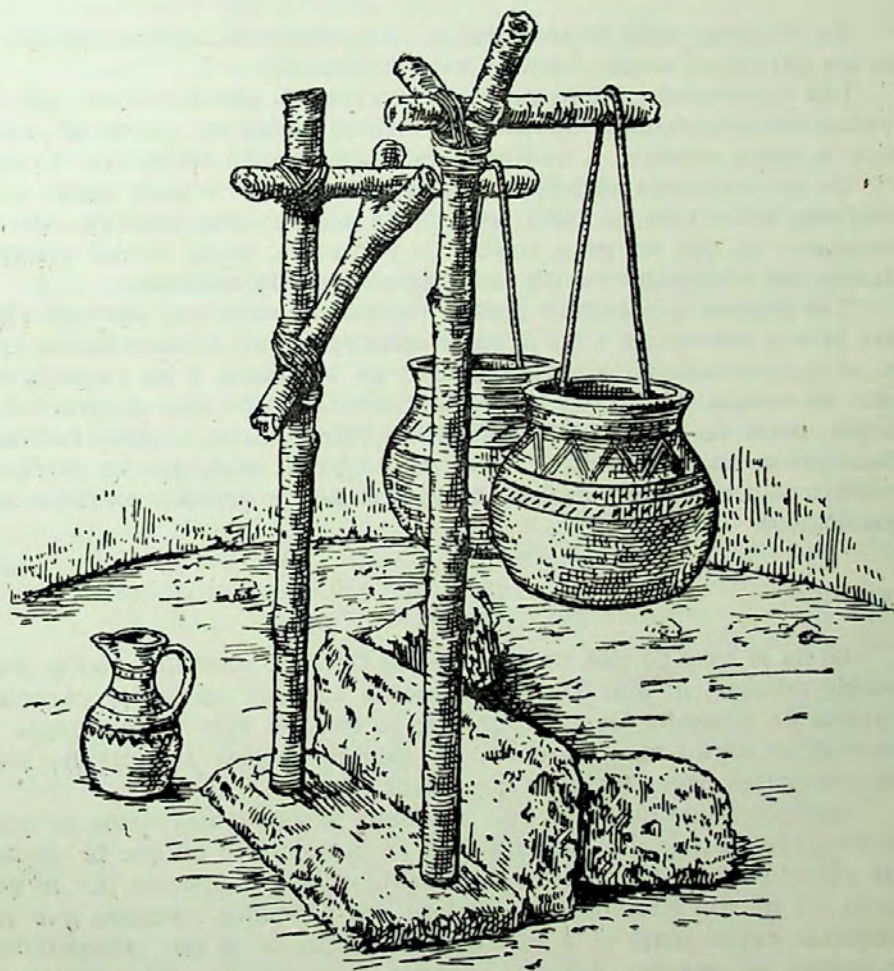


Fig. 16.^a—Reconstrucción de un hogar.

II.—LOS HALLAZGOS

EL AJUAR DE LAS CASAS

En realidad, para el área que se lleva excavada, no son abundantes los hallazgos, siendo extraño este fenómeno.

Las excavaciones señalan, según nuestras apreciaciones, que la ciudad fué abandonada, debiendo ocurrir el hecho tal vez de un modo lento y, como veremos, a nuestro juicio también, en época muy tardía.

En las viviendas apenas se encuentran objetos, y salvo algún caso concreto, lo hallado en ellas procede de acarreo. Por consiguiente, el fenómeno de que un gran centro de población, como señala nuestra citania, dé relativamente un ajuar escaso, puede explicarse.

Los objetos que se han podido recoger revelan con claridad algo que ya con referencia a las mismas construcciones se manifiesta, esto es, el aprovechamiento y continuidad de la ciudad y su reconstrucción en épocas distintas, con la particularidad de que, desgraciadamente, no se ha podido determinar una estratigrafía, a pesar del cuidado que se ha procurado llevar en los trabajos, dado que las diversas reconstrucciones han mezclado íntimamente los diversos estratos arqueológicos.

CERÁMICA

Se da el caso de que, de los diversos tipos de cerámica que se han podido recoger, la más antigua presenta siempre todas las características de proceder de acarreo, por lo que ha sido difícil llegar a reconstruir algún vaso, y cuando ha podido hacerse siempre ha sido de ejemplares pequeños y de importancia escasa.

Aparece la cerámica de tipo avanzado (y esta observación es muy interesante, porque nos asegura más en el supuesto de que la ciudad fué abandonada lentamente), totalmente rota y ocupando por lo general, en un amontonamiento curioso, los pequeños rincones que las viviendas dejan entre sí, y en sitios en los que se ve que, depositados, no habían de estorbar. Así, por ejemplo, en el espacio entre dos casas pueden recogerse cantidades grandes de fragmentos de ánforas romanas, con la particularidad de que, a pesar del cuidado y el enorme esfuerzo que se ha hecho, no se han podido conseguir completar estas vasijas. Se trata por consiguiente de verdaderos vertederos de época tardía, tal vez formados en momentos próximos al abandono de la ciudad, ya que de ser vertederos antiguos en ellos mismos hubiéramos podido determinar una estratigrafía.

Otros tipos cerámicos aparecen sueltos, como procedentes de arrastres, según indicamos, siendo éstos los más antiguos y más interesantes. Por esta circunstancia, tampoco ha sido posible reconstruir ningún vaso. Por otro lado los fragmentos son pequeños, raros los que se refieren a bordes, y por consiguiente ni aun determinar formas completas hemos podido conseguir.

Estas mismas particularidades podemos referirlas al resto de objetos recogidos, lo que nos afianza más en la idea de que la citania del Tecla, a pesar de su gran interés, no es hoy más que el ejemplo arqueológico de una vieja ciudad que sufrió diversas reconstrucciones y que fué abandonada en época muy tardía.

Ante esto, el estudio que vamos a intentar sobre la cerámica recogida, tiende sólo a señalar tipos y a encajarlos en su época correspondiente.

Este mismo plan vamos a seguirlo, aunque también de un modo sumario, en las demás manifestaciones, y unido a lo que las construcciones nos muestran, intentaremos esbozar la posible historia de la citania.

La cerámica recogida nos da los siguientes tipos: Primero; una cerámica, de un barro negro con bastante mica, lisa y muy pulimentada, con aspecto de ser muy antigua, tal vez correspondiente a la época del bronce. En ella a veces se nota la huella de la espátula con que se alisara. No está bien cocida, y por tanto los fragmentos se quiebran fácilmente. Por lo general estos fragmentos son pequeños, y por consiguiente difícil precisar sobre ellos posibles formas.

Segundo; otra cerámica de barro rojizo, amarillento o negro, en este último caso algo pulimentado, con decoraciones puramente geométricas, conseguida con incisiones hechas a punzón y dispuestas en zonas limitadas por otras líneas. Los motivos son generalmente pobres, reduciéndose a rellenar las bandas de líneas cruzadas en diagonal o simplemente de líneas en zig-zag, paralelas, oblicuas en un sentido o formadas por series de puntos, etc., etc. (Láms. XXXVI y XXXVII). Corresponden a vasijas grandes con asas y con gruesos rebordes en su cuello, llevando éstos a veces decoración análoga conseguida por el mismo procedimiento. En algunos fragmentos la ornamentación se complica, por alternar los motivos formados por líneas y puntos. Constituye el tipo más abundante.

Tercero; otra más rica y más cuidada en la que el barro es del mismo tipo, aunque predomina el negro, a veces con pulimento y de pasta más fina, llevando menos mica que el anterior. Los motivos son más variados, mostrándonos círculos concéntricos, espirales, líneas en zig-zag finas, series de puntos, etc. Esta decoración está conseguida con el empleo de estampillas, algunas de gran finura, y ordenadas de un modo vario; así, con una misma impronta pueden conseguirse es-

pirales dobles o triples, motivos en S (posible estilización del tipo de ave, poco corriente en nuestra citania), sogeados, etc. Por lo general se disponen llenando bandas que, alternadas, llenan la superficie del vaso, terminando estas bandas en algunos casos por triángulos en cuyos vértices aparecen circulitos concéntricos. A veces a esta decoración estampillada se une la incisa, haciendo más rica la ornamentación. Otras veces las estampillas se complican, presentando tipos diversos, como triángulos incisos que muestran en su centro puntos en relieve, o que se rellenan de líneas más finas, dispuestas en un sentido o entrecruzadas, o bien líneas de puntos que determinan relieve y que se disponen rellenoando zonas (Láms. XXVIII y XXXIX).

Cuarto. Otro tipo de cerámica, de barro amarillo claro, nos muestra decoración obtenida por finos cordones de barro, algunos al parecer conseguidos por el procedimiento de barbotina. A veces estos cordones llevan incisiones ligeras que realzan su valor decorativo. Otras veces son lisos, encontrándolos de sección cilíndrica o prismática (Láms. XL y XLI-A).

Otro motivo de decoración en fragmentos de este tipo consiste en sobreponer pequeñas manillas o botones de barro, conseguidos con moldes y puestos a presión sobre el barro antes de la cocción. Multiplicando estas manillas se llenan bandas horizontales, produciendo un efecto de relieve curioso (Lám. XL-a). Es posible que esta técnica remede la decoración por esferitas o anillos de bronce o de ámbar, típica en la cerámica de la época.

Quinto. Juntamente con esta cerámica encontramos otra, basta, de barro malo con mucha mica, desprovista de decoración, en la cual ha de incluirse la que presenta recipientes con asas interiores (Lámina XLII-a). En cuanto a las formas de éstas, son generalmente las corrientes, y sólo tenemos dos ejemplos que difieren de lo común. Tal, una asa formada por un disco plano decorado, de cuya parte inferior arranca un vástago que le unía al vaso, presentando éste como particularidad el ir agujereado (Lám. XLII-b). La disposición de este tipo curioso de asa, suponemos podría ser la indicada en el dibujo que acompaña a la lámina; tipo extraño, que tal vez pueda proceder de una imitación de vasijas en metal. Otro tipo de asa aparece determinado por un ensanchamiento ligero del borde de la vasija y un agujero en su punto medio (Lám. XLII-c). Los restantes tipos son más usuales y no presentan particularidad digna de mención.

Juntamente han aparecido gran número de botones de barro, los llamados *fussaiolos*, entre los cuales los tenemos lisos, o decorados por incisiones o por estampillado. Sus tamaños varían, y no solamente los encontramos tronco cónicos, sino también esféricos. También se encuentran en otras materias, como en pizarra (Lám. XLI-B).

Hemos indicado la dificultad de reconstruir los vasos, por ser los

fragmentos pequeños y por aparecer aislados. Solamente se han podido reconstruir, y aún de modo incompleto, una vasija de 157 milímetros de altura y 137 de diámetro en su boca, y de forma de olla; otra, más pequeña, de 71 de altura por 62 de diámetro, que presenta panza desarrollada, estrangulándose luego desde un tercio de su altura a la boca; otra, todavía más pequeña, con altura de 56, muy incompleta y de forma análoga a la anterior. Las tres vasijas presentan el solero plano, y no llevan decoración.

La cantidad de tientos de tipo francamente romano es abundantísima, viniendo a constituir el lote principal de los hallazgos de cerámica.

Estos fragmentos se refieren principalmente a ánforas de tipo corriente, con pedúnculo, en las que a veces, muy pocas, aparecen marcas, formadas por una letra o simplemente por unas rayas. A pesar de la abundancia no se han podido reconstruir, salvo dos ejemplares muy deficientes, y que por otro lado no ofrecen novedad. De otros tipos de cerámica romana son escasos los hallazgos, reduciéndose a fragmentos de *aretino* de baja época y generalmente sin marca (Lám. XLIII-g). Solamente en uno la presenta en las paredes del vaso, pudiéndose leer G. ANNI (Lám. XLIII-a). Es posible que, más que marca de alfarero, indique nombre del propietario. También se ha encontrado, aunque poco abundantes, algunos fragmentos de *Acco* (Lám. XLIII-b, c) y trozos del *discus* de dos candiles con representaciones de gladiadores o guerreros (Lám. XLIII-e, f). Por último, un único trozo de cerámica pintada, de barro amarillo claro con dos líneas de rojo. Por lo fino del barro y por el tono del rojo, parece ser cerámica importada, de tipo tal vez púnico.

MOLDE DE FUNDICIÓN

En el interior de una de las casas, pudimos hallar curiosos fragmentos cerámicos de un molde o matriz de fundición, conjuntamente con trozos de escorias. El molde (que corresponde a un cuenco de gran diámetro, de paredes no muy altas y solero plano y con su borde perdido), presenta una cuidada decoración formada por dos líneas, acusando fino sogueado en dos bandas separadas por serie de puntos incisos, las que se enmarcan entre líneas incisas rellenas de otras menudas ligeramente oblicuas, de líneas de puntos y de líneas quebradas, todo lo cual encierra el motivo principal antes indicado (Lámina XLIV-a). El barro refractario, sobre el que esta decoración hubo de formarse, se reforzó exteriormente por pellas alisadas de barro corriente, sin por ello señalarse (a juzgar por lo que los fragmentos muestran), intento alguno de forma determinada.

Creemos este curioso hallazgo de especial interés, ya que nos re-

vela, no sólo un sentido decorativo especial (que en el mismo orden confirma la ornamentación de la cerámica), sino atisbos de técnicas posiblemente insospechadas. Con independencia total de este hallazgo, en el Museo «Pro Monte», y procedente de nuestra citania, anotamos un pequeño fragmento de recipiente o vaso en bronce, conservando su asa (Lám. XLIV-d), cuya decoración responde casi exactamente al molde descrito, y del mismo modo, en nuestra visita a Briteiros, estudiamos dos pequeños fragmentos en bronce del mismo tipo e idéntica ornamentación, uno de los cuales, sobre todo, revela la misma organización decorativa (Lám. XLIV-b-c).

ARMAS

Hemos indicado las características de los hallazgos en la citania en cuanto a la cerámica y la dificultad de poder determinar por ellos la época de las construcciones. Podemos notar asimismo una serie de hojas de puñal en bronce, y con ellas de una hoz (Lám. XLV), sin que se haya podido tampoco determinar en cuanto a estos hallazgos una estratigrafía, y por ende establecer relaciones claras.

Un dato concretamente pone de relieve esta particularidad. La hoja (a) fué encontrada junto a una casa, en el fondo de una atarjea de desagüe y unida a abundantes fragmentos de ánforas. Las restantes hojas provienen de hallazgos ocurridos en parecidas circunstancias. En el caso que indicamos, la aparición de esa hoja no puede explicarse más que por una utilización muy tardía, lo que realmente asombra. En pocas regiones como en Galicia puede observarse mejor la convivencia de tipos artísticos, y con mayor motivo de tipos industriales actuales con tipos primitivos; mas, aún así, se hace difícil aceptar este fenómeno que las excavaciones acreditan.

Si en un nivel inferior al que se señalan las construcciones encontramos estos ejemplares, la conjetura podría ser clara y fácil: En la forma en que aparecen, sólo pensando en una extraña persistencia de valores puede explicarse. Y es de notar que en el hallazgo a que nos referimos concretamente no puede pensarse en que por arrastre fuera la hoja allí depositada, dado que apareció en el ángulo formado por un muro de aislamiento con el que constituye el vestíbulo de una casa, sobre una atarjea que por allí pasa y a poca profundidad.

Estos hallazgos podrían revelarnos la existencia de una población primitiva asentada en el monte, si a ellos pudieran unirse otras características más definidas; pero, en nuestro caso, sólo puede pensarse en la utilización de modalidades de una cultura muy antigua, procedentes de no sabemos qué lugar, denotando en las gentes que las usaron un grado de pobreza grande. Es más, suponemos que el em-

pleo de estas armas, tal vez procedentes de enterramientos primitivos (como de algún campo de mámoas), debió verificarse en época muy avanzada.

De otra cultura tenemos ejemplos, y aunque escasos, por unirse a otras modalidades, nos permiten reconocer la existencia de una población primitiva que tuvo en el Tecla su asiento.

Afirmase esto por el hallazgo de una espada y de la empuñadura de otra (Lám. XLVI, a y b), que nos permite, como más adelante veremos, determinar una cronología. Ambos hallazgos no se efectuaron de modo que por características bien definidas nos ayudaran al estudio de la citania, pues sobre lo furtuito de ellos aparecieron como desplazados, fuera de recintos y en tales condiciones que no puede suponerse sino como de arrastre. Cerca de uno de los concheros se encontró la espada que conserva parte importante de su hoja.

En bronce, asimismo, y como correspondiente a armas, cate registrar virolas y regatones, y una pequeña hachita bipenne, midiendo 65 milímetros, análoga a otra (Lám. XLVI-c) descubierta en Sabroso, aunque sin el curioso anillo de suspensión que acredita en ésta ser objeto votivo o amuleto (1). En hierro, puntas de dardo, hacha y hachuela de gume amplio, y hojas de cuchillos pequeños con espiga para enmangar, todo ello, por la naturaleza de la materia, casi destruido (Lám. XLVI-d, a, h).

A este lote pueden unirse dos piezas importantes, que unen a sus valores de técnica y arte el ser verdaderas joyas y lo más selecto que hasta ahora dió la citania.

Se trata de un objeto de oro, posible como remate de espada, según todas las trazas (Lám. XLVII-1), de factura tan extraordinaria que es pieza digna de estudio.

En un principio creíamos pudiera ser terminación de un gran torques, a pesar del tamaño, pues en la colección Blanco Cicerón se conserva alguno que hace posible el supuesto; sin embargo, opto por lo indicado primeramente.

Maravilla su técnica, pues asombra la regularidad del fino hilillo que forma las postas o volutas que, en dos fajas opuestas, decoran la parte esférica, y asombra también la finura extraordinaria del granulado, que rellena estas volutas, y la svástica que orna su extremo.

En cuanto a arte, viene a mostrarnos el gusto típico del pueblo que primitivamente ocupó el monte. El empleo de espirales o roleos, bellamente combinados, que igualmente encontramos en otras manifestaciones (de las cuales abundantes ejemplos nos da nuestra ci-

(1) Mario Cardozo, «Citânia e Sabroso». Guimaraes, 1930.

tania), revelan determinada unidad, pudiendo pensar ante ella que esta pieza no procede de importación y que, por consiguiente, no es más que un ejemplo del desarrollo admirable de una cultura que supo llegar a un grado de desenvolvimiento característico. Acredita esto un ejemplo interesante, y es la curiosa semejanza de nuestra joya con particularidades del tesoro hallado en Chan de Lamas.

Este hecho, como el citado ya de ser muy varios los ejemplos de motivos decorativos análogos en piedra, nos aseguran de esa unidad, y por lo tanto del valor indígena de nuestra joya.

Las circunstancias del hallazgo, por sus características, merecen ser anotadas; a más, ellas nos ayudan a puntualizar las conclusiones de nuestro estudio. Se excavaba una casa cuyo recinto, por situarse próximo a un declive pronunciado, presentaba parte de su piso a un nivel inferior en razón a la denudación que sufrió antes que las tierras cubriesen las ruinas. Este detalle hizo que en una parte de la casa la excavación pasara de su piso, profundizando unos veinte centímetros. Casualmente, a esa profundidad apareció nuestra joya. Por consiguiente, si bien la encontramos en el interior de una casa, en modo alguno puede referirse el hallazgo al recinto que la excavación descubriría entonces; sí, a una ocupación anterior, más antigua e interesante, y de la cual, por desgracia, no tenemos más que datos sueltos, y, excepcionalmente, alguno más concreto y determinante, como veremos.

Podemos unir a esta joya, desde el punto de vista de ser también pieza de valor, un mango de puñalito, de plata baja, que conserva parte de su hoja de hierro, y que se decora bellamente por hojitas nieladas. Muestra ser pieza de importación, de arte greco romano excelente. Falta en ella dos aplicaciones, botones o perlas que irían sobrepuestas y sujetas por un pequeño vástago de hierro del cual quedan restos. La parte posterior es lisa (Lám. XLVII-2).

OBJETOS DE ADORNO PERSONAL

Fíbulas.—Son numerosas las encontradas. De ellas, hemos elegido los tipos más característicos y los ejemplares más completos o en mejor estado de conservación. Con ellas hemos formado lotes que responden a una clasificación cronológica y a variaciones de tipo.

Así, tenemos una fibula (a) (Lám. XLVIII), del tipo característico de Certosa, correspondiente en una clasificación general a finales de la época de Hallstatt. Es el único ejemplar recogido en nuestra citania. Falta el botón característico de su pie.

Sigue una serie de ejemplares (b, c, d, e) de gran interés y correspondientes, del mismo modo, en una clasificación general, a finales del segundo período de Hallstatt y primero de La Tene. Presentan

especial desarrollo del pie y un número de variaciones y modalidades curiosas.

Podemos distinguir los grupos siguientes: Primero (b). Fíbula de bronce, de muelle bilateral, arco o puente ancho, con fuerte reborde en su centro; pie desarrollado que se dobla en un ángulo recto y termina en forma de campanilla. En la misma forma se decoran los extremos del muelle. A este tipo deben corresponder otras (de las cuales en el Tecla no tenemos sino fragmentos), que presentan forrado el muelle por una lámina de cobre, decorado a veces por ataujia o por nielado. Serían éstas piezas excepcionales. En Briteiros se conserva uno de estos muelles. En el Tecla tenemos otro.

A este mismo tipo corresponde la fíbula (b), que no presenta otra diferencia que la de ser más pequeña.

Otro tipo lo forman fíbulas (c y c'), que presentan como características terminar su pie por un disco plano (en estos ejemplares sin decoración alguna) y cambiar el muelle por charnela, donde pivota su aguja, a veces de hierro.

Presentan menos anchura en su puente.

Se las ha llamado de Santa Lucía en razón a ser tipo encontrado en Cividade Velha de Santa Luzia; mas con ello no se quiere indicar que sean únicas de la cultura de los castros, pues se han encontrado en túmulos de Avezac-Prat.

Otro tipo, que seguramente puede corresponder al b, aparece formado por fíbulas (d) que presentan un gran desarrollo en su puente, y con pie terminado por un botón de forma tronco cónica. Puede ser, como indicamos, una variante del tipo b, mas, faltando su muelle, no nos atrevemos a unirlo.

Al mismo grupo corresponden fíbulas que determinan otra variante (e, e'). El pie se dobla en ángulo y termina en un botón simplemente. Los ejemplares que fotografiamos están rotos. Al primero le falta la terminación del pie. El segundo presenta el pie doblado sobre el arco, pero esto, en vez de constituir variante del tipo, que podría señalar aquí algún avance en el tiempo, es simplemente debido a haber sufrido golpe a una presión determinada. Las separamos porque, aunque incompletas, presentan la particularidad de que una, (e), debió ser de muelle unilateral y análoga, por consiguiente, a otras encontradas en Sabroso; la (c) parece corresponder a las de charnela.

Por último tenemos fíbulas de ballesta de tipo netamente romano (f). Dentro de este grupo, y como correspondientes a época ya avanzada, podemos incluir una serie copiosa de fíbulas que difieren en absoluto de la anterior, hasta por origen, pero que, como indicamos, encajan en época romana.

Nos referimos a fíbulas anulares (Lám. XLIX), en las que es posible distinguir tres variedades: una, constituida por fíbulas formadas

por un aro (a), más grueso en su parte media, que al unir sus extremos lo hace doblándolos hacia fuera y terminándolos en botones de forma variada. En éstas, las hay muy decorada y lisas.

Otra variedad la constituyen aquellas en las que su arco aparece formado por una lámina plana (b) cuyos extremos no se doblan hacia fuera. Los hay sin decorar y decorados, si bien en éstos la ornamentación es más pobre que en las primeras.

Por último, otra variante (c) la forman aquellas que presentan su aro de sección prismática, no llevando más ornamentación que ligeras incisiones en su extremo. Estas dos últimas variantes, que coinciden en no presentar el arco con un grueso mayor en su parte media, y en que no doblan sus extremos, parecen ser simples degeneraciones de la primera variante y seguramente de época muy avanzada.

Torques.—De estos interesantes y típicos elementos de *atrezzo* personal, podemos registrar un ejemplar incompleto, pues le faltan sus botones terminales, formado por una varilla de bronce de sección cilíndrica y con su parte media más gruesa, recubierto de una fina placa de plata de la que quedan restos apreciables, sobre todo en el extremo derecho (Lám. L-a).

Asimismo, dos trozos de otros en bronce, uno, torcido sobre alma del mismo metal (b), y otro acanalado (c). Los tres corresponden al mismo período que los objetos antes reseñados como de especial importancia, ya que en cuanto a elementos característicos de adorno y sin dejar de ser réplica de los collares rígidos típicos de La Tene I, son al mismo tiempo índices de una modalidad regional que tiene en los abundantes ejemplos gallegos fabricados en oro, su expresión más genuina e interesante.

Agujas; elementos de collar, etc.—Entre otros elementos de *atrezzo* tenemos agujas (Lám. L-d, e, f) que por sus características parecen corresponder a finales de Hallstatt y principios de La Tene, pudiendo unirse con las fibulas del mismo período, señalando por sus formas un estrecho parentesco. Así, es curioso encontrar agujar en forma de campanilla, idéntica a la que muestran determinadas fibulas.

Del mismo modo tenemos elementos de collar de tipos y formas muy variados, constituídos por cuentas de vidrio, esféricas, tronco cónicas, cilíndricas, etc., y de colores diversos, formando generalmente ojos, por medio de zonas azules y blancas concéntricas. Son elementos de clara importación, procedentes de otras regiones de la península, y por consiguiente extrañas a la cultura peculiar del país. También se han encontrado cuentas de bronce, entre ellas una interesantísima por estar decorada con motivos geométricos conseguidos por dos téc-



Fig. 17.^a—Insculturas primitivas sobre roca.

nicas: ataugia y nielado (g). Análoga a esta cuenta se conserva otra en el Museo de Guimaraes, procedente de Briteiros.

Juntamente con estas cuentas se han encontrado otros elementos formados por colgantes cónicos o esféricos en bronce, típicos de la época de La Tene en sus comienzos, a los que ha de unirse uno en forma de creciente que, de no ser macizo, podríamos suponer zarcillo (Lám. L-h).

OTRAS MANIFESTACIONES

Insculturas.—Con este nombre nos referimos a los famosos y muy abundantes grabados rupestres, tan generales en toda Galicia, y de los cuales pueden presentarse ejemplos en nuestra citania.

Entre ellos tenemos las llamadas *cazoletas* y las representaciones extrañas que en la superficie de determinadas rocas aparecen. Las primeras corresponden indudablemente a grados de cultura muy viejas, hasta el punto de que es imposible que la rara y misteriosa razón que las motivara desapareciera al llegar la época del bronce, sin que tal vez se perdiera en épocas posteriores por entero, dada la interesante continuidad de estos valores que aún hoy persisten con determinado carácter supersticioso. Son varias las piedras que señalan en nuestra citania, en un número mayor o menor, estas pequeñas cavidades, abiertas no sabemos con qué finalidad.

Además, como correspondientes al período que más interesa a nuestro estudio, encontramos otras rocas grabadas con interesantes signos, determinados por grandes espirales, generalmente líneas de significación extraña, etc., etc., todo ello, al parecer, en íntima relación con las *cazoletas* indicadas.

Entre estas piedras tenemos la gran laja de las insculturas que aparece en el Grupo VI (Fig. 17), con la curiosa particularidad de poder afirmar que estos valores, en la época avanzada de las reconstrucciones de la ciudad, cuando se levantan las murallas, o por lo menos la parte de encintado que hemos podido descubrir y estudiar, eran ya algo olvidado o de significación totalmente perdida, pues la muralla pasaba sobre ellas ocultándolas.

Esta pérdida de su valor, y la total ignorancia que señala el hecho apuntado, no debe extrañarnos cuando vemos, según se apuntó, que sufrieron idéntica suerte varios e interesantes elementos de construcción, típicos y curiosos, utilizados del mismo modo, con un total desconocimiento, no sólo de su función propia, sino de sus mismos valores ornamentales.

¿Qué pueden representar estos signos? No creemos hoy posible hacer conjeturas. Las que se intenten, sin que se pretenda negar vir-

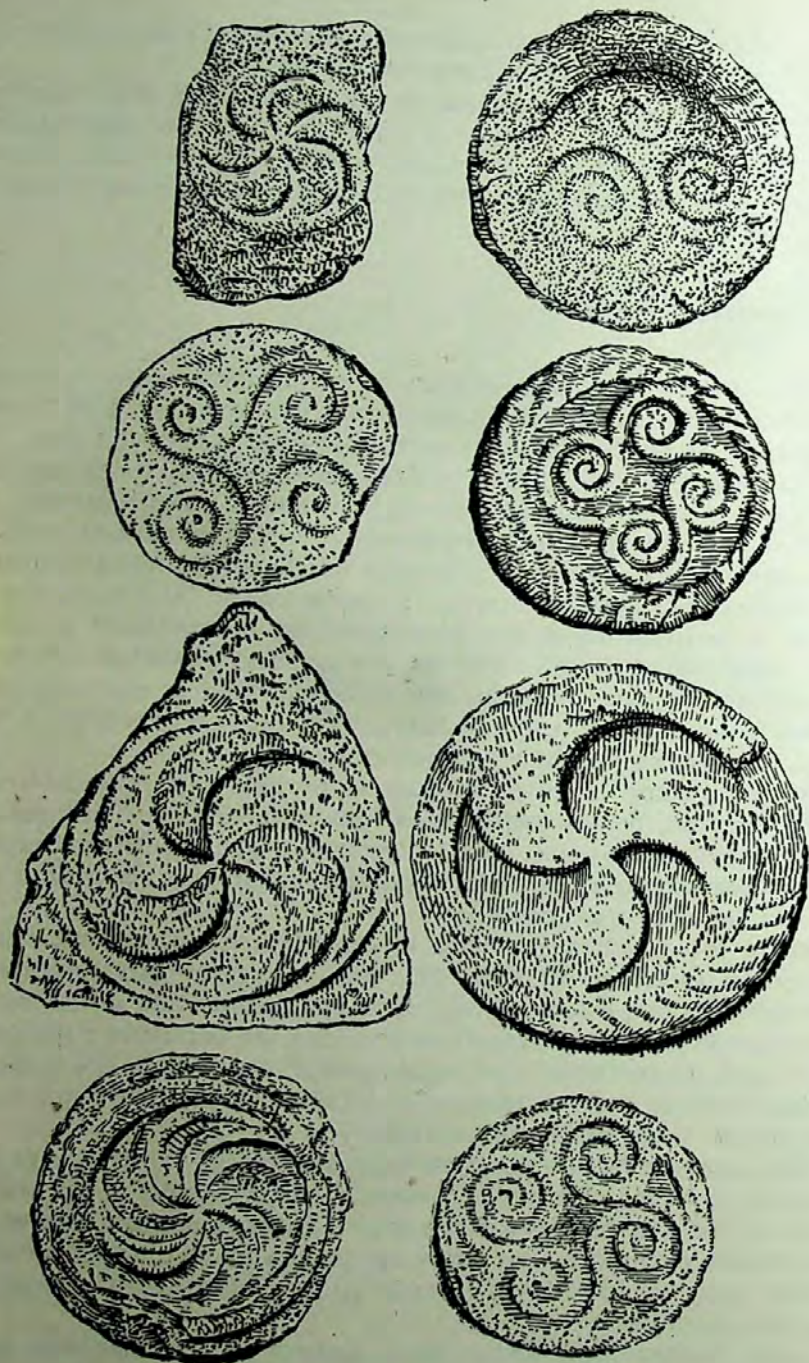


Fig. 18.—Ejemplos de svásticas grabadas en piedra. *Dextrosum*: (sentido de translación diurna aparente del Sol).

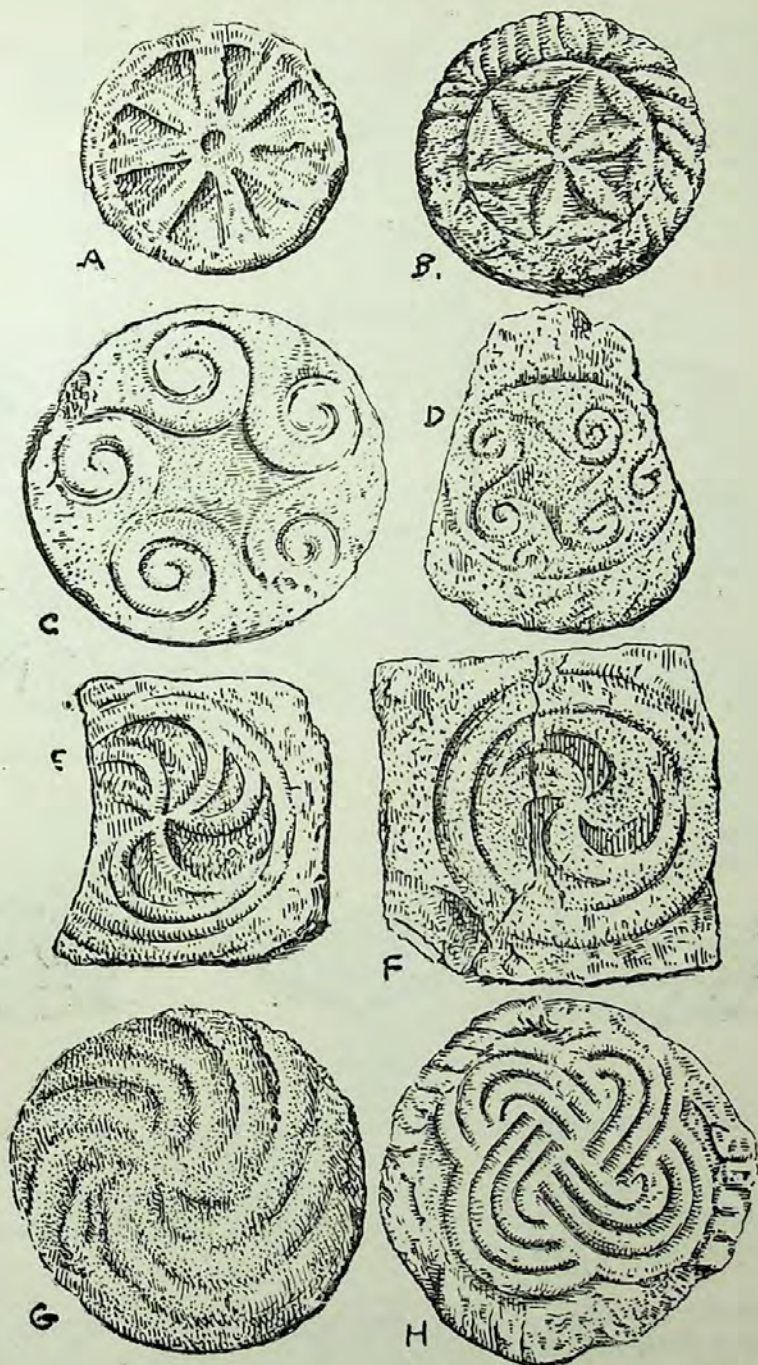


Fig 19.—Ejemplos de svásticas grabadas en piedra. A. B. (posibles representaciones solares más primitivas). C. a H. *Sinistrossum*.

tualidad a la especial audacia que suponen, lindan en los más amplios campos de la fantasía, cuando no caen plenamente en ella.

Nos limitamos a registrar el hecho (sobre el cual son infinitos los supuestos) y a publicarlas, en la creencia de que por vez primera creemos se reproducen con entera fidelidad.

Para conseguir esto nos pudimos valer del procedimiento que creimos más acertado, y que consistió en cuadricular la piedra (Lám. LI,

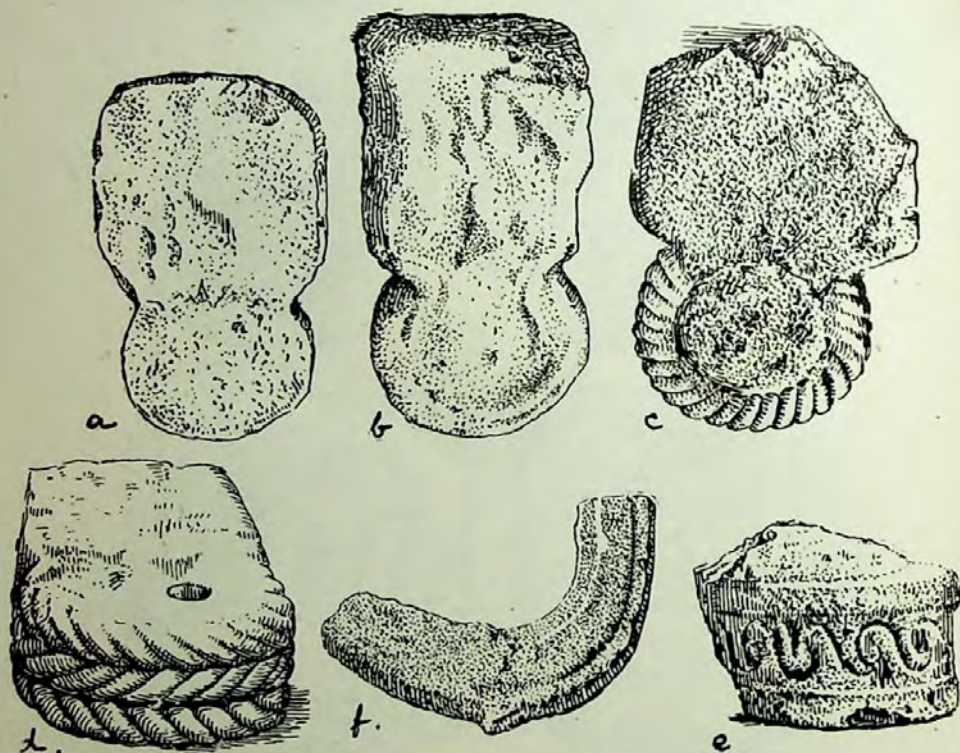


Fig. 20.—Piedras labradas.

1-2) y dibujar después cuidadosamente los signos sobre papel milimetrado.

Debemos unir a estas representaciones otra sumamente interesante, aislada de una roca. Se la ha bautizado (Lám. LII) con el nombre de svástica del alto Miño.

Piedras labradas.—Ya nos hemos ocupado de algunas piedras (jambas y dinteles) con ornamentación característica.

Son abundantes y forman serie curiosa. Con ellas pueden for-

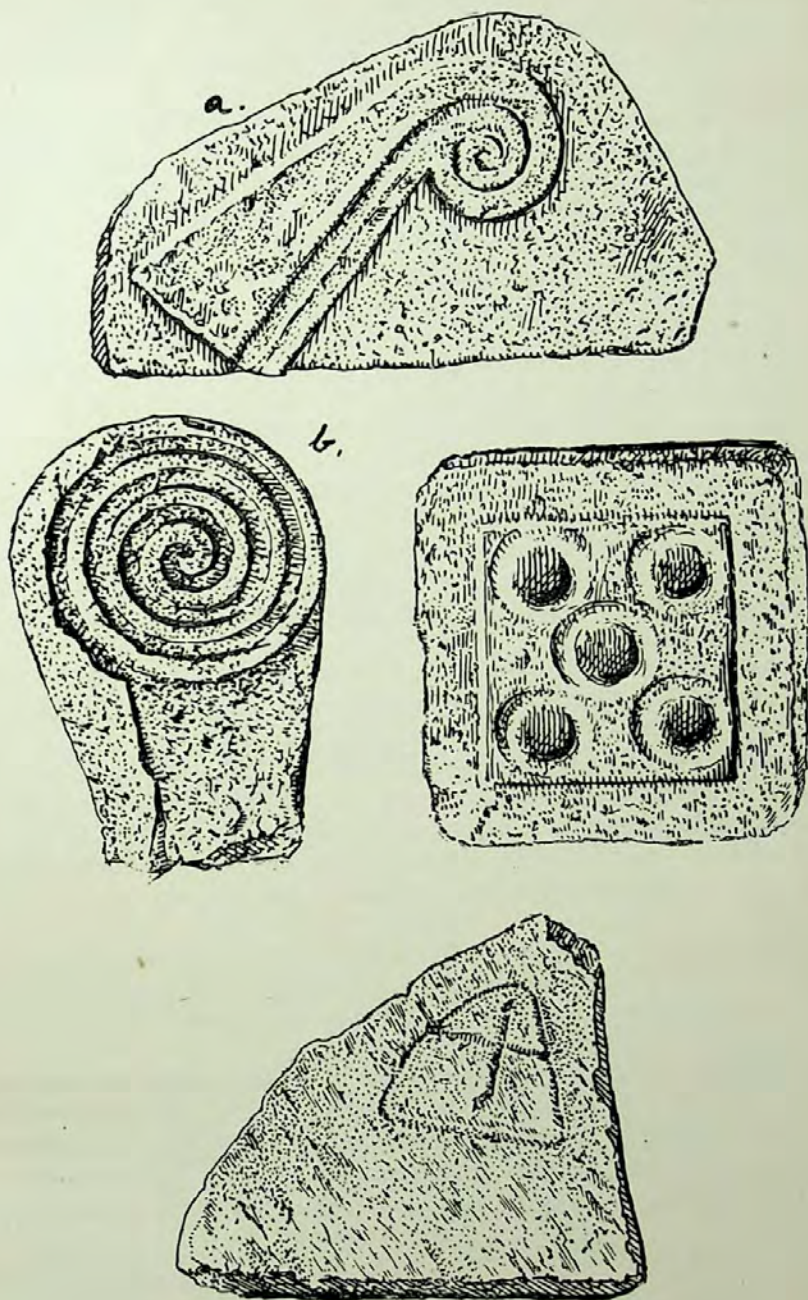


Fig. 21.—Piedras labradas.

marse dos grupos: uno, correspondiente a elementos arquitectónicos, en los que cabe distinguir los pertenecientes a la cultura primitiva y los de tipo o influencia romana; otro, formado por elementos de carácter vario, ajeno o desprovisto de valor constructivo.

Entre los primeros tenemos, además de las jambas y dinteles ya citados, un grupo formado por grandes discos, cuya utilización ignoramos (aunque suponemos pudieron servir de ornato en las casas), donde aparecen svásticas (Figs. 18 y 19), motivo este de carácter religioso, posiblemente unido a las creencias funerarias.

Otras piedras aparecen también en forma de discos, pero llevando unidos a ellos una parte sin labrar, que debió servir para sujetarlas empotradas en los muros, constituyendo como a modo de repisas destinadas a mantener algo. De éstas hay algunas sin decorar, fácilmente confundibles con estelas discoideas (Fig. 20-a, b y c).

Otras se decoran, bien por un bordón sogueado en su borde o por motivos diversos, por ejemplo espirales repetidas en línea que ocupan, formando una banda, el grueso de la piedra (Fig. 20-d y e). Otro tipo de piedras labradas, con función propia en las construcciones, viene a estar determinado por unos a modo de brazos o cuernos, a veces decorados en una parte y a medio desbastar en el resto (Fig. 20-f). Como los anteriores, debieron de disponerse en los muros formando como a modo de perchas.

No deben confundirse éstas con otras piedras análogas, sin decorar y apenas desbastadas, que constituyen elementos de cierre en los hornos.

Al lado de estas piedras, cuya utilización apenas puede conjeturarse con visos de seguridad, tenemos otras con bellos entrelazados o sogueados típicos que por ser fragmentos nada nos dicen del uso a que pudieron estar destinadas. Tales las piedras con curiosas espirales o con entrelazados de rara complicación de que ya nos hemos ocupado.

Entre las piedras que muestran ser elementos de construcción, pero que señalan tipos romanos, tenemos los fustes y losas que anotamos, burda imitación de tipos clásicos, y los que referimos como aprovechados en el ingreso de una casa.

Por último, podemos anotar otras piedras esculpidas con raros motivos (Fig. 21-a y b) a base de espirales, tal vez de posible significación religiosa, por asociarse a ellas la representación del hacha (1). Otras, muestran dispositivos posiblemente destinados a juegos (c), y en otras, por ligera incisión, se marca la svástica en forma simpli-

(1) P. E. Jalhay. «El culto al hacha en el monte de Santa Tecla». Bol. de la Comisión de Monumentos de Orense, núm. 217.

císima. Pudiéramos añadir a esta larga enumeración restos de otras que, por lo fragmentarias, son difíciles de reconocer (Fig. 22).

Escultura y relieve.—Incluimos unas estelas con representación humana; una extraña y burda figura antropomorfa apenas esbozada, y una cabeza de nimal, posiblemente de perro, con indicación sumaria de orejas y hocico y dos entalles o agujeros por ojos. De las estelas, la más interesante, aunque incompleta, representa a un hombre envuelto en un amplio manto cuyos pliegues se marcan por unas líneas oblicuas y paralelas y sobre el cual, y en ademán de tenerlos cruzados a la altura del pecho, cruza los brazos (Fig. 23).

Estas representaciones, dentro de su aspecto de tosquedad más acentuada, muestran estrecho parentesco con las interesantes figu-



Fig. 22.—Piedras con labra.

ras que representan guerreros hallados en Portugal, y con relieves curiosos encontrados en Briteiros, demostrando por todo ello corresponder a una misma cultura.

Son muy escasas estas representaciones, lo que es general, no sólo a nuestra región, sino a gran parte del territorio ocupado por este pueblo primitivo, sobre todo en los primeros periodos del hierro. Hemos de considerar nuestras obras como muy avanzadas ya en el tiempo, y probablemente debidas, más que a valores o determinantes propios, que nunca fueron al parecer bien sentidos, a influencias de otros pueblos asentados en la península. Estas influencias debieron producirse a través de modalidades hispánicas (que en otros aspectos parecen llegar a tierra galaicoportuguesa), o por contacto más directo con valores romanos, lo que sitúa a nuestras manifestaciones en momentos muy avanzados.

Figura de bronce.—A propio intento hemos dejado para el final de estas notas el ocuparnos de una interesante estatuilla de bronce representando a Hércules, encontrada casualmente en el monte por unos canteros y hoy conservada, como una de sus joyas, en el Museo de La Guardia. Ella nos habla mejor que todo otro indicio, tanto de lo intenso de la romanización sufrida por nuestra citania, como de lo avanzado de ésta (Lám. LIII).

No es obra de arte que maraville, mas no deja de estar bien entendida, siendo curiosa la expresión de fuerza y energía que revela esta representación del famoso hijo de Zeus y Alcmena. La cabeza, fuerte y poderosa, con cabellera y barba rizada y ceñida por diadema, se acopla a un cuello musculoso y ancho. El tórax, lo mejor de la estatuilla, lo más justamente modelado, muestra un vigor y una energía cual conviene al tipo del famoso héroe. Las piernas, más descuidadas, revelan pesadez, que no corrige ni la clásica inflexión de la derecha al avanzar ligeramente. Da la sensación de una obra impregnada de arcaísmo, y como estas características no pueden suponerse a través de la moda arcaística romana, cabe explicarlas por la perduración de un tipo grato a nuestras gentes, cuyo tipo, en nuestro caso, tendría su precedente en el Hércules de Alcalá la Real. Por otro lado debe de tenerse en cuenta que representa al héroe en una de las hazañas más íntimamente unidas a nuestra historia fabulosa (Hércules presenta a Euristeo las famosas manzanas del jardín de los Hespérides, o dueño de ellas, las ofrenda a Atenea), y por lo tanto, de estos dos aspectos cabe deducir que, aunque se trate de un bronce romano, importado al Tecla, tanto el tipo artístico como la significación de la obra convienen a un valor tradicional fuertemente arraigado en la península.

HALLAZGOS NUMISMÁTICOS

No son muchas las monedas que hasta ahora se han podido recoger en nuestra citania, y salvo algún ejemplar de acuñación ibero romana, los restantes son muy avanzados. Las monedas recogidas son las siguientes:

Un as de Ilerda-Cose (Vives) Lám. LVIII (Heiss.—Iltzresen = Ilerda-Cose). (Hübner = Ibrcencen, Ilergetes).

Un as de tipo especial clasificado en el grupo de las monedas imperiales inciertas (Vives). Según el P. Flores, correspondiente a Carthago Nova, y según Delgado a Sagundo aliada con Segóbriga. Es interesante el tipo: A./ Cabeza de Augusto, con caduceo detrás, como símbolo de emisión y leyenda IMP. AVG DI...—R./ Un escudo o rodela (*caetra*).

Procedente de Os Castros, al hacer su estudio pudimos recoger



Fig. 23.—Ejemplos de escultura y relieve.

un semis, con A./ en muy mal estado y R./ mejor conservado, del mismo tipo. El hecho de encontrar dos monedas del mismo tipo y por otro lado conocer que Sarmento, en Briteiros, pudo hallar otro as, nos hizo fijarnos en lo particular de esta acuñación, tratando de anotar cuantos ejemplares encontráramos. En el Museo de Lugo pudimos hallar cuatro de estas monedas, todas de emisión distinta, y entre ellas un as análogo al de Briteiros. Se caracterizan éstos y se diferencian de las monedas del Tecla y Os Castros, en que el tipo del R./ se complica, apareciendo a los lados del escudo un puñal o *parazonium* y un sable o *falcata*. Además la *caetra* aparece atravesada por dos dardos (*falaricae*). Las restantes monedas de Lugo son del mismo tipo que las nuestras. Es posible, y esto lo indicamos como simple conjetura, que la ceca misteriosa pueda hallarse en tierra galaico portuguesa.

Las restantes monedas se refieren a acuñaciones de tipo imperial, registrando ejemplares correspondientes a cecas como Calagurris, Celsa, Turiaso, Clunia, Cesaraugusta, Gracurris, Eborá y Colonia Patricia.

Entre las acuñaciones propiamente romanas, tenemos un denario republicano, de la familia Maenia, correspondiente a Maenius Antiacus (110). Denarios de Augusto, veintiocho ejemplares, con la particularidad de ser éstas las únicas monedas encontradas *in situ*. Se hallaron en el piso de una casa, en un pequeño hueco abierto en él y cubiertas con una piedra. El tesoro debió estar compuesto de bastantes monedas más, muchas de las cuales aparecieron cortadas en dos partes iguales. Otras muchas se perdieron por lo intenso de la oxidación.

A más se ha encontrado un denario de Domiciano (72-26), un bronce a nombre de Adriano (117-138) y otras dos monedas correspondientes a Galiano (254-268) y a Claudio II el Gótico (269-270).

De todas estas monedas, las más interesantes a nuestro propósito son estas últimas, puesto que nos dan una fecha, la más avanzada, con referencia a nuestra citania.

CONCLUSIONES

Del estudio que antecede pueden deducirse las siguientes conclusiones, si bien es posible que ante futuros trabajos se modifiquen en algún aspecto. En sus líneas generales creemos pueden aceptarse.

Primero. Tenemos pruebas claras y evidentes de que en el Tecla existió una población primitiva poseyendo una cultura amplia, perfectamente desenvuelta y muy rica en variadas manifestaciones, importada por un pueblo, el celta, que en el siglo VI irrumpe definitivamente sobre la península. La entrada de este pueblo se verifica,

por consiguiente, a finales de la primera Edad del hierro, al terminar el II período llamado de Hallstatt.

Podemos afirmar esto por dos razones: primero, por lo que se desprende de los textos Hesiodo. (S. VII)-Avieno (S. VI); segundo, por los mismos hallazgos recogidos en el Tecla, donde encontramos los puñales de antenas típicos de la civilización hallstática, correspondientes a finales del II período.

Ahora bien, mientras en nuestra citania se dan estos valores correspondientes a la época final de Hallstatt, se verifica en las regiones europeas ocupadas por los celtas una evolución típica que determina el segundo período del hierro o de La Tene, caracterizado por una serie de modalidades distintas que no arraigan en nuestro solar.

Distanciados de los centros innovadores y aislados, mantienen con curioso apego tradicional y con raro ahínco aquellos valores primitivos importados, de tal modo que nuestra cultura no es más que un desdoblamiento de la primitiva en época más avanzada, debiendo reconocerla con el nombre de *post-hallstattica* y considerarla como sincrónica al I período (500 a 300 a. de C.) y parte del II (300 a 100 a. de C.) de la cultura de La Tene. No es necesario decir que cuanto acabamos de indicar no tiene novedad alguna. Merced a estudios interesantes y a valiosos intentos de reconstrucción etnológica puede afirmarse esto con visos de seguridad. Si algo aporta nuestro estudio no es sino la confirmación de lo mismo, lo que si en realidad no es necesario, tampoco sobra.

Atendiendo a otra manifestación, a aquella que viene a constituir en arqueología uno de los índices más seguros y con la que es posible jalonar momentos diversos de la evolución de una cultura, atendiendo a las fibulas, la confirmación de lo anterior se hace más segura. Nuestras fibulas, como ya indicamos, corresponden a finales del período de Hallstatt y I de La Tene.

Así, puede asegurarse la ocupación del monte, en época muy antigua, por una población celta, a raíz tal vez de la invasión. Estas gentes (*saefes*, en Galicia) desplazarían al grupo indígena (*oestrymnios*) (1) de cuya existencia son vestigios las hojas de bronce halladas, aunque ellas procedan de viejas exploraciones de sepulturas, como tal vez es lo más probable.

A los celtas se debe la fundación de una gran ciudad, con las típicas formas de casas circulares, con el empleo de los curiosos aparejos ya descritos, embellecidos por una profunda decoración a base de roleos y espirales, trenzados y cordones, svásticas más o menos complicadas y rosetas; con una cerámica muy rica, ampliamente deco-

(1) F. L. Cuevillas e F. Bouza Brey, «Os Oestrymnios, os Saefes e a Ofiolatría en Galiza». Arquivos do Seminario d'Estudos Galegos, II, 1929.

rada por incisiones o por estampación de punzones; con magníficas manifestaciones de un cuidado arte industrial que culmina en el bello pomo de espada recogido, el cual, de poder llegar plenamente a la seguridad de que sea tal elemento de un arma, nos daría necesariamente un tipo de espada que habríamos de enclavar francamente en un período avanzado de La Tene; con elementos de ajuar o de *atrezzo* variado y rico, en cuyo conjunto cabe distinguir lo propio a esta cultura con matices de carácter local y lo importado, pero todo ello, por gran desgracia, violado, dislocado, confuso, sin que podamos casi determinar con seguridad algo que deje de presentar signo evidente de destrucción.

Segundo. Hemos anotado como característica interesante el hecho de haber sufrido nuestra citania una romanización profunda. Esta no pudo iniciarse con anterioridad al último tercio del siglo II a. de C., puesto que la sumisión de los *gallaeci* arranca de las victorias de Décimo Junio Bruto sobre la Lusitania (138 a 136 a. de C.). En estos momentos la influencia romana debió ser escasa, ya que lejos de seguirse un período de paz, los levantamientos continuaron, como lo prueban las campañas de César contra lusitanos y gallegos (60 a. de C.), y por último las de Augusto, que terminan con hechos de armas tan resonantes como la caída de *Aracillum* y la destrucción del poblado de *Mons. Medullius*. Inicióse entonces una era de paz, y en este momento cabe situar el comienzo de la romanización.

Que la influencia fué una realidad lo prueban la serie de hallazgos francamente romanos que hemos anotado, principalmente de cerámica. Entonces debió comenzar una reconstrucción de la ciudad que, si bien no fué total, pudo ir lentamente cambiando sus características primitivas.

Los recintos de planta rectangular o cuadrada pudieron levantarse entonces con preferencia, a tiempo que aparecían como novedad nuevas formas, nuevos elementos constructivos, interpretados con cierto barbarismo; tales los fustes, basas y capiteles hallados, las piedras con típico almohadillado, etc., todo ello pobre, sin señalar grandes arrestos y como obedeciendo a una lenta modificación de lo primitivo.

En sus líneas generales el poblado debió continuar igual, persistiendo idéntica organización. Al fin y al cabo las gentes hubieron de ser las mismas, las necesidades idénticas, y por otro lado el apego a lo tradicional, tan intenso y tan fuerte como pudiera serlo antes de que la conquista romana llegada a la desembocadura del Miño.

Si acaso, puede suponerse también que en el andar del tiempo se reconstruyeran las murallas y hasta es posible que en parte se variara su disposición primitiva, pero creemos que todas estas modificaciones hubieron de producirse conforme las necesidades las demandaran. Por

lo tanto, la vieja ciudad no debió cambiar mucho al contacto romano; donde la influencia se hizo más decisiva e intensa fué en aspectos y valores de carácter industrial, en lo que por contacto directo con gentes romanizadas y llevado por un comercio activo pudo más fácilmente ir penetrando.

Que la romanización fué tardía nos lo demuestran los mismos hallazgos numismáticos. La más antigua moneda, entre las propiamente romanas, es, como se ha indicado, un denario de la familia Maenia, de principios del siglo II a. de C.; otro denario a nombre de Lucio Sempronio (174 a. de C.) no creemos, por varias razones, que merece ser incluido. La más moderna, acuñada a nombre de Claudio II, corresponde a la segunda mitad del siglo III (269-270). Alrededor de esta fecha cabría colocar el final de nuestra citania, en cuyo momento comenzaría su posible abandono y al mismo tiempo su ruina.

Ahora bien, lejos de esto, creemos que la ciudad siguió habitada, sumiéndose en una decadencia grande, que la misma pobreza de hallazgos romanos acredita. La que fuera ciudad importante hasta el momento de la conquista romana, debió decaer profundamente (1), y a esta decadencia hubo de contribuir la participación repetida de los galaicos en las luchas. Esta decadencia hubo de hacerse más intensa a partir de fines del siglo III de la Era, en cuyos momentos debieron comenzar, con otras reconstrucciones, la pérdida de los antiguos valores. Esta, que así creemos podría iniciarse, culmina a partir del siglo V, momento en el cual parece se reconstruye la vieja ciudad más intensamente, y en el que aparece como fenómeno interesante la pérdida casi total de la cultura celta, harto ya olvidada a través de la romanización. Es el período en el que creemos pudo darse un empobrecimiento mayor de la vida, a juzgar por lo mezquino de los hallazgos, por la carencia misma de aquellos nuevos elementos impregnados de valor cristiano que debieran existir, el momento en que se ignora todo el valor decorativo maravilloso de las viejas piedras labradas, que se utilizan, con desconocimiento absoluto de su importancia, en las nuevas reconstrucciones; es cuando se oculta un bello entrelazado grabado en una piedra en el piso de un horno, y otra, con trenzado, se aplica a un muro malo de mampuesto, y se desprecian las jambas y los dinteles ornamentados, y cuando se ignora el mismo valor de una columna de tipo francamente romano, que se aprovecha con desconocimiento de su función.

(1) Es fenómeno curioso observar que, si bien la romanización de Galicia debió ser intensa, como lo demuestra hoy el que no encontremos, por desgracia, opido o castro que no nos muestre huellas profundas, fué sin embargo pobre. La falta de epigrafía es nota característica.

Pero todo esto se hace sin que varíe fundamentalmente el trazado de la vieja ciudad y persistiendo las mismas plantas de casas e idéntico trazado de calles, porque de hecho varió en las gentes la ideología y el espíritu primitivo, pero ni variaron las necesidades ni se modificó el medio. Este valor de persistencia y un especial espíritu de oposición a la novedad parecen ser determinantes primitivos gallegos. Así se explica que formas artísticas plenamente evolucionadas y casi en desuso en otras regiones, arriben tardíamente y se implanten al fin tras no pequeña lucha.

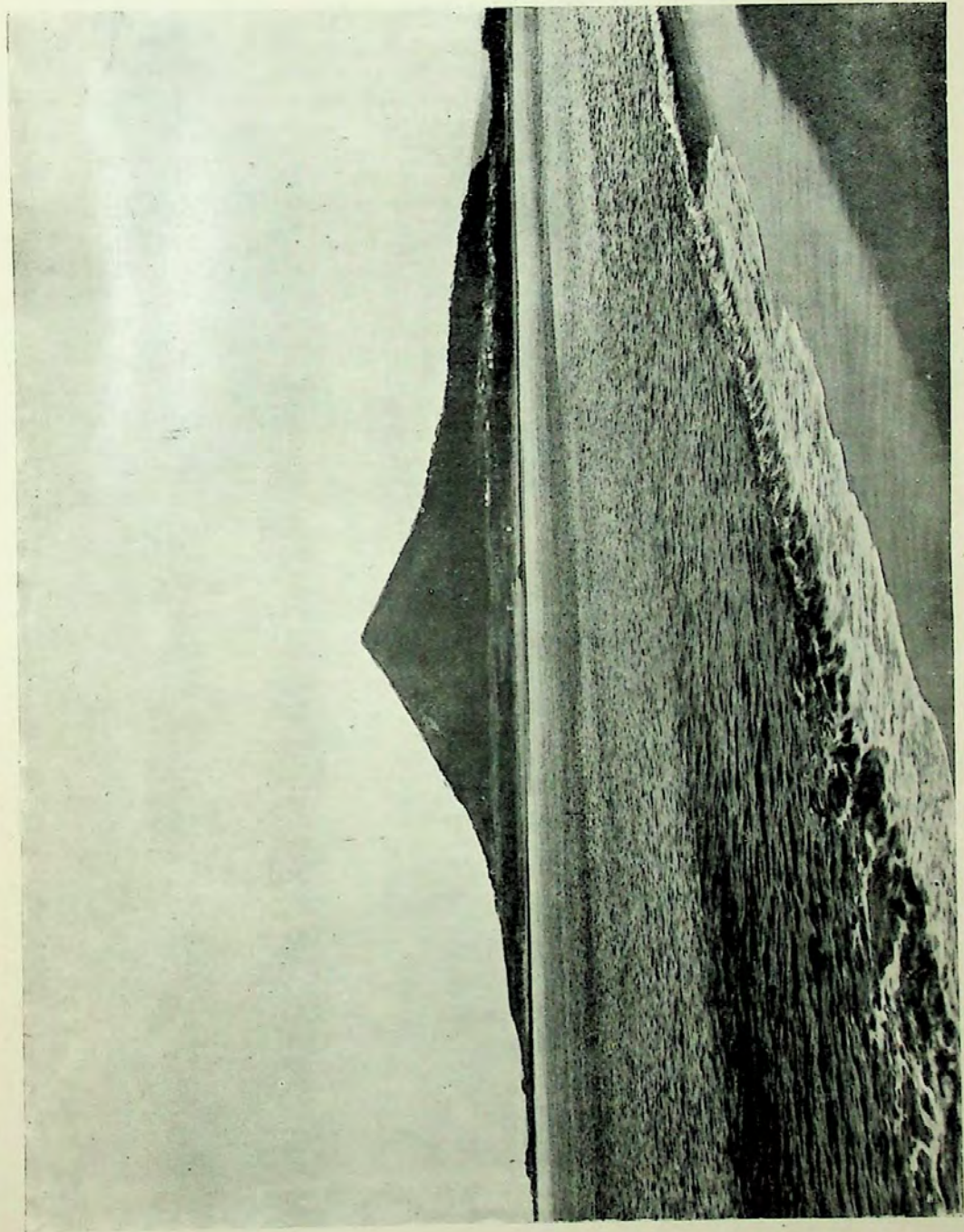
Por consiguiente, lo que hoy nos muestra la ciudad, en sus límites generales, creemos que corresponde a una reocupación que hubo de iniciarse a partir del siglo V de la Era

Podrá indicárenos que carecemos de elementos suficientes para retraer a manos bárbaras lo que actualmente nos muestran los trabajos, y desde luego admitimos la objeción considerándola justificada; mas este supuesto nuestro, tanto se basa en el estado de dislocación en que aparecen los elementos primitivos de la ciudad (que en modo alguno podemos suponer se produzca en época romana, ya que elementos romanos se muestran disociados en igual forma), como en la observación que hemos podido efectuar en otras citanias, como en Domayo, en Taboexa y sobre todo en Toralla. Aquí hemos podido descubrir, junto a una ciudad del mismo tipo e idénticas características, una necrópoli bárbara, conceptuada como tal, no sólo por tipos de sepultura, sino por su mismo ajuar característico. Es la primera necrópoli bárbara que se descubre en Galicia. Su interés, por esta misma circunstancia, lo creemos excepcional. Junto a esta necrópoli no aparece un tipo de ciudad que difiera de nuestra citania, en cuyo caso no cabría pensar en esa reocupación que suponemos; antes por el contrario, en la pequeña isla no hay más ruinas que aquellas que nos muestran un poblado idéntico al del Tecla, y como no es posible pensar que Toralla se utilizara en época bárbara solamente como lugar de enterramiento, por analogía, puede ser mantenido el supuesto de una reocupación posterior al siglo V.

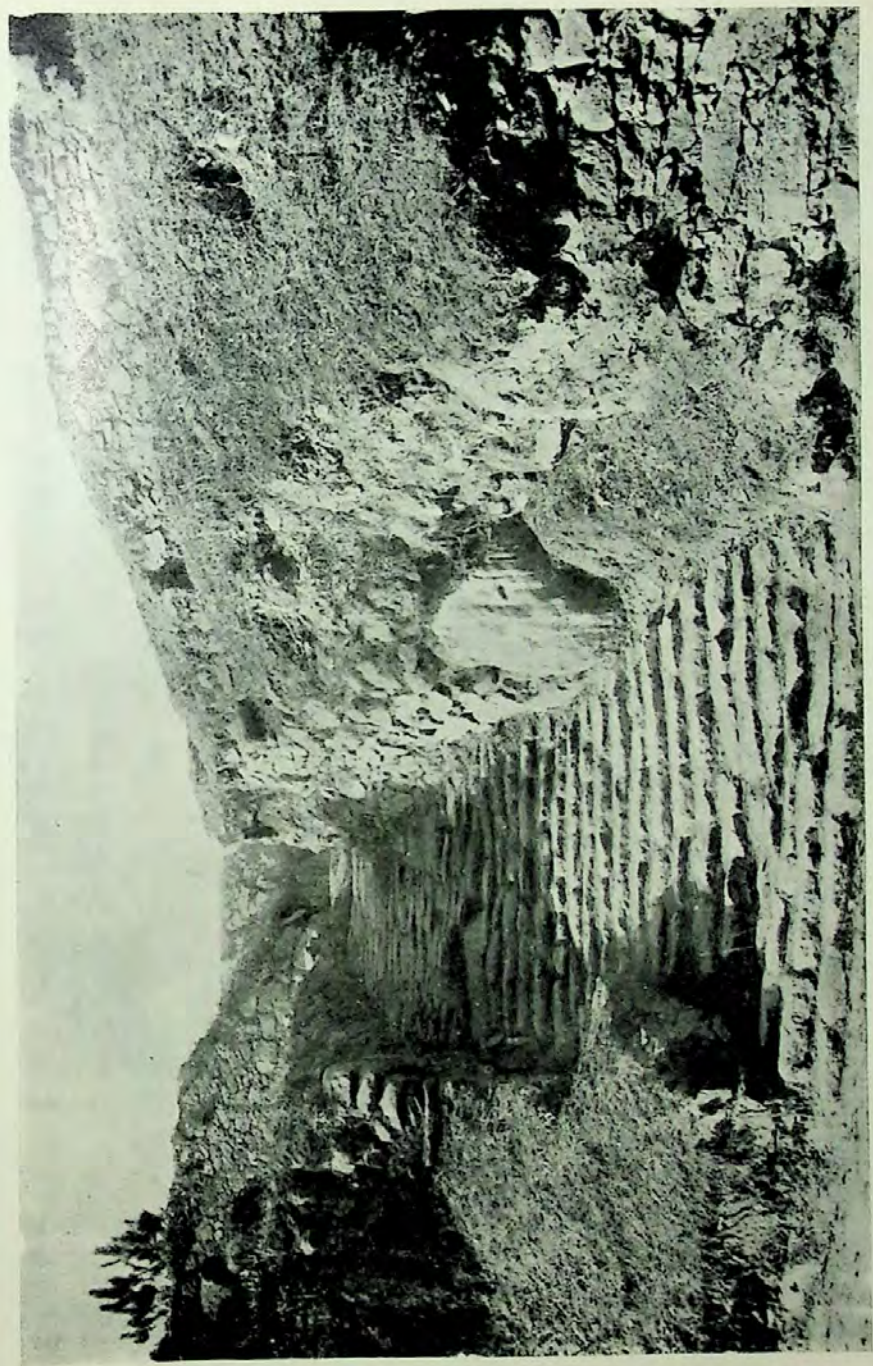
C. DE MERGELINA.



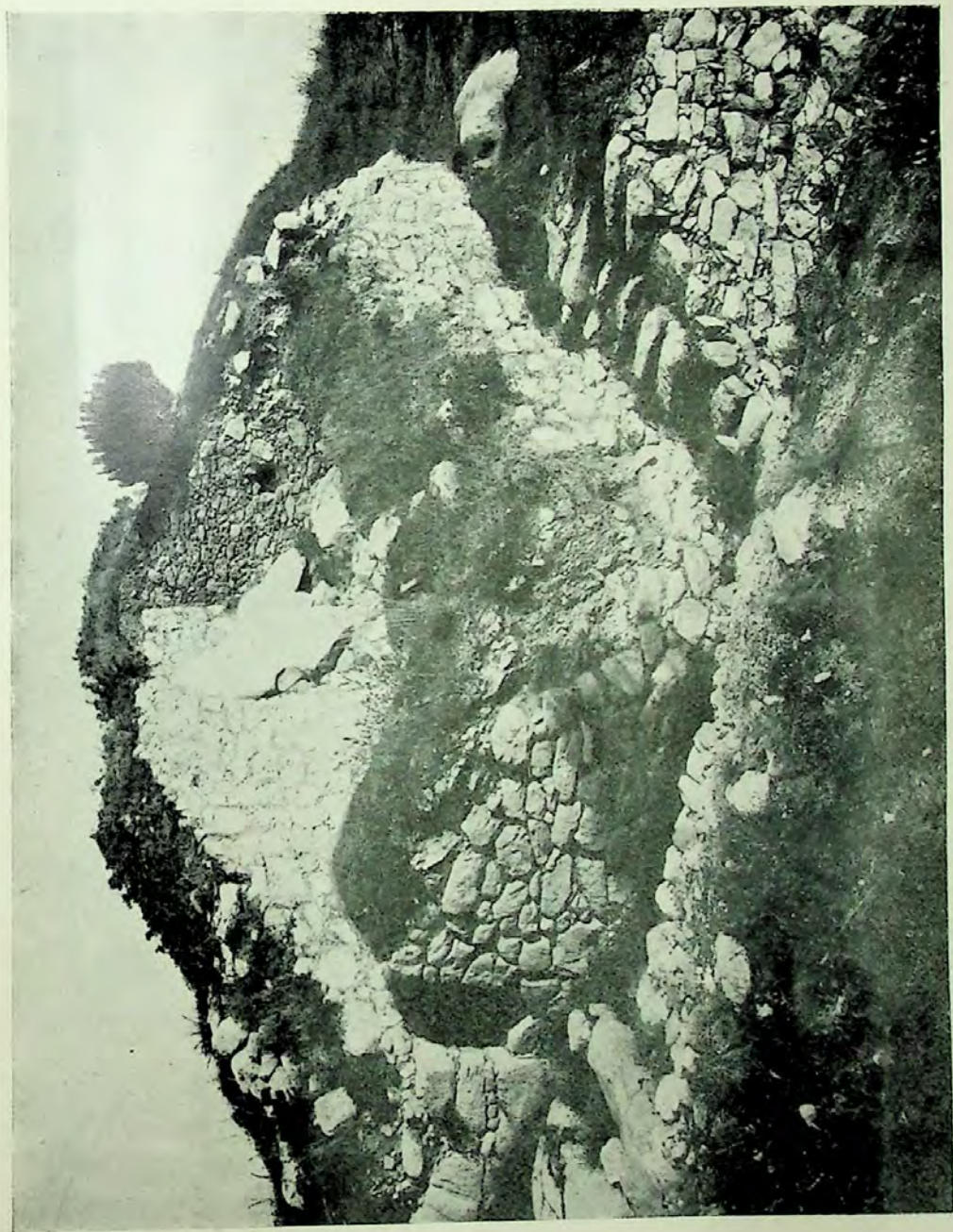
Lám. I.—Monte de Santa Tecla, La Guardia, lado Norte. Fotografía tomada desde la Cruz de las Loucensas (estación de útiles pseudo-asturienses).



Lám. II.—Monte de Santa Tecla, lado Sur, desde la playa de Moledo (Portugal).



Lám. III.—Acceso escalonado a la puerta Norte.



Lám. IV.—Puerta Norte.—Recinto adosado al exterior de la muralla.



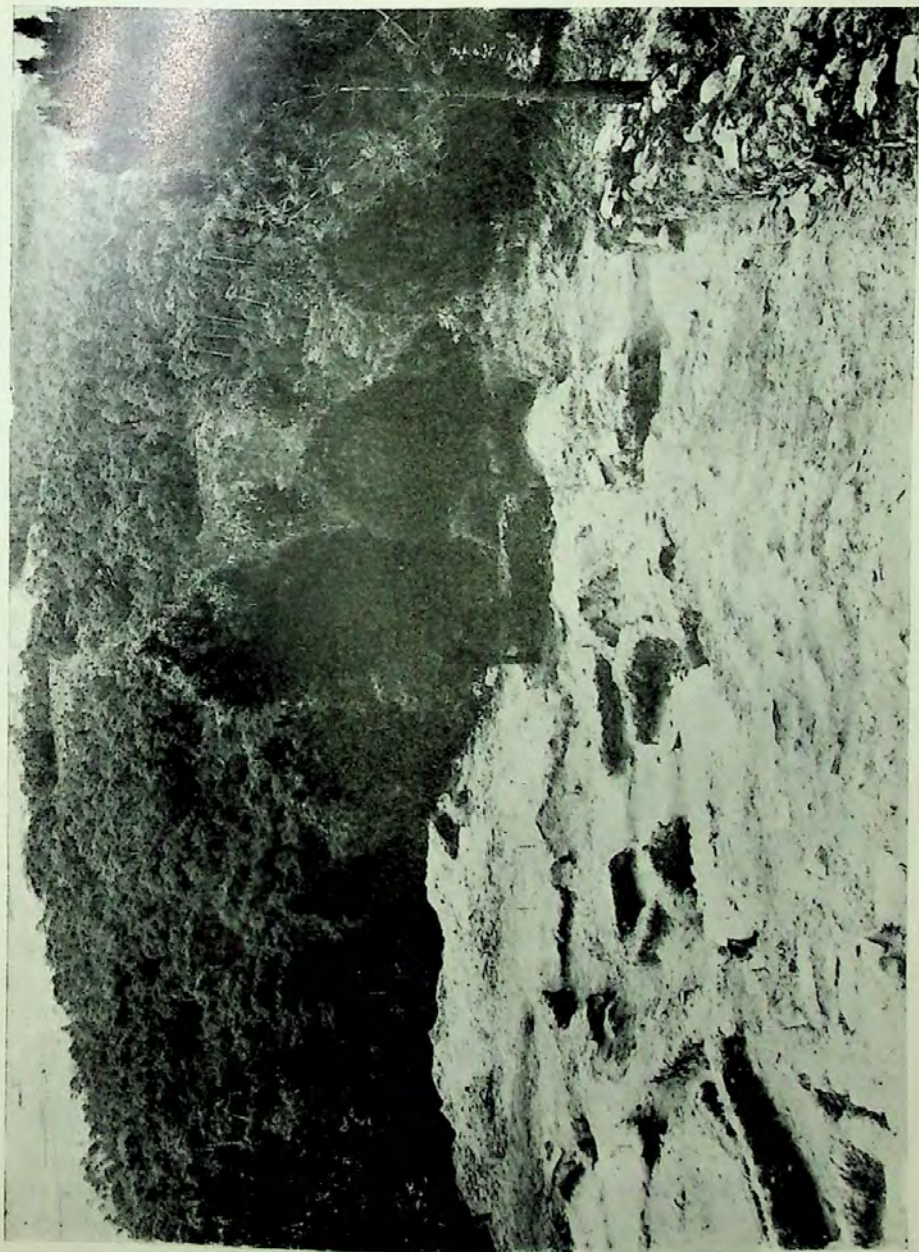
Lám. V - Puerta Sur y conjunto de construcciones inmediatas.

(Véase Fig.ª 4.ª)

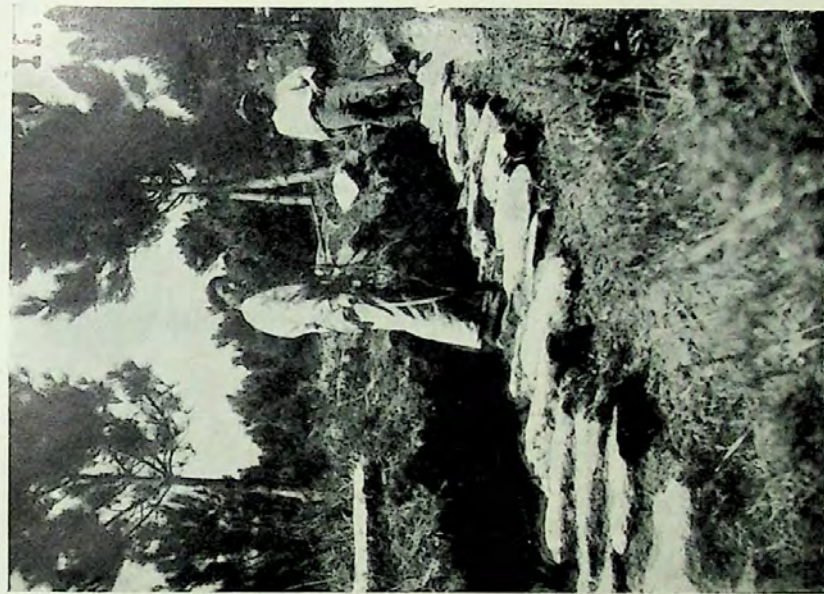
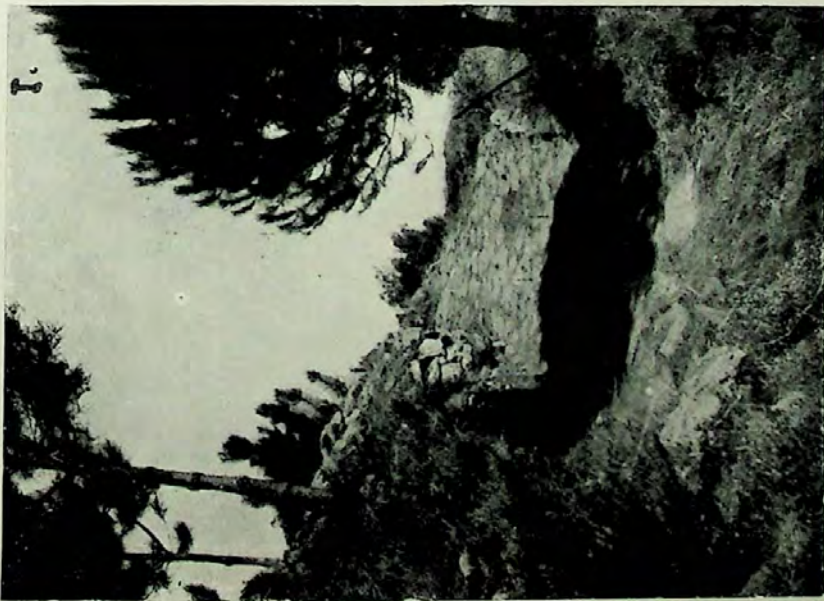


Lám. V.—Puerta Sur y conjunto de construcciones inmediatas.

(Véase Fig.^a 4.)



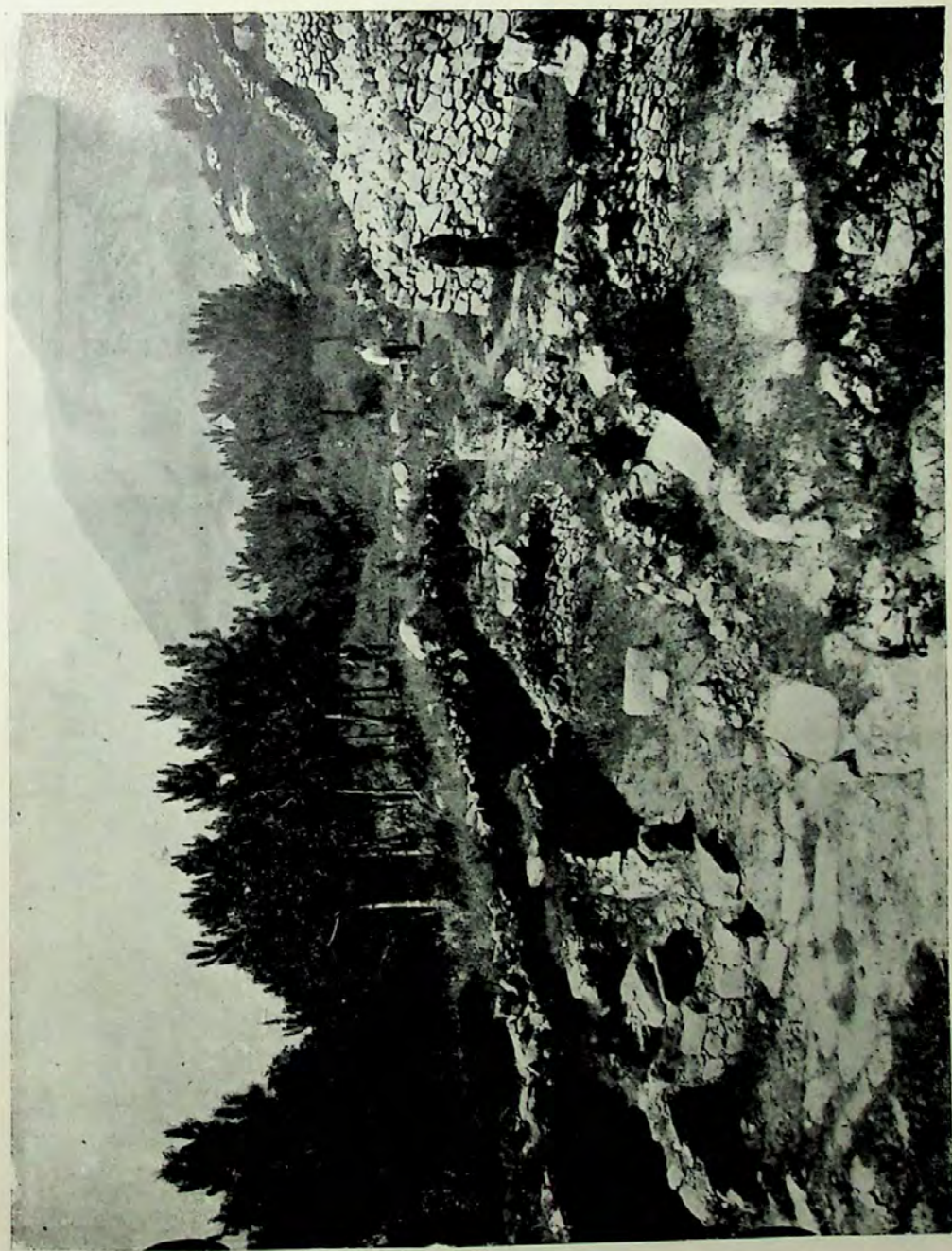
Lám. VI.—La puerta del Sur, vista desde el patio interior.



Lám. VII.—Puerta del Sur. I. Calzada que da acceso a la puerta (vista desde a-fig. 3.^a, plano). II. Escalera interior adosada a la muralla (vista desde b-fig. 3.^a, plano).



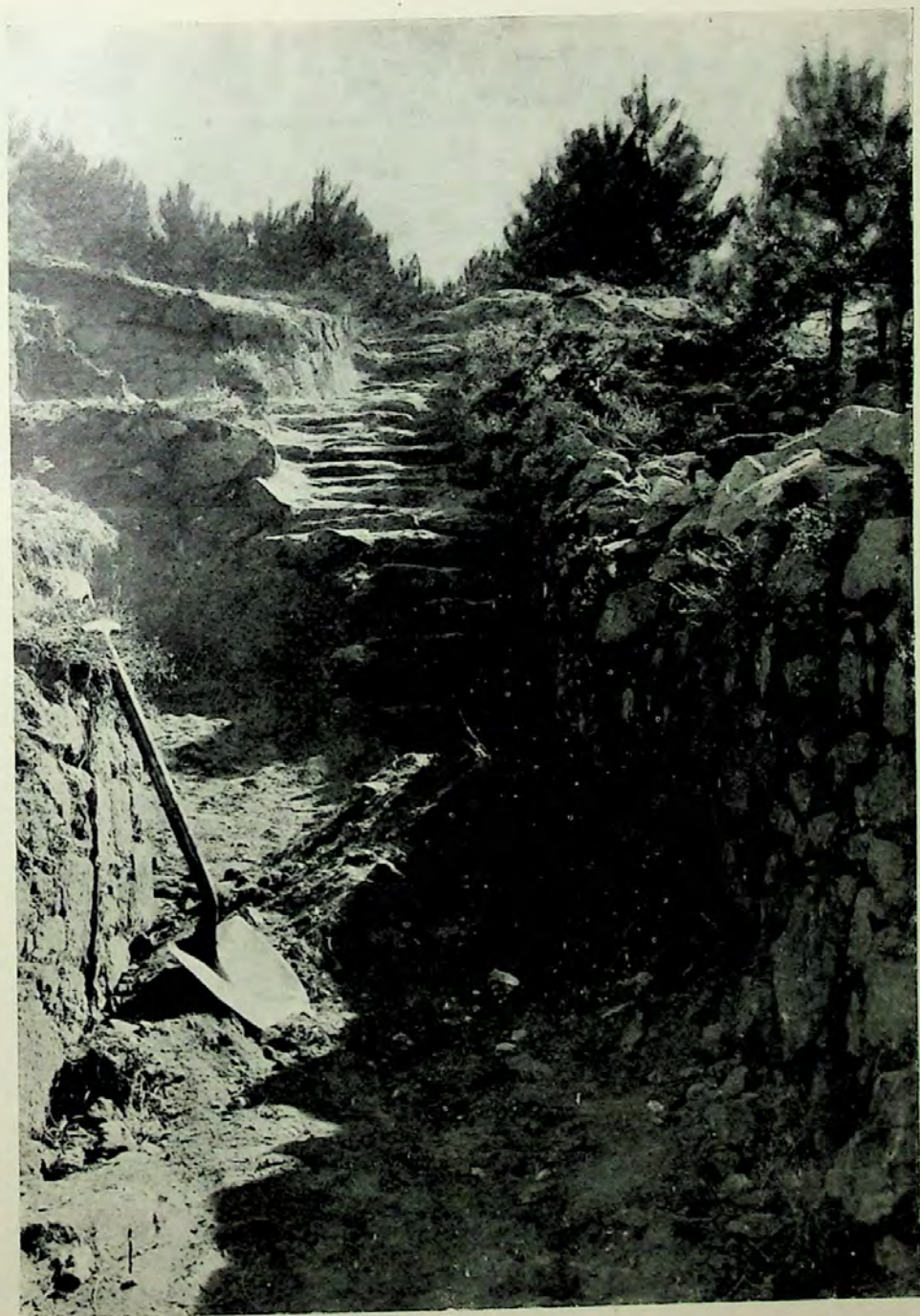
Lám. VIII.—Calle B del Grupo I (Fot. tomada desde b-fig. 5.^a, plano.



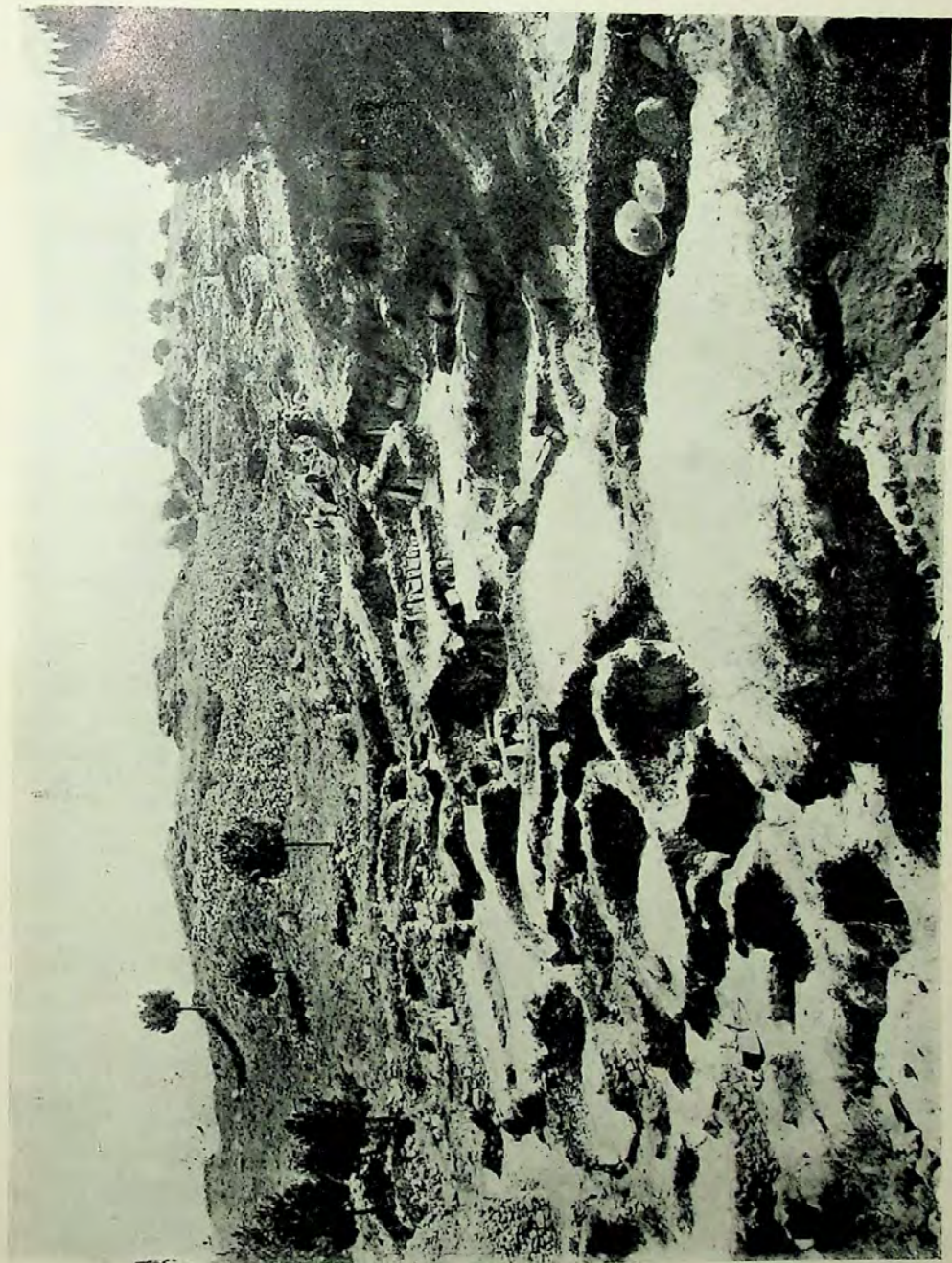
Lám. IX.—Casa IV del Grupo III (tomada desde b, plano parcial, fig. 6.^a).



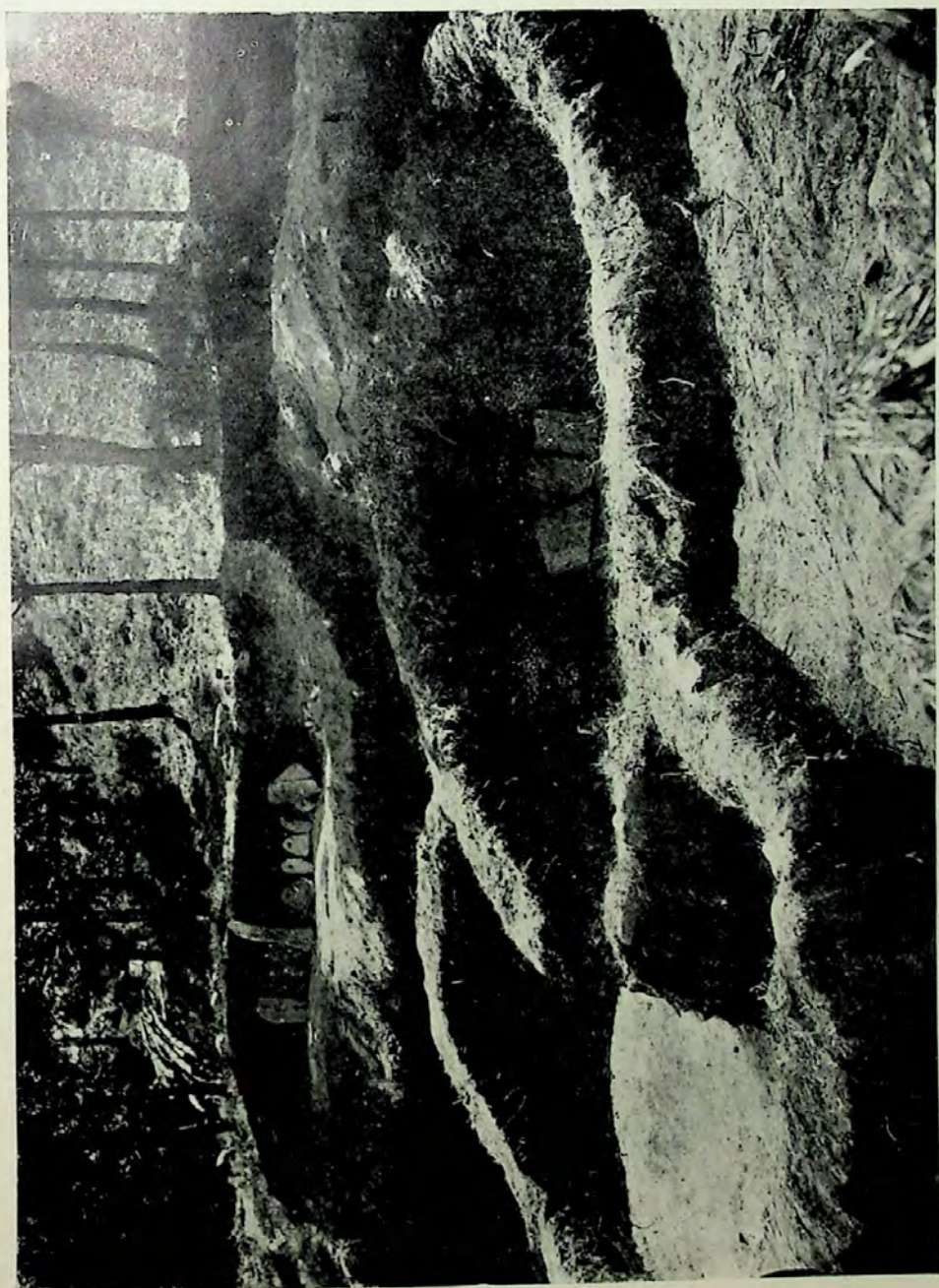
Lám. X.—Vista de la calle C del Grupo III (tomada desde a, plano parcial fig. 6.^a).



Lám. XI.—Escalera de la calle C en el grupo III



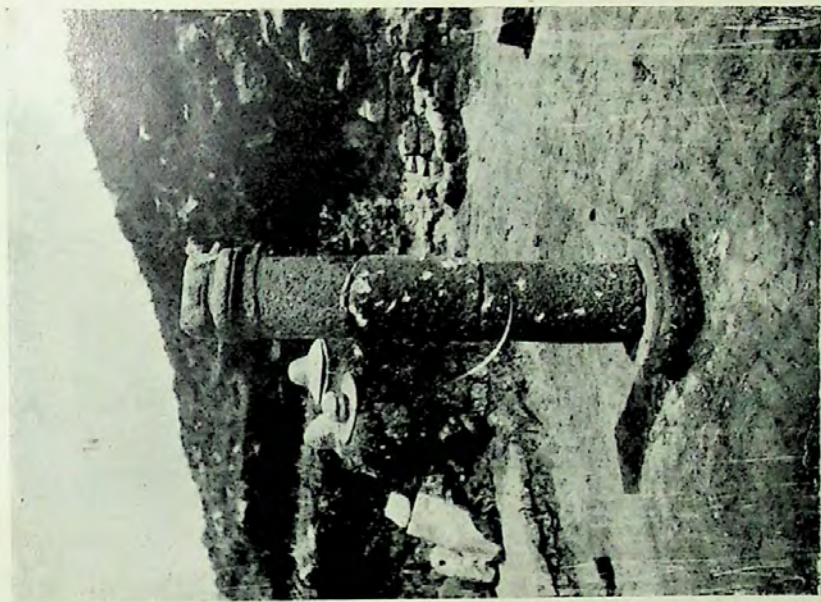
Lám. XII.—Conjunto de casas del Grupo VIII (tomada desde a, plano parcial fig. 7.^a).



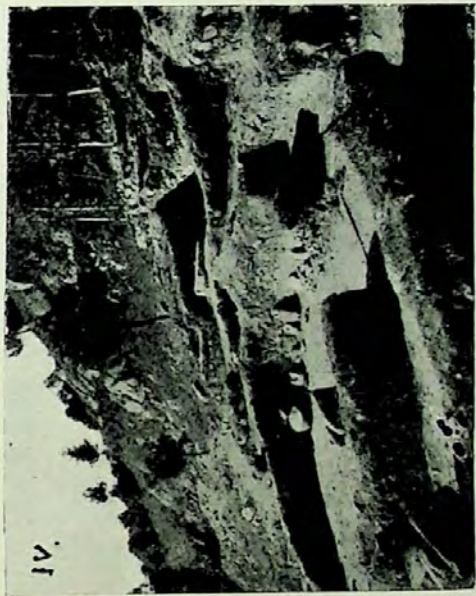
Lám. XIII.—Una casa. X del Grupo VIII.



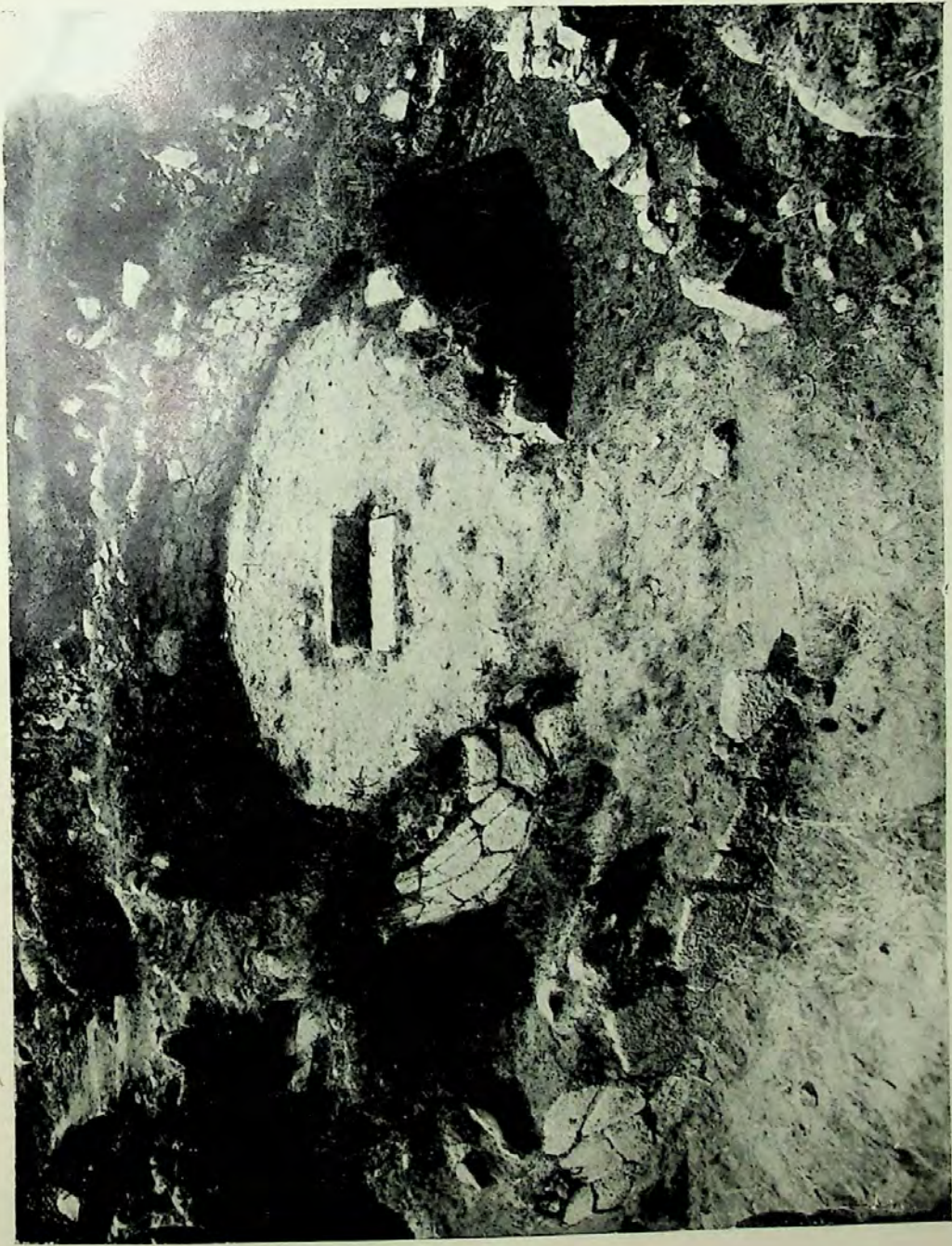
Lám. XIV.—1. Detalle de las construcciones del Grupo VIII (tomada desde f, plano parcial fig. 7.^a).—2. Aparejo del muro de contención de la calle L del Grupo VIII (tomada desde g, plano parcial fig. 7.^a).



Lám. XV.—1. Ingreso porticado al recinto T en el Grupo VIII, sobre la calle L. (tomada desde H, plano parcial figura 7.^a).—2. Columna aprovechada en las construcciones del Grupo VIII.



Lám. XVI.—Detalles del conjunto de construcciones del Grupo VII. (Vistas tomadas desde a. D, desde b. II, desde c. III) y desde d. IV, plano parcial fig. 8.^a.)



Lám. XVII.--Típica organización de una casa.



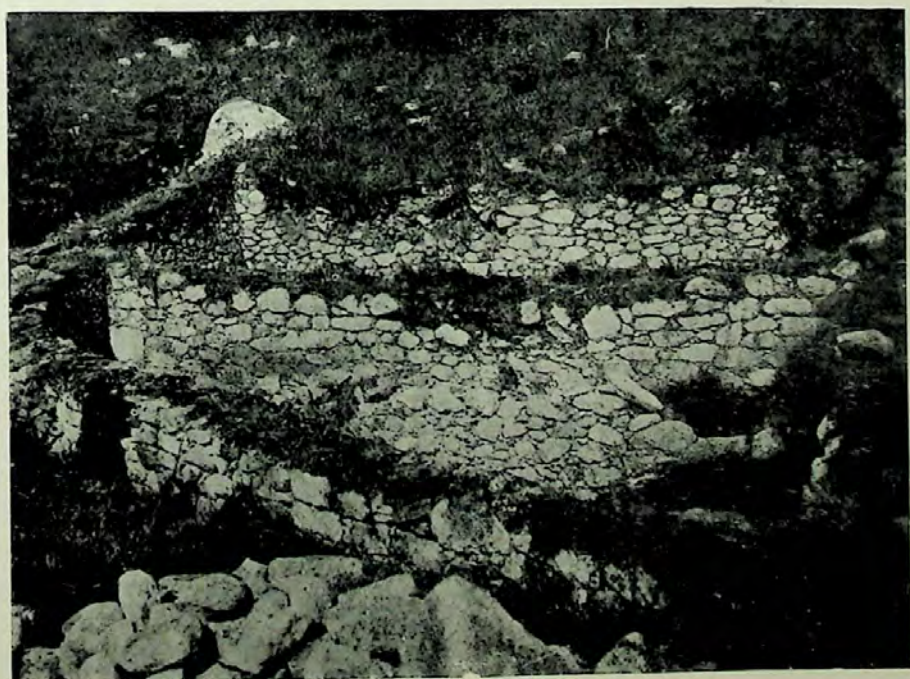
Lám. XVIII.—Dos aspectos de una casa.



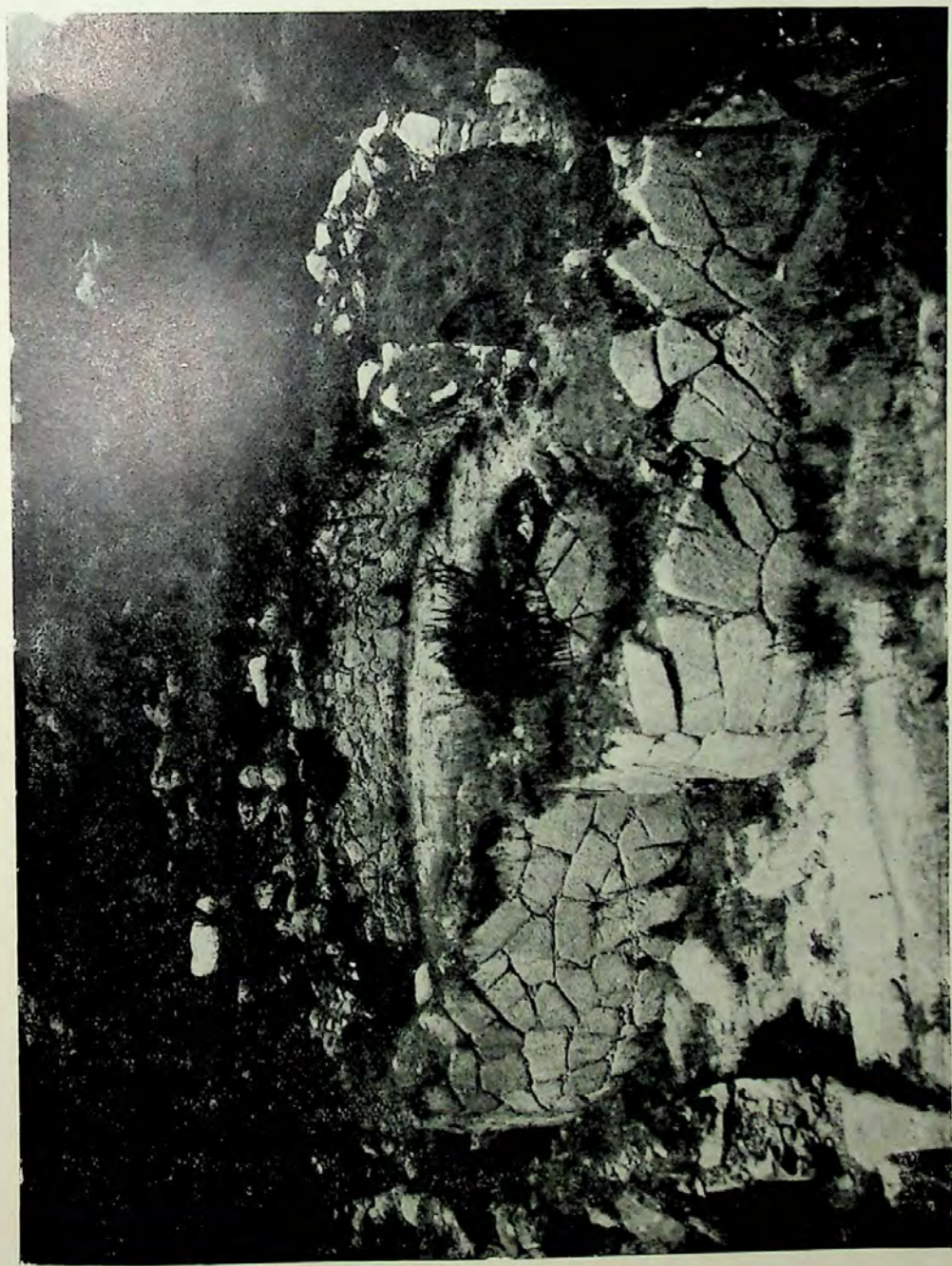
Lám. XIX.—Recintos para cría de animales.



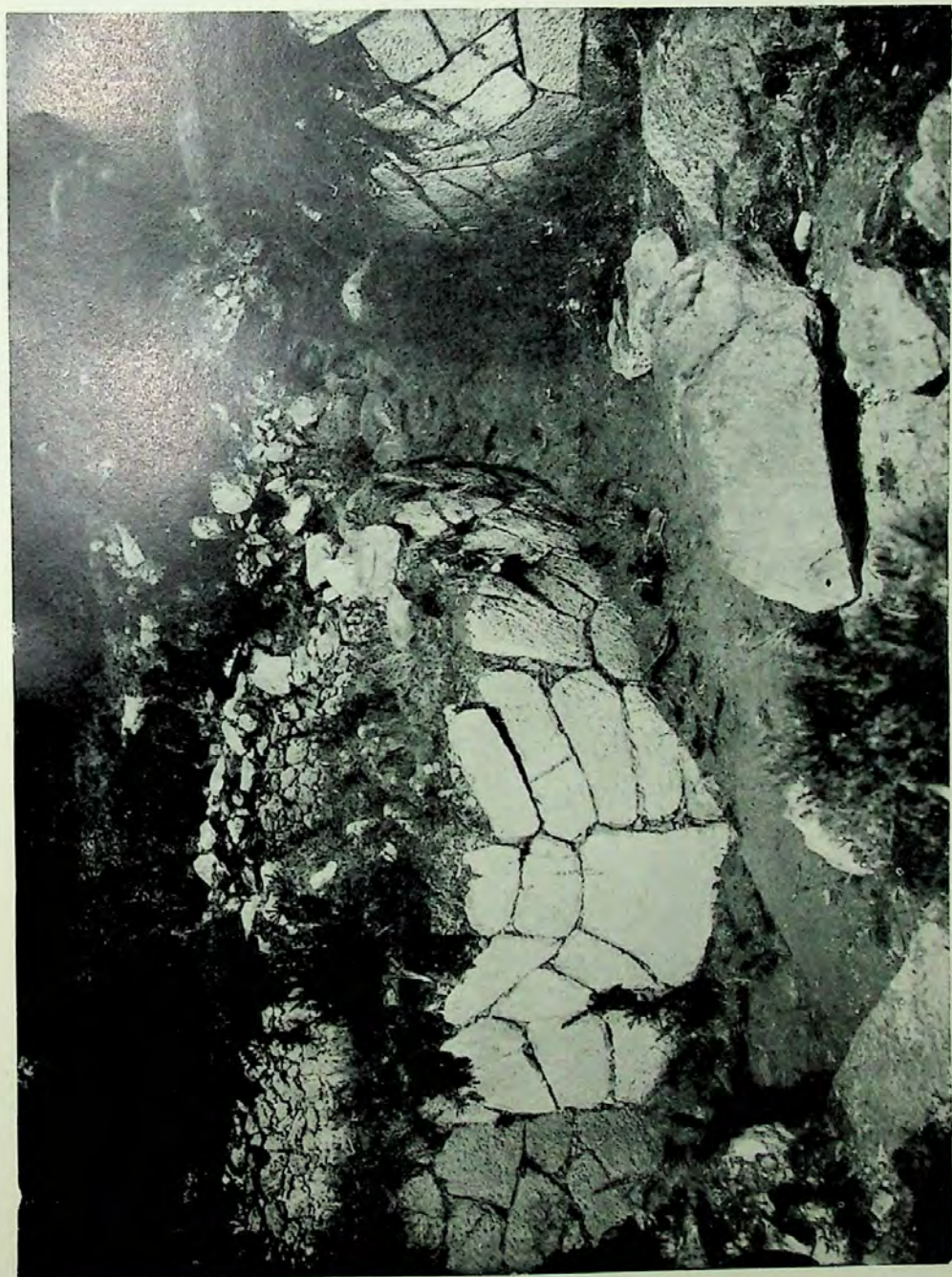
Lám. XX.—I. Establo, en el recinto VI del Grupo III (véase fig. 6.^a).—II. Cuadra, en el recinto XIX del Grupo VI (véase fig. 10.^a).



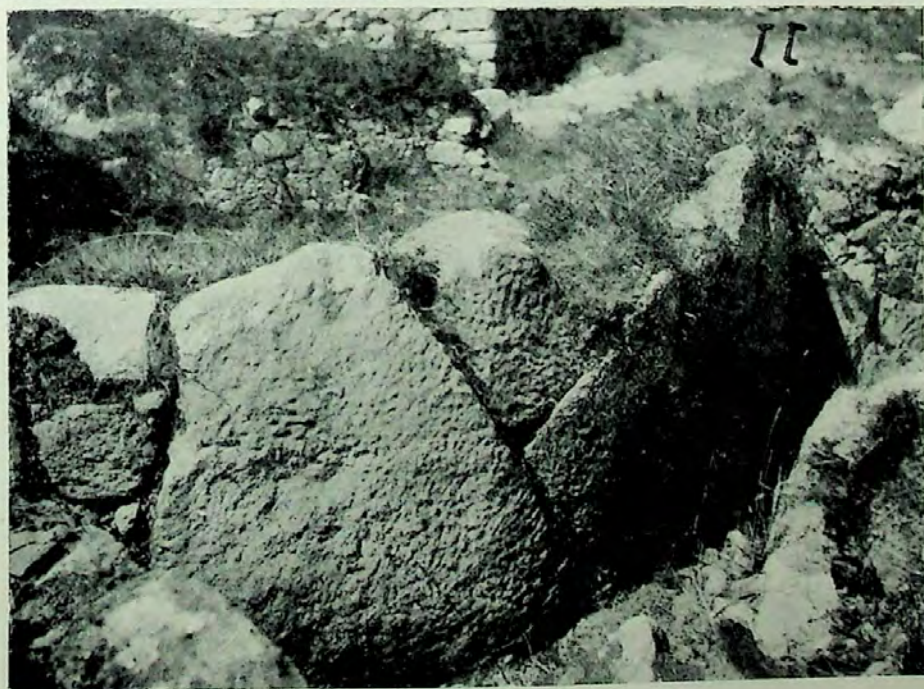
Lám. XXI.—Recintos de forma varia destinados a posibles talleres.



Lám. XXII.—Aparejo elicooidal de una casa.



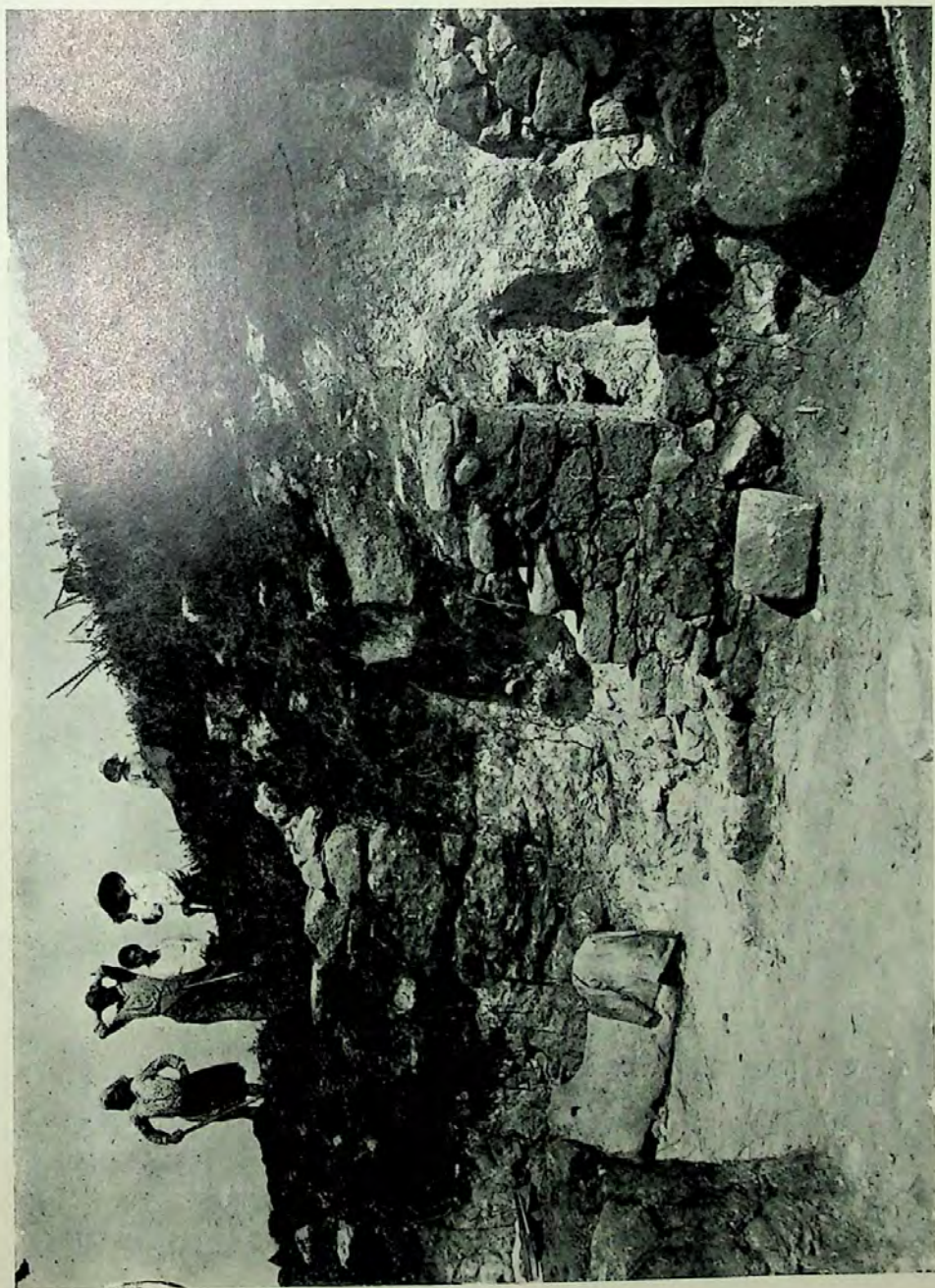
Lám. XXIII.—Detalle de la misma.



Lám. XXIV.—Tipos de aparejos menos cuidados.



Lám. XXV.—Tipos distintos de aparejos.



Lám. XXVI.—Casa en parte excavada y con patín o acceso a un piso superior.



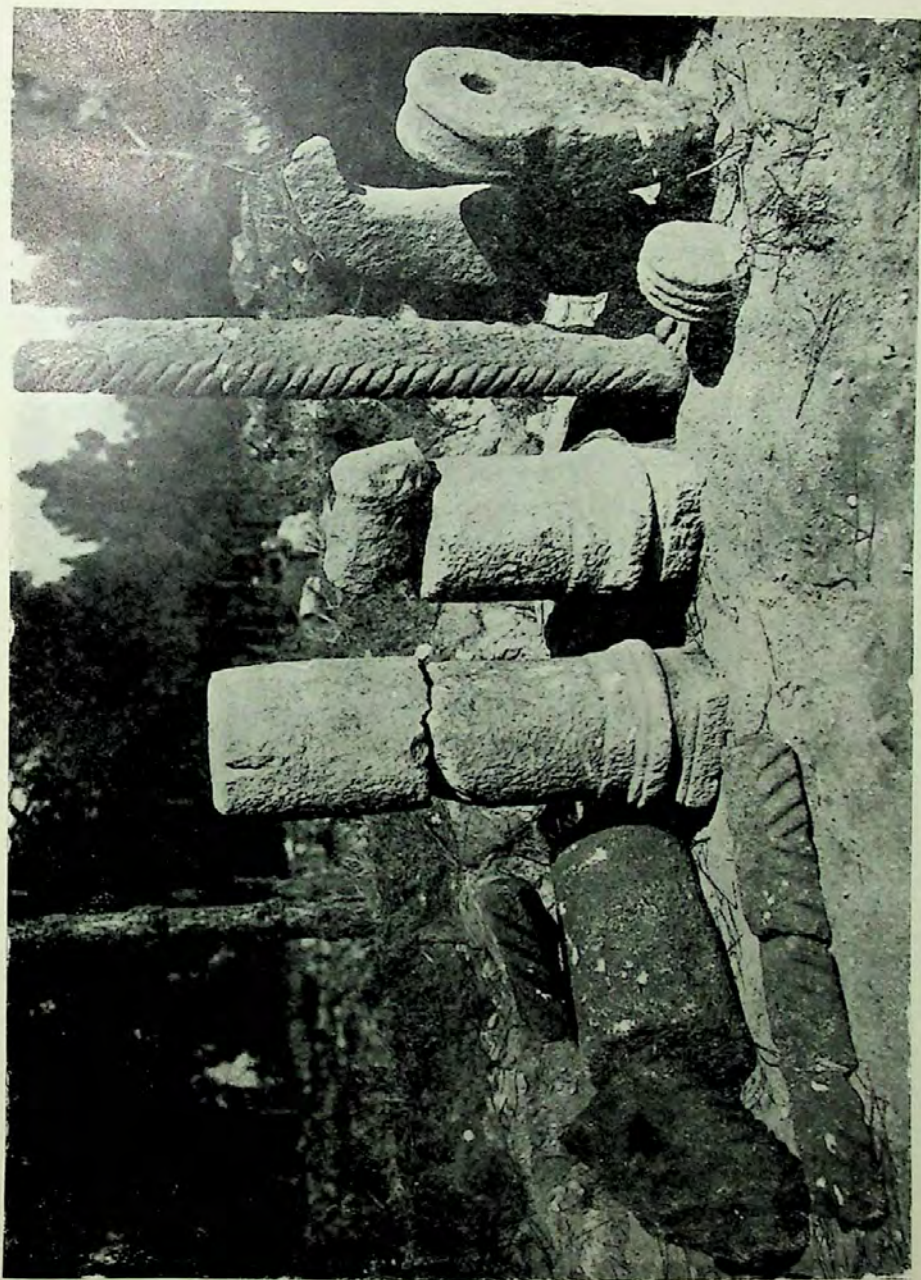
Lám. XXVII.—Grupo «Calvo».



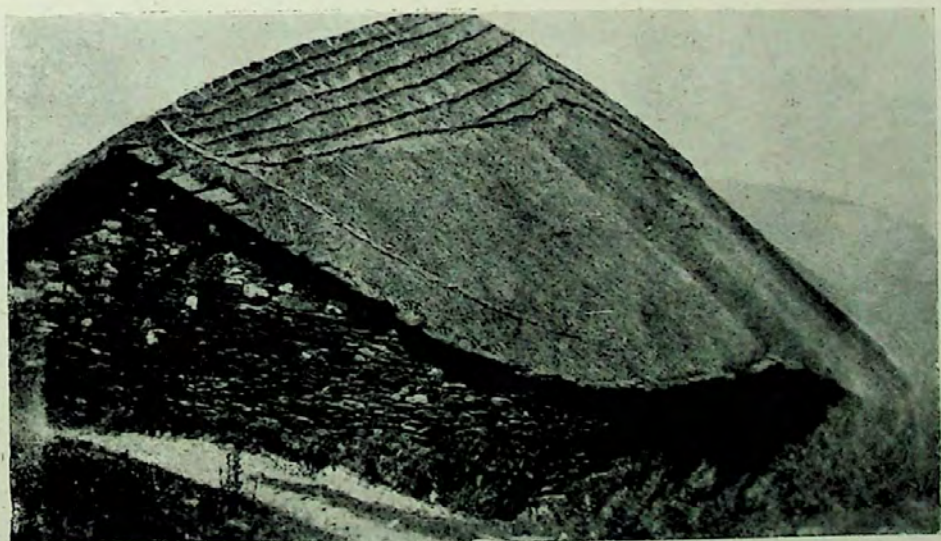
Lám. XXVIII.—Piedras aprovechadas en las reconstrucciones.



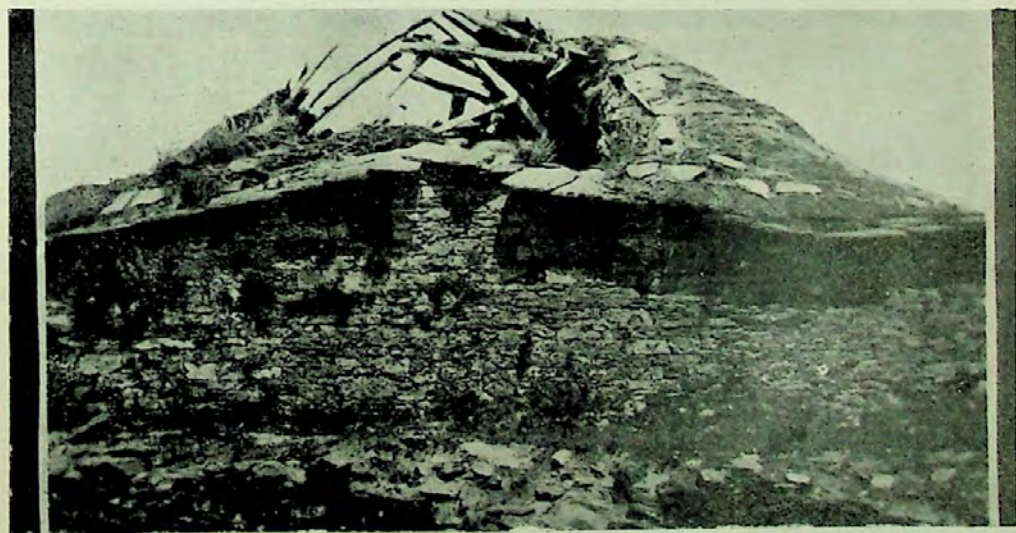
Lám. XXIX.—Piedras aprovechadas en las reconstrucciones.



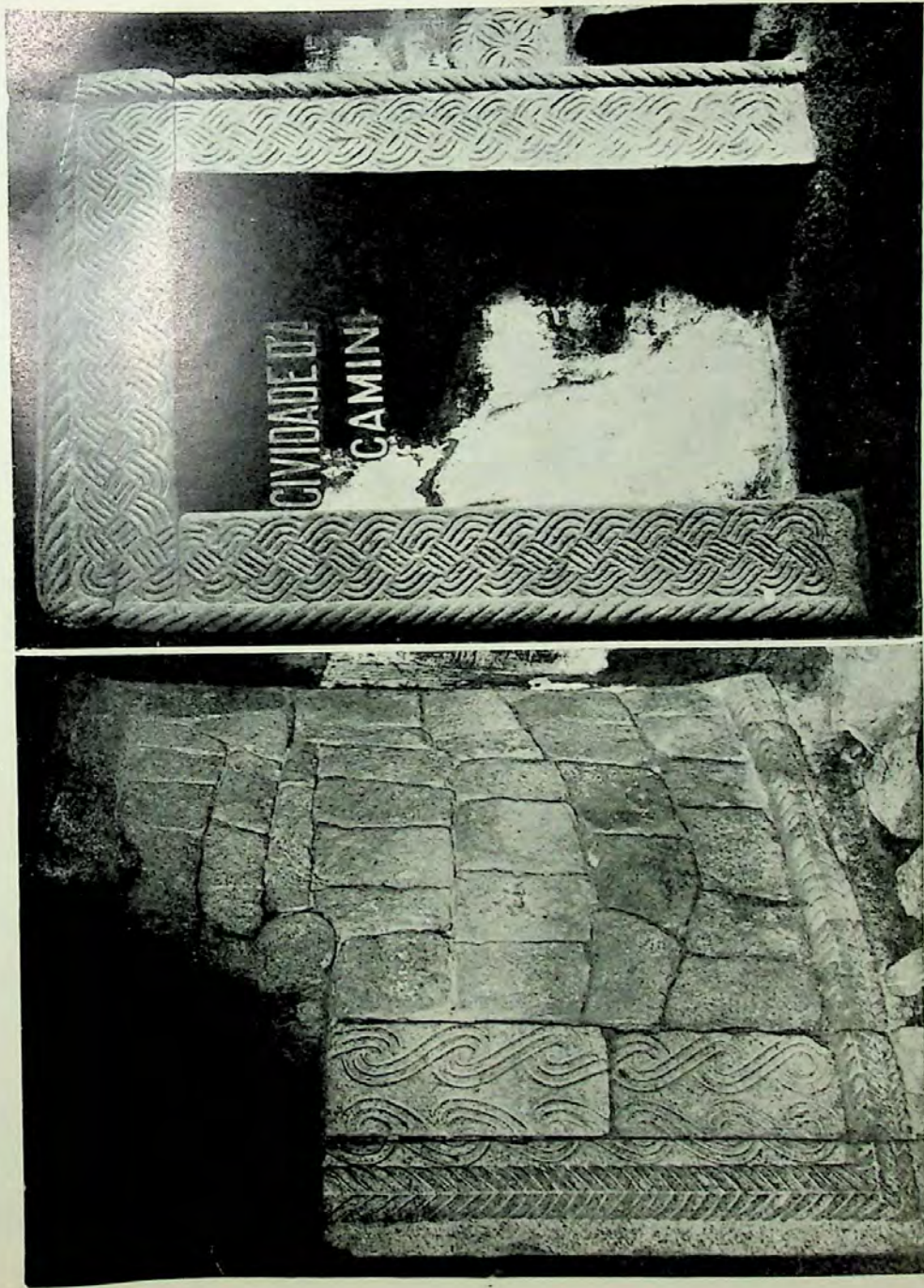
Lám. XXX.—Piedras aprovechadas en las reconstrucciones del Grupo VIII.



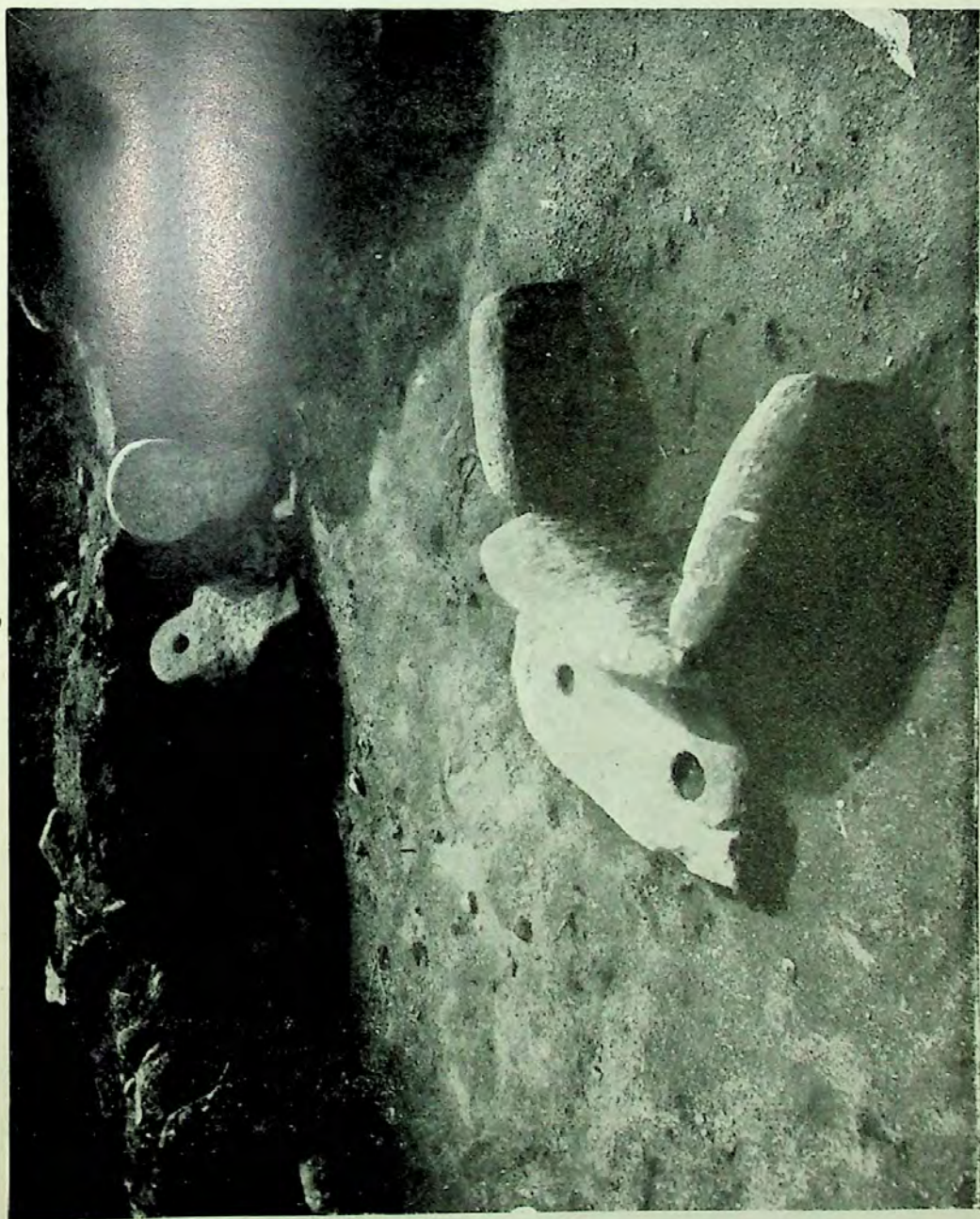
Lám. XXXI.—1. Aldea de Cebrero (Lugo).—2. Una casa de Cebrero.



Lám. XXXII.—1. Una casa de la aldea de Cebrero (Lugo).—2. Ruinas de una casa de Cebrero mostrando la organización de su techumbre.



Lám. XXXIII.—1. Casa reconstruída de Briteiros.—2. Puerta de una casa de Cidade d'Ancora, Caminha (Museo de Guimarães).



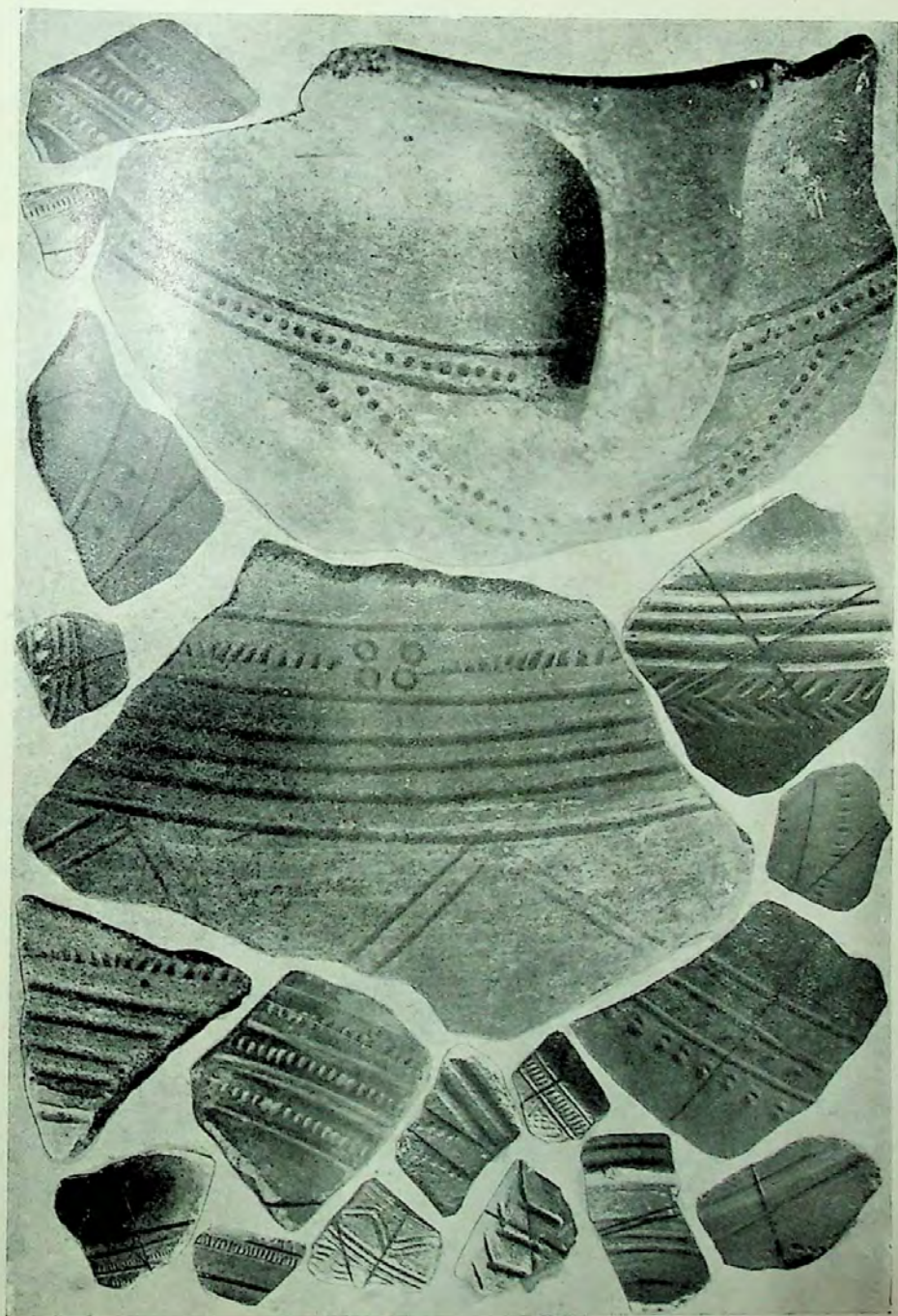
Lám. XXXIV.—Un hogar.



Lám. XXXV.—Hornos con dispositivos de cierre distintos.



Lám. XXXVI.—Ejemplos de cerámica.



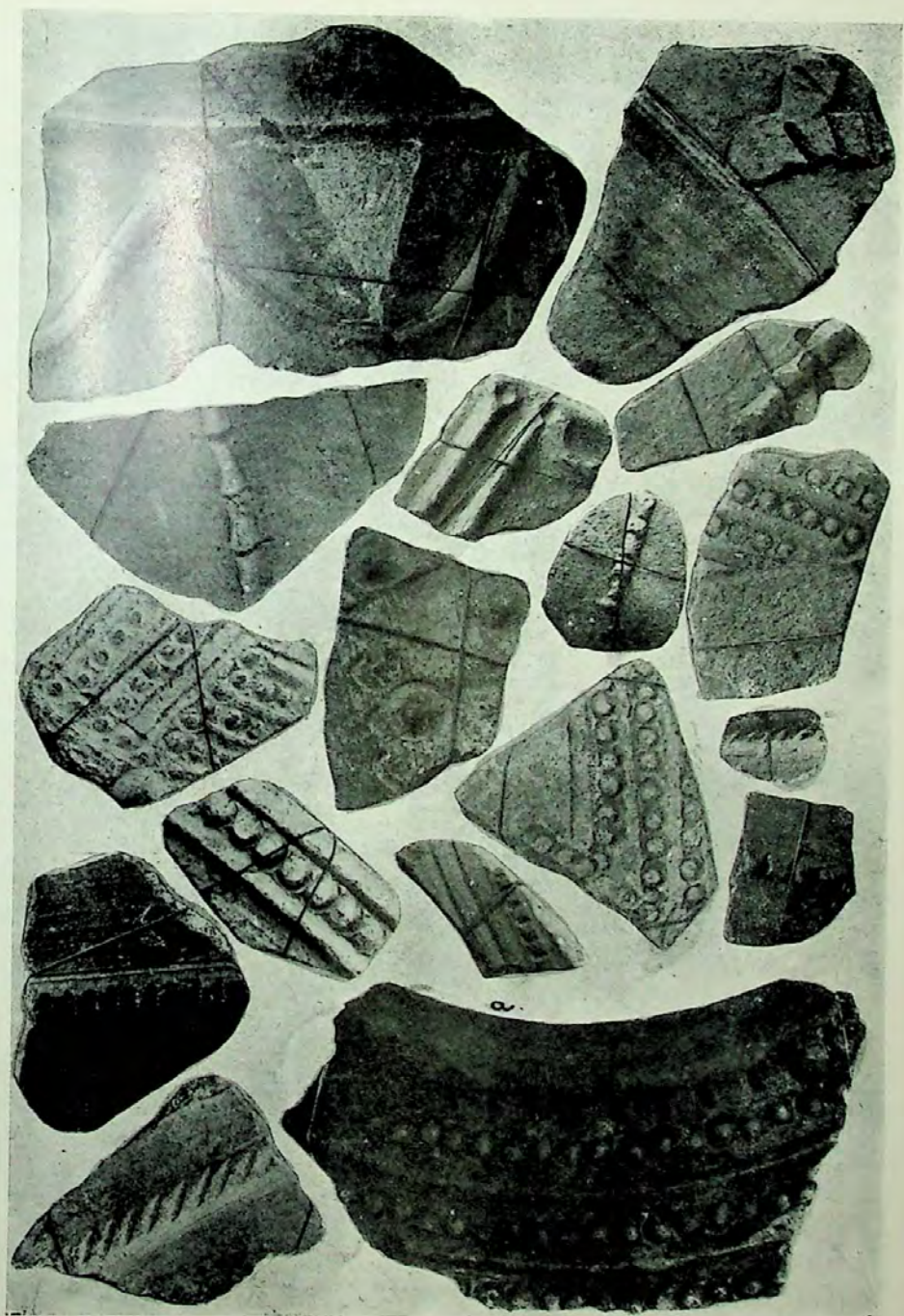
Lám. XXXVII.—Diversos ejemplos de decoración en cerámica.



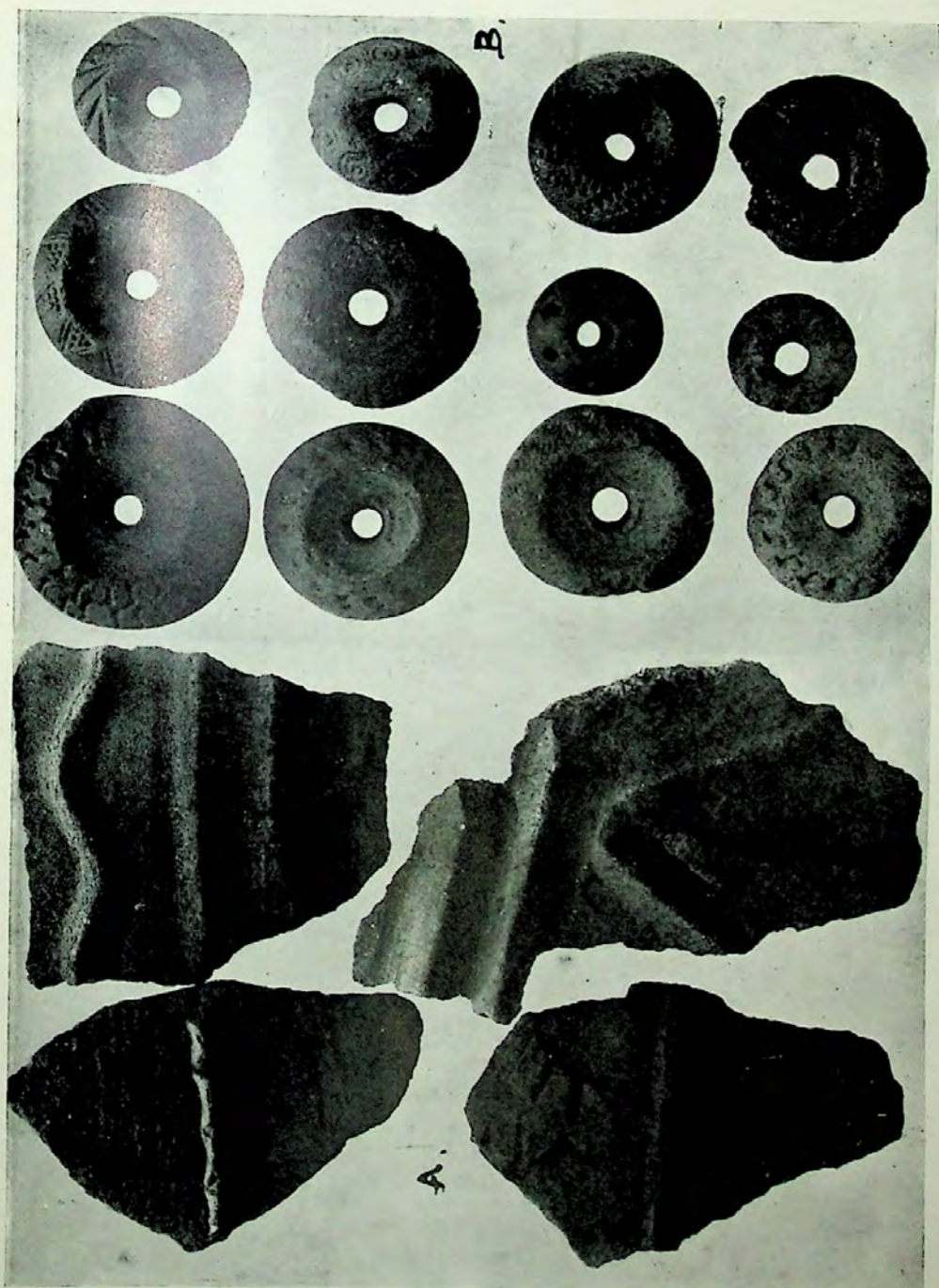
Lám. XXXVIII.—Ejemplos de motivos decorativos en cerámica.



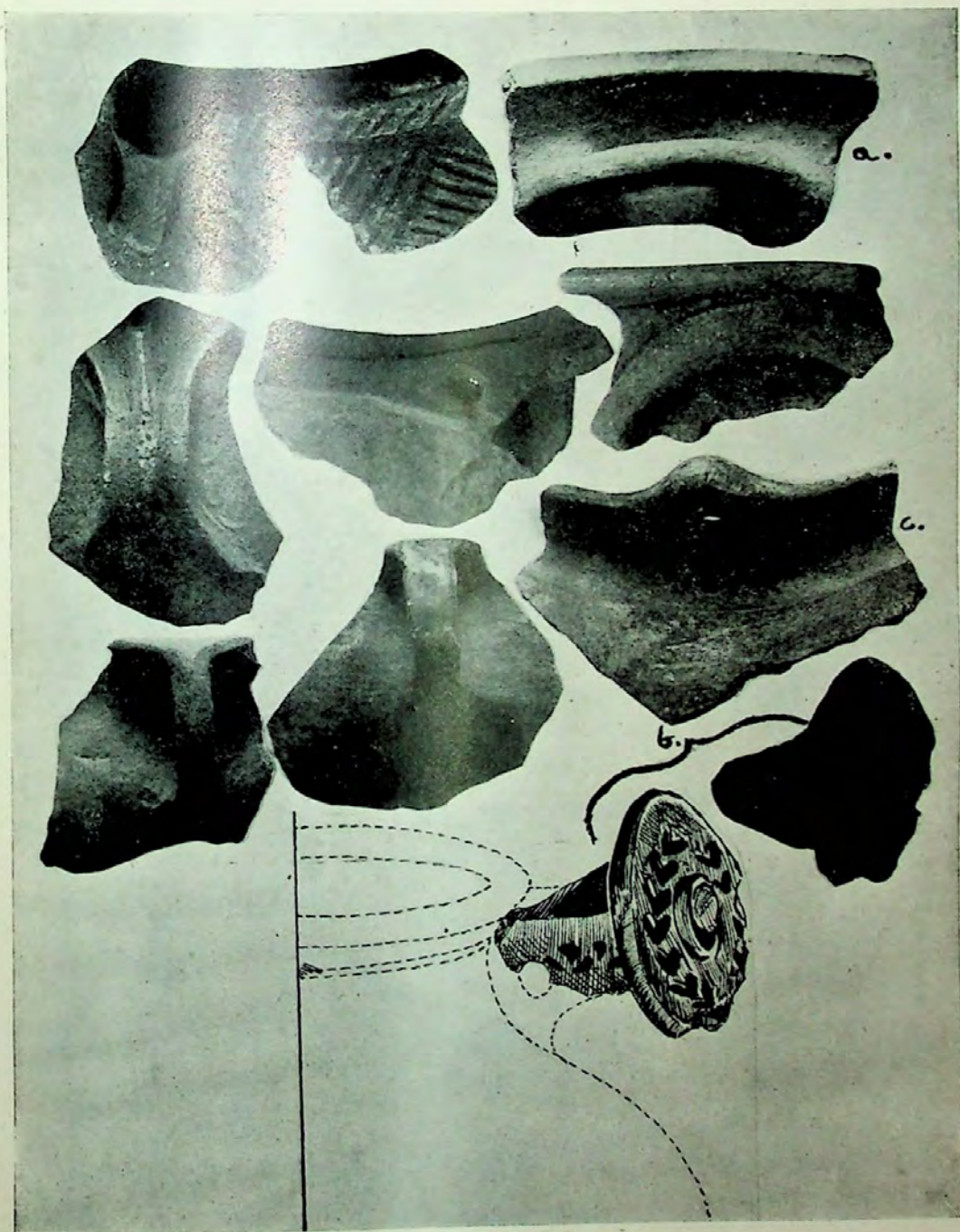
Lám. XXXIX.—Ejemplos de decoración cerámica.



Lám. XL.—Otros ejemplos de decoración cerámica.



Lám. XLI.—Cerámica decorada con cordones y diversos ejemplos de botones.



Lám. XLII.—Tipos de asas en cerámica.



Lâm. XLIII.—Cerâmica romana.



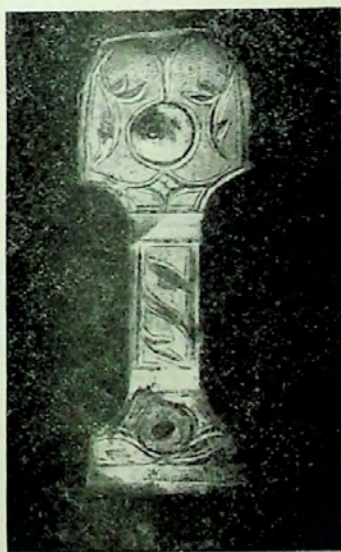
Lám. XLIV.—Molde de fundición en barro.



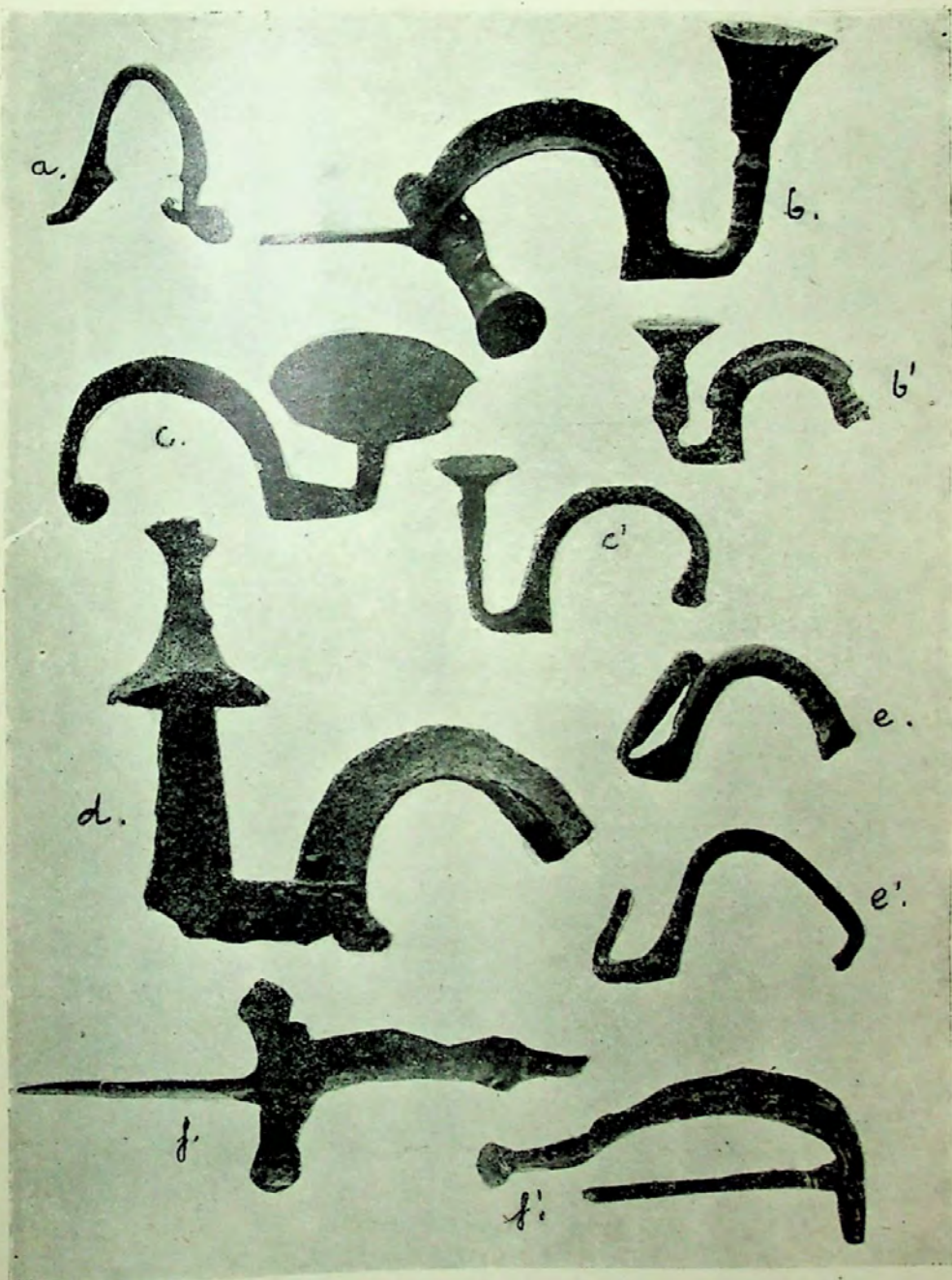
Lám. XLV.—Hojas de puñal en bronce.



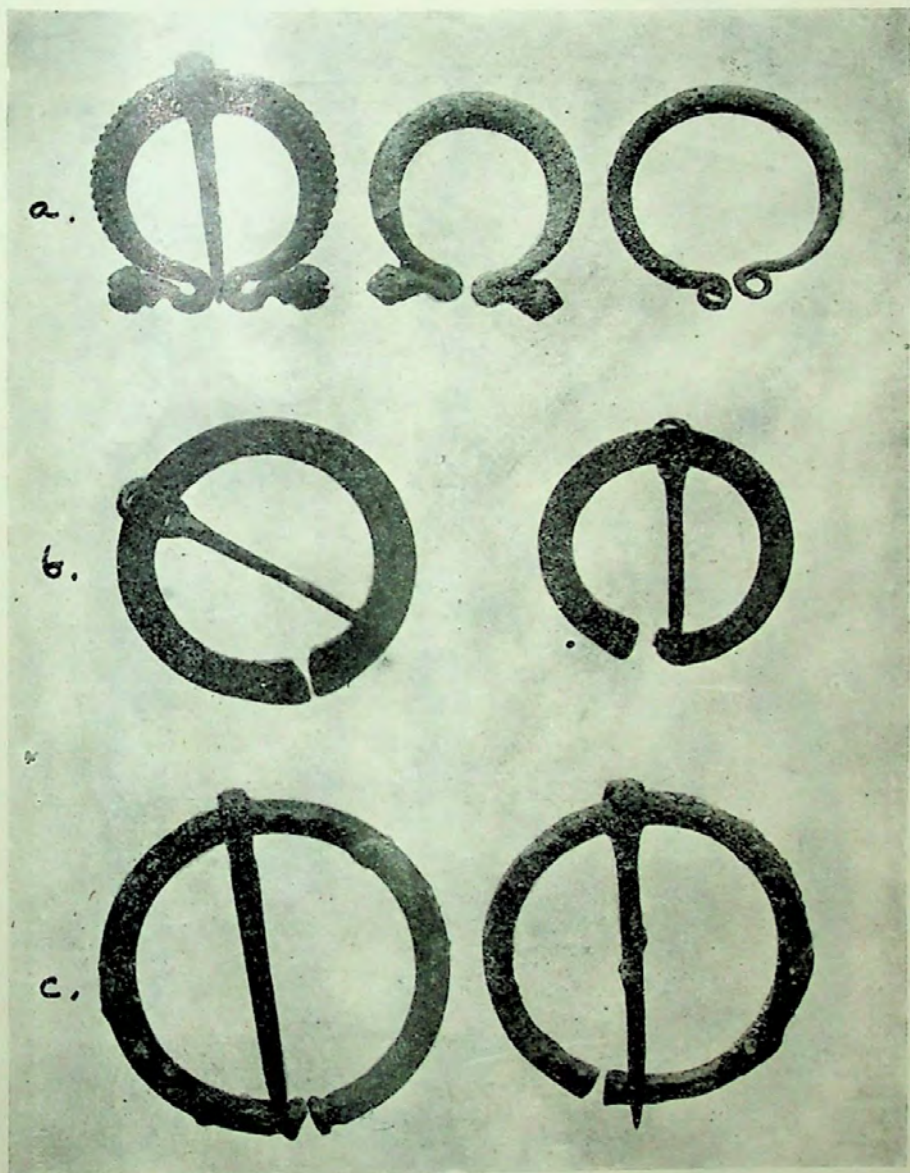
Lám. XLVI.—Armas en bronce y hierro.



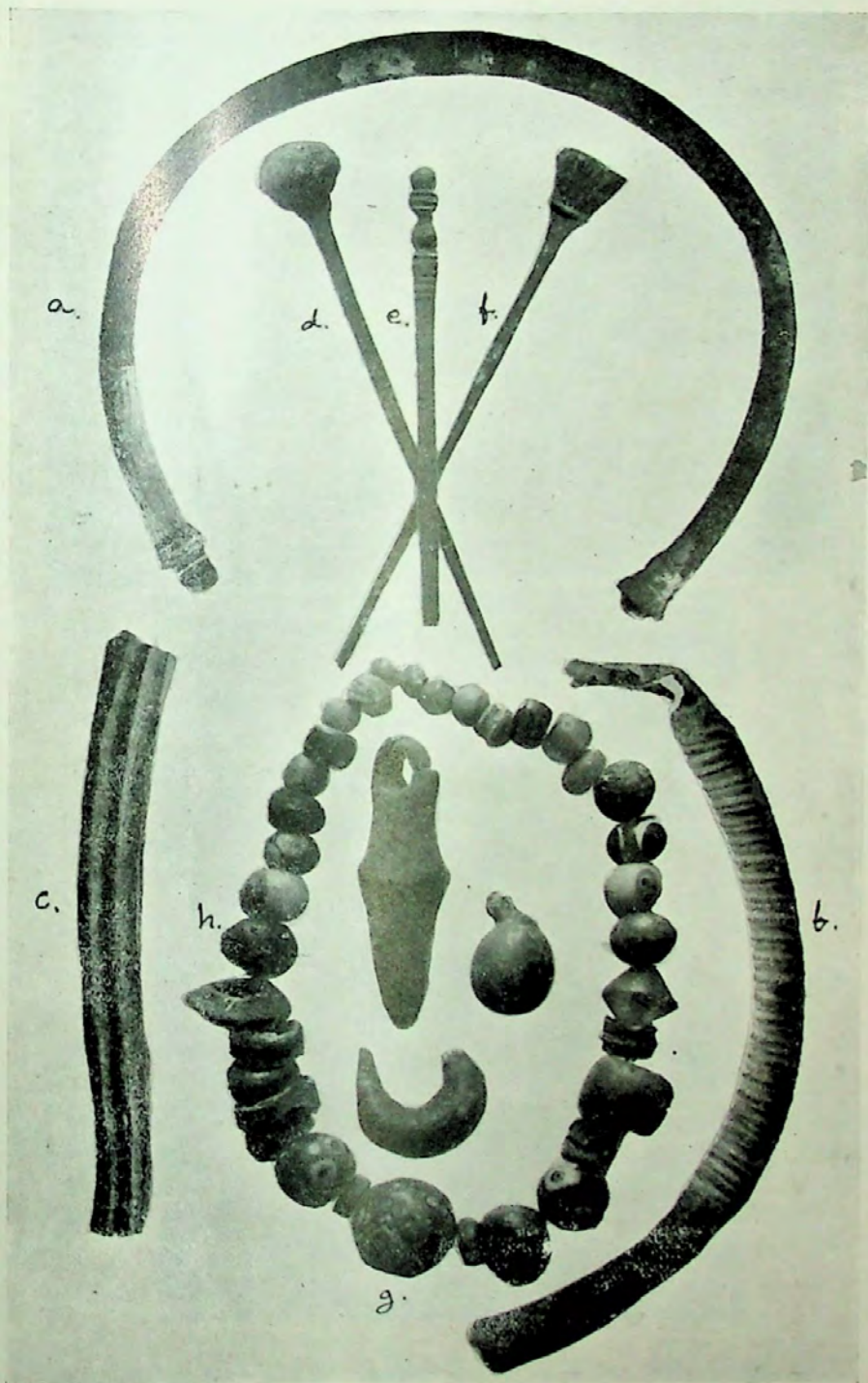
Lám. XLVII.—Posibles remates de empuñadura de espada en oro, y mango de puñal en plata nielada.



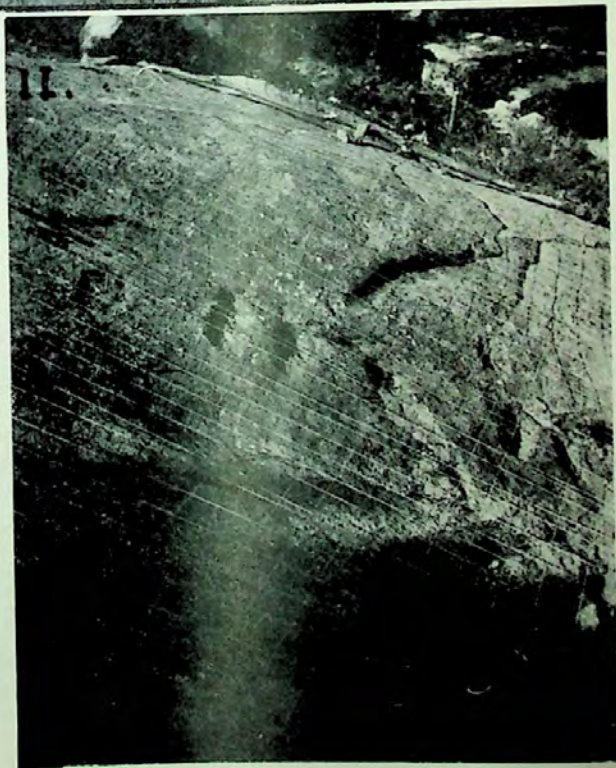
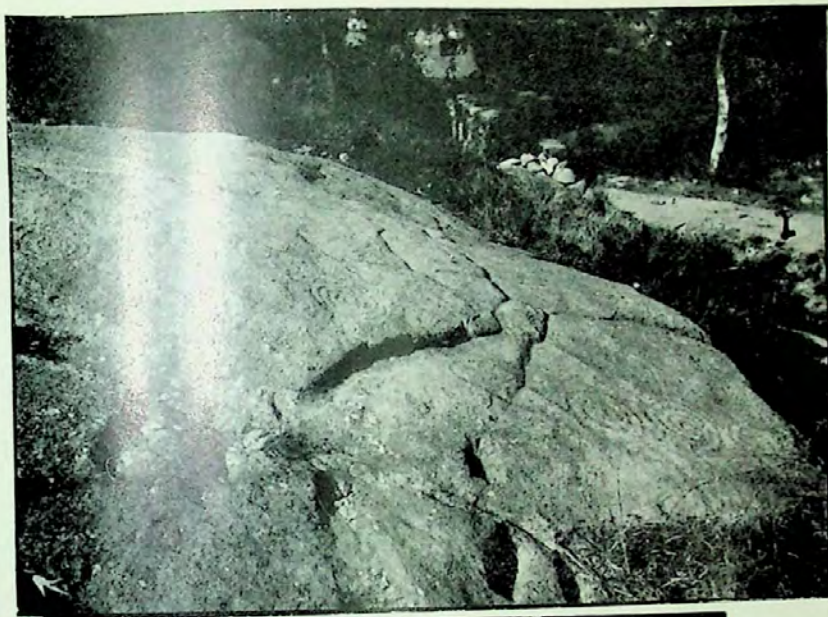
Lám. XLVIII.—Tipos de fibulas.



Lám. XLIX.—Fibulas anulares.



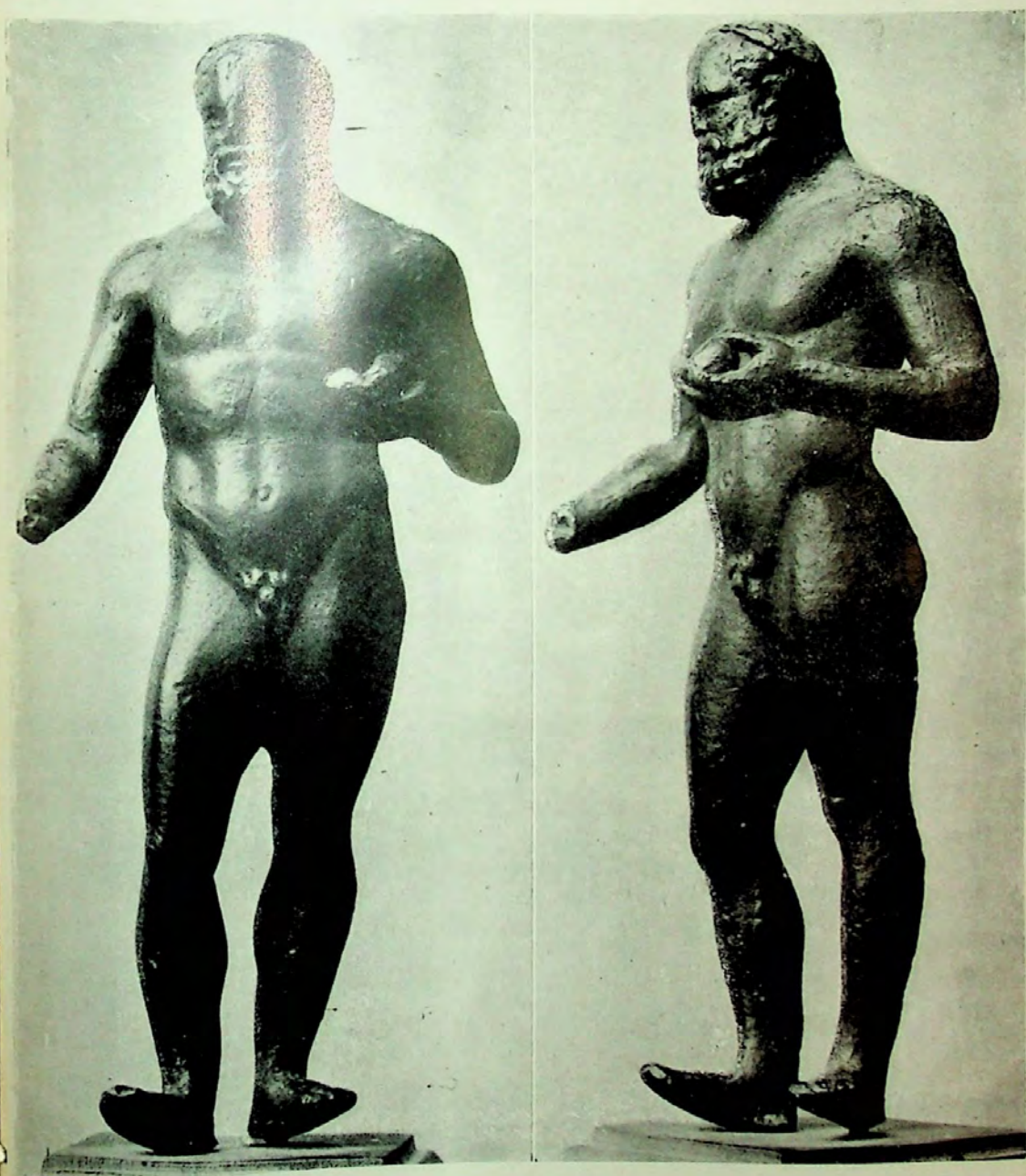
Lám. L.—Torques, agujas, cuentas de collar.



Lám. LI.—1. Peña de las insculturas.—2. La peña cuadrículada para hacer el dibujo.



Lám. LII.—Peña con interesante grabado.



Lám. LIII.—Hércules, figura en bronce.